Varlam Shalámov

Relatos de Kolimá

Volumen VI
Ensayos sobre el mundo del hampa

Traducción y posfacio de Ricardo San Vicente


editorial minúscula
BARCELONA

Título original: *Колымские рассказы*

Para la traducción se utilizó la edición: Shalámov V. T., *Kolimskie rasskazi (Relatos de Kolimá)*; en *Sobranie Sochineni v 6-ti tomaj* (SS6) [Obra en 6 tomos], t. II, redacción, introducción y notas a cargo de I. P. Sirotínskaya. Moscú, Terra, 2004.

Revisión: Marta Hernández Pibernat

Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2017

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: Fotografía de Varlam Shalámov de la causa judicial de 1937 (extraída del Archivo de la Policía política de la URSS –NKVD–, heredada por el Servicio Federal del Interior Estatal –FSB– y conservada en el Archivo de la Literatura y las Artes de Rusia).



Este libro se publica con el apoyo del Instituto de la Traducción Literaria (Rusia).

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN obra completa: 978-84-95587-35-0
ISBN volumen VI: 978-84-946754-4-7
Depósito legal: B-22.374-2017

Printed in Spain

Ensayos sobre el mundo del hampa

Sobre un error de la literatura

Al representar el mundo del hampa, la literatura de ficción siempre se ha mostrado comprensiva con este y a veces incluso sumisa. La literatura ha rodeado el mundo de los ladrones de una aureola romántica, seducida por sus oropeles. Los escritores no han sabido descubrir el auténtico rostro repugnante de este mundo. Se trata de un pecado pedagógico, de un error por el que nuestra juventud paga muy alto precio. A un muchacho de 14 o 15 años se le perdona que se vea atraído por las figuras «heroicas» de este mundo, a un artista no. Pero incluso entre los grandes escritores no encontraremos a quien, tras observar el auténtico rostro de un ladrón, le dé la espalda o lo condene tal como debe condenar todo verdadero artista todo lo moralmente despreciable. Por caprichos de la historia, los defensores más manifiestos de la conciencia y el honor, del tipo de, por ejemplo, Victor Hugo, han dedicado no pocos esfuerzos a ensalzar el hampa. A Hugo le parecía que el mundo del delito era una capa de la sociedad que protestaba con vigor y firmeza contra la falsedad del orden dominante. Pero Hugo no se molestó en mirar desde qué posiciones lucha

contra el poder del Estado esta comunidad de delincuentes. No pocos muchachos buscaban relacionarse con los «miserables» de carne y hueso después de leer sus novelas. El alias de «Jean Valjean» sigue presente hasta hoy entre los hampones.

Dostoyevski, en sus *Apuntes de la Casa Muerta*, evita dar una respuesta clara y categórica sobre la cuestión. Todos los Petrov, Luchka, Sushílov y Gaguin, todos ellos, desde el punto de vista del auténtico mundo del hampa, de los verdaderos hampones, son «asmodeos», «bultos», «diablos», «muzhiks», es decir, gente a la que el verdadero mundo criminal desprecia, roba y pisotea. Desde el punto de vista del hampa, los asesinos y ladrones Petrov y Sushílov están mucho más cerca del autor de los *Apuntes de la Casa Muerta* que de ellos mismos. Los «ladrones» de Dostoyevski son susceptibles de verse asaltados y atracados en la misma medida en que lo serían Aleksandr Petróvich Goriánchikov[1] y sus iguales, por grande que sea el abismo que separa a los nobles criminales de la gente sencilla. Es difícil explicar por qué no se decidió a representar verazmente a los ladrones. Porque el ladrón no es una persona que ha robado. Se puede robar, incluso hacerlo de manera sistemática, pero no ser un hampón, es decir, no pertenecer a esta orden clandestina y ruin. Al parecer, en el presidio de Dostoyevski no existía esta «orden». Porque a los hampones no se los acostumbra-

1. Narrador y protagonista de la novela. Nota del traductor, como todas las que se incluyen en el volumen.

ba a castigar a penas tan largas, pues en su mayoría no eran asesinos. O, mejor dicho, en la época de Dostoyevski no lo eran. Los hampones que habían «mojado», los que tenían la mano «ligera», no eran tantos en el mundo del hampa. Los «caseros», «destrozadores», «farmasones»,[2] «carteristas»: estas eran las principales categorías de la sociedad de los «urkas» o «urkaganes», como se denominan a sí mismos los hampones. El término «mundo del hampa» tiene un significado preciso. Chorizo, urka, urkagán, hombre, hampón, todos son sinónimos. Dostoyevski no se los encontró en su presidio y si se los hubiera encontrado tal vez nos habríamos visto privados de las mejores páginas de aquel libro: las aseveraciones sobre la fe en el hombre, las afirmaciones sobre que el principio de la bondad es inherente a la naturaleza humana. Pero Dostoyevski no se cruzó con ellos. Los personajes carcelarios de los *Apuntes de la Casa Muerta* son seres tan casuales en el mundo del delito como lo había sido el propio Aleksandr Petróvich Goriánchikov. ¿O acaso robarse unos a otros, por ejemplo —hechos en los que Dostoyevski se detiene varias veces, subrayándolos especialmente—, es posible en el mundo del hampa? Allí lo que impera es el saqueo de los «fraier»,[3] el reparto del botín, el

2. Farmasón: deformación de francmasón, sinónimo de delincuente, mala persona.

3. «Fraier», aquí a veces traducido como «bulto», proviene del argot yídish del hampa y se usa para referirse a un hombre «libre», condenado por algún delito, generalmente político, pero que no pertenece a la comunidad de los hampones, también llamados indistintamente ladrones,

jugar a las cartas y el consiguiente correr del botín de mano en mano entre los amos-hampones, dependiendo de que se gane o se pierda al *stos* o la *burá*. En la «Casa Muerta», Gazin vende alcohol y lo mismo hacen otros «taberneros». En cambio, los hampones le hubieran arrebatado el alcohol al instante a Gazin y su negocio no hubiera tenido tiempo ni de levantar el vuelo.

Según la vieja «ley», el hampón no debe trabajar en los centros de reclusión, los «fraier» deben hacerlo por él. Los Miásnikov y los Varlámov hubieran recibido en el mundo del hampa el mote denigrante de «cargadores del Volga». Todos estos «huesos rotos» (soldados), «soplaollas», «maridos de Akulka», todo esto no es el mundo de los delincuentes profesionales, no es el mundo de los hampones. Son simplemente gente que se han dado de bruces con la cara negativa de la ley, que se han cruzado por azar con ella y que, sumidos en la oscuridad, han sobrepasado Dios sabe qué límite, como fue el caso de Akim Akímovich, el típico «bultillo». En cambio el mundo del hampa es un mundo donde reina una ley especial, un mundo en eterna lucha con aquel cuyos representantes son Akim Akímovich y Petrov, junto con el mayor de «ocho ojos».[4] El mayor está incluso más cerca de los hampones. Es un jefe que para sí quisieran muchos, con él las cosas son sencillas, como lo

haciendo referencia a los «ladrones de ley», es decir, aquellos que se atienen a la ley del hampa.

4. Personajes de *Apuntes de la Casa Muerta.*

son con un representante de la ley; a mayores como este cualquier hampón les llenará los oídos de frases sobre la justicia, el honor y demás materias de alto vuelo. Se los están camelando hace ya varios siglos. El ingenuo mayor, de cara picada, es su enemigo declarado, mientras que los Akim Akímovich y Petrov son sus víctimas.

En ninguna de las novelas de Dostoyevski se representa a hampones; Dostoyevski no los conoció, y si los vio y supo de ellos, como artista les dio la espalda.

Tolstói no tiene ningún retrato digno de mención de este género de personas, ni siquiera en *Resurrección*, donde los rasgos externos e ilustrativos de los personajes se muestran de tal modo que el escritor no debe responder por ellos.

También Chéjov se topó con este mundo. Algo pasó en su viaje a Sajalín que le cambió su escritura. En varias cartas posteriores a Sajalín, Chéjov señala a las claras que después de aquel viaje todo lo escrito hasta entonces le parecen bobadas indignas de un escritor ruso. Al igual que en los *Apuntes de la Casa Muerta*, en la *Isla de Sajalín* la ignominia apabullante y corruptora de los lugares de reclusión destruye y no puede dejar de destruir todo lo puro y bueno de los hombres. El mundo del hampa horroriza al escritor. Chéjov adivina en él al acumulador principal de la ignominia, como si se tratara de cierto reactor atómico que regenera por sí mismo el combustible que necesita. Pero Chéjov solo pudo mostrarse alarmado, sonreír con gesto de tristeza e indicar con ademán suave pero insistente la existencia de este mundo. También lo conocía por Victor Hugo. En Sajalín estuvo

demasiado poco tiempo y no tuvo el valor de aportar este material a sus obras antes de su muerte.

Se diría que la dimensión biográfica de la obra de Gorki debía de haberle dado motivos para mostrar de manera veraz y crítica el mundo del hampa. Chelkash[5] es sin duda un hampón. Pero este ladrón reincidente se muestra en el relato con la misma fidelidad obligadamente embustera que los personajes de *Los miserables*. Se puede interpretar el personaje de Gavrila no solo, claro está, como el símbolo del alma campesina. Es un discípulo —admitamos que casual, pero necesario— del «urkagán» Chelkash. Un discípulo que tal vez mañana se convertirá en un «guripa echado a perder», o bien subirá un peldaño en la escala que conduce al mundo del crimen. Pues, como decía un filósofo del hampa, «nadie nace ladrón, el ladrón se hace». En *Chelkash*, Gorki, que se encuentra con el mundo criminal en su juventud, tan solo se limita a pagar el precio de mostrar un entusiasmo ignorante hacia las reflexiones y el coraje aparentemente libres de este grupo social.

Vaska Pépel (*Bajos fondos*) es un hampón más que dudoso. Al igual que Chelkash, el autor lo envuelve en un aura de romanticismo y grandeza, pero no lo desenmascara. Algunos rasgos externos, auténticos, de este personaje, la manifiesta simpatía del autor hacia él, dan lugar a que Pépel sirva a una mala causa.

5. Personaje del relato del mismo nombre (1895).

Así son los intentos de Gorki de representar el mundo del crimen. Tampoco él lo conocía; al parecer no trató de verdad con los hampones, porque, en general, no resulta una tarea fácil para el escritor. El del hampa es un mundo cerrado, aunque no sea una orden demasiado conspirativa, y a los extraños no los dejan entrar en él para que lo estudien y lo observen. Ningún hampón hablará sin tapujos ni con el Gorki vagabundo ni con el Gorki escritor, pues este es para aquel, en primer lugar, un «fraier», un bulto, un extraño.

En los años veinte la literatura se vio poseída por la moda de los atracadores. *Benia Krik*[6] de Bábel, *El ladrón* de Leónov, *Motke Malkhaloves* de Selvinski, *Vaska Svist, encuadernado* de Vera Ínber, *El final de Khaza* de Kaverin y finalmente el pícaro Ostap Bénder[7] de Ilf y Petrov... Se diría que todos los escritores han sucumbido al frívolo encanto, a la repentina demanda del romanticismo criminal. La incontenible poetización de los delincuentes se hacía pasar por una «corriente fresca» en la literatura y sedujo a muchas plumas literarias expertas. A pesar de que todos los autores de obras sobre el tema mencionados —como también todos los no mencionados— comprendían muy poco el meollo de la cuestión, esas obras tuvieron éxito entre los lectores y por lo mismo hicieron mucho daño.

6. Héroe central de los *Relatos de Odesa.*
7. Personaje central de *Las doce sillas* y *El becerro de oro.*

Lo que siguió fue aún peor. Se inició un largo período de fascinación por la tan manoseada «reconversión», ese mismo «picar en el hierro aún caliente» del que tanto se reían los hampones y sobre el que no se cansan de hacerlo hasta el día de hoy. Se inauguraron las Comunas de Bólshevo y de Liúbertsi, 120 escritores escribieron un libro colectivo sobre el canal «Mar Blanco-Báltico».[8] El libro se publicó según una maqueta extraordinariamente parecida a la de los Evangelios ilustrados. La guinda literaria de este período fue *Los aristócratas* de Pogodin, en la que el dramaturgo repetía por milésima vez el viejo error, sin pararse a pensar ni siquiera un minuto en las personas de carne y hueso que en la más cruda vida real interpretaron aquel nada complicado espectáculo ante los ojos del ingenuo escritor.

Muchos fueron los libros y películas creados, las obras de teatro puestas en escena sobre el tema de la reeducación de los hombres del mundo criminal. ¡Por desgracia!

Desde los tiempos de Gutenberg y hasta hoy en día, el mundo del hampa sigue siendo un libro cerrado bajo siete candados tanto para los escritores como para los lectores. Los escritores que se interesaban por el tema resolvían este serísimo problema de manera frívola, viéndose atraídos y engañados por los reflejos fosforescentes del

8. Llamado originariamente Canal Mar Blanco-Báltico Stalin y conocido por el nombre de Belomorkanal, se construyó entre 1931 y 1933 y fue una de las primeras grandes obras realizadas por presos.

hampa, adornándola con una máscara romántica y, por lo mismo, reforzando en el lector la imagen del todo falsa sobre este mundo pérfido, repugnante, que nada tiene que ver con el humano.

Los tejemanejes en torno a las diversas «reconversiones» ha permitido dar un respiro a muchos miles de delincuentes profesionales y ha salvado a los hampones.

¿Qué es pues el mundo del crimen?

[1959]

Sangre de ladrón

¿Cuándo un hombre deja de serlo?

¿Cómo se convierte en hampón?

Al mundo criminal también se llega desde fuera: un koljosiano que cumple en la cárcel una pequeña pena y que une allí su suerte a la de los delincuentes; exniños guapos cuyas actividades delictivas los han acercado a un mundo que antes solo conocían de oídas; el tornero de una fábrica al que le falta dinero para sus sonadas juergas con los amigos; gente sin profesión pero que quiere vivir a su entero capricho, así como personas a las que les da vergüenza pedir trabajo o limosna —en la calle o a una institución estatal, no importa— y que prefieren quitarles el dinero a los demás en lugar de pedirlo. Es una cuestión de carácter y depende con frecuencia del ejemplo de los demás. Pedir trabajo también es humillante para una persona en dificultades y con un amor propio enfermizamente sensible. Sobre todo si se trata de un adolescente. Pedir trabajo no es menos humillante que mendigar. ¿No sería mejor…?

El carácter salvaje, o tímido, de la persona le sugiere la solución, un camino cuya gravedad y peligro un joven no

es aún capaz de apreciar. En diferentes momentos de la vida de todo hombre se producen situaciones importantes que este necesita resolver, tiene que «dar la vuelta» a su destino, y esto a la mayoría les sucede en los años jóvenes, cuando la experiencia es poca, y la probabilidad del error, grande. En cambio, en esta época es también escasa la rutina en la conducta y sobra valor y determinación.

Situado ante una elección difícil, engañado por la literatura y por las mil leyendas oídas en la calle sobre el enigmático mundo del crimen, el adolescente da un paso terrible tras el cual a veces no hay vuelta atrás.

Luego el muchacho se acostumbra, se torna definitivamente malvado y él mismo se pone a reclutar a otros jóvenes para la maldita orden.

En la práctica de esta orden hay un pequeño detalle importante, algo que ha pasado desapercibido incluso en los tratados especiales.

La cuestión es que quien dirige este mundo subterráneo son delincuentes de varias generaciones, tipos cuyos familiares más viejos —padres, abuelos e incluso tíos o hermanos mayores— eran «urkaganes», gente crecida desde la más temprana niñez en las tradiciones del hampa, en la crueldad criminal hacia el resto del mundo; gente que no puede alterar su situación por otra distinta por razones comprensibles; gente cuya «sangre de ladrón» no suscita duda alguna sobre su pureza.

Justamente estos ladrones de casta son los que forman el núcleo dirigente del mundo del hampa y son preci-

samente ellos quienes llevan las voz cantante en todas las deliberaciones, en los «arreglos», en los «juicios de honor» entre hampones, que constituyen la condición necesaria y decisiva en esta vida subterránea.

Durante la época de la llamada «deskulakización»,[9] el mundo del hampa se extendió considerablemente. Sus filas se multiplicaron a cuenta de los hijos de quienes fueron declarados «kulaks». El exterminio de los campesinos «deskulakizados» engrosó las filas del mundo criminal. Sin embargo, nunca ni en parte alguna ninguno de los ex «deskulakizados» desempeñó un papel destacado en el mundo del crimen.

Robaban mejor que nadie, participaban en las parrandas y jaranas armando más bullicio que nadie, cantaban canciones del hampa, juraban gritando más que nadie, blasfemaban por cuatro superando a todos los hampones en esta ciencia sutil e importante de la grosería, imitaban con toda exactitud a los hampones, pero no dejaban de ser solo imitadores, solo sus seguidores.

Esta gente no tenía acceso al corazón del mundo del hampa. Aquellas raras excepciones que habían destacado especialmente, no por sus «heroicas hazañas» durante los atracos, sino por haber asimilado bien las reglas del hampa, a veces participaban en los «ajustes de cuentas» entre las

9. Del término *kulak*, «campesino rico». La deskulakización, paralela a la colectivización forzosa del campo, consistió en síntesis en la eliminación —detención y deportación en masa— de los kulaks.

altas esferas del crimen. Aunque, por desgracia, no sabían qué decir en estos «ajustes». Ante cada conflicto —y todo hampón era un tipo harto histérico—, a los extraños se les recordaban sus orígenes.

—¡Eres un gusano![10] ¡Y aún abres el pico! ¡No eres nadie! ¡Un cargador del Volga y no un ladrón! ¡Lo que eres es un auténtico pardillo!

Un «gusano» es un «podrido fraier», un pringado que ha dejado de ser un «fraier», pero que aún no alcanza la condición de hampón («Todavía no es un pájaro, pero ya no es un cuadrúpedo», como decía Paganel en la novela de Julio Verne.) Y el «gusano» soporta con paciencia los insultos. Los «gusanos» no son, claro está, los conservadores de las tradiciones del mundo criminal.

Para ser un «buen» hampón, un ladrón de verdad, hay que nacer ladrón. Solo aquel que está relacionado con el mundo del hampa y, por más señas, con «buenos y conocidos ladrones», quien ha dominado a la perfección la ancestral ciencia de la cárcel, de los robos y la formación del buen chorizo, es quien está capacitado para resolver los importantes problemas de la vida criminal.

Por mucho que seas un atracador famoso, por grande que sea la suerte que te acompañe, siempre seguirás siendo un solitario extraño, un individuo de segunda clase entre los ladrones de pura cepa. No basta con robar, hay que pertenecer a esta orden, y esto no se consigue solo con

10. *Porchak*: gusano, individuo «estropeado», echado a perder.

robar, solo con matar. No todo «peso pesado», ni mucho menos, no todo asesino, solo por ser un atracador y un asesino, puede ocupar un lugar de honor entre los hampones. Ellos tienen sus custodios de la limpieza de las buenas costumbres, y los secretos más relevantes del hampa, los relativos a la elaboración de las leyes comunes de este mundo (que, como la vida, van cambiando), la creación del nuevo lenguaje del hampa, la jerga del crimen, es solo cosa de la élite del hampa, formada por los hampones de raza, aunque algunos de estos sean simples rateros.

Y el mundo del hampa tendrá más en cuenta la opinión incluso de un joven muchacho (hijo o hermano de un hampón conocido) que las consideraciones de un «gusano», no importa que este sea un Iliá Múromets[11] en el arte del atraco.

También a las «marianas» —las mujeres del hampa— las dividirán según la celebridad de su amo... Y serán las primeras las que tienen «sangre azul», y las de los «gusanos», quienes ocupen el último lugar.

Los hampones se preocupan mucho de preparar su relevo, de formar a unos continuadores «dignos» de su causa.

La terrible capa de pacotilla del romanticismo del crimen atrae con su brillante resplandor de mascarada a los jóvenes y adolescentes para intoxicarlos para siempre con su veneno.

11. Héroe legendario de las bilinas rusas, canciones épicas populares de tradición oral.

Este falso resplandor de unos abalorios que tratan de parecer diamantes se repite en los mil espejos de la ficción literaria.

Se puede decir que la literatura, en lugar de condenar el mundo del hampa, ha hecho lo contrario: ha preparado el terreno para que florezcan venenosos brotes en el alma inexperta e inmadura de la juventud.

El joven se ve incapaz de aclararse a primera vista y descubrir el verdadero rostro de los «urkas», y luego ya es tarde; se convierte en su cómplice, toma contacto con ellos, por insignificante que este sea, queda marcado también por la sociedad y se ve atado a sus nuevos compañeros de por vida, hasta la muerte.

También es relevante el hecho de que en él mismo ya se empieza a acumular un rencor personal, surgen sus cuentas pendientes con el Estado y sus representantes. Le parece que sus pasiones, sus intereses personales entran en un conflicto irresoluble con la sociedad, con el Estado. Le parece que paga un precio demasiado alto por sus «deslices», hechos que el Estado no califica de deslices sino de delitos.

Le atrae también la eterna llamada de los jóvenes hacia la «capa y espada», hacia el juego misterioso, y aquí el «juego» no es de broma, sino algo vivo y sangriento, incomparable por su tensión psicológica con los vegetarianos «Discípulos de Jesús» o *Timur y sus compañeros.*[12]

12. Obra de Arkadi Gaidar (1904-1941) muy conocida entre los jóvenes de principios de los años cuarenta.

Hacer el mal es mucho más atractivo que hacer el bien. Cuando un muchacho ingresa con el corazón alborotado en este criminal mundo clandestino, ve a su lado a gente a quien sus padres temen. Ve su aparente independencia, su falsa libertad. Toma por verdaderas sus mentiras y fanfarronadas. En los hampones ve personas que desafían a la sociedad. En lugar de la nada fácil tarea de conseguir el duro sustento, el joven ve la «generosidad» del ladrón, que tira «a manos llenas» los billetes conseguidos tras un buen golpe. Ve como el ladrón bebe y disfruta, y estos cuadros de su desenfreno no asustan ni mucho menos al joven. Compara el trabajo tedioso, diario y humilde del padre y la madre con el «trabajo» de los hampones, para el que, según parece, solo hace falta ser valiente... El muchacho no se para a pensar en cuánto esfuerzo ajeno y cuánta sangre humana ha robado y ahora gasta sin medida este héroe suyo. Aquí siempre están presentes el vodka, la «hierba», la cocaína; al chico le dan de beber y se ve envuelto en el entusiasmo de la imitación.

Entre los jóvenes de su edad, sus antiguos compañeros, descubre cierto distanciamiento, mezclado con el temor, actitudes que, con su infantil inocencia, confunde con el respeto.

Y lo principal, ve que todos tienen miedo de los ladrones, todos temen que cualquiera de ellos pueda darles un navajazo o sacarles los ojos...

En un tugurio se presenta un Iván cualquiera salido del trullo y trae consigo mil historias: a quién ha visto, a

quién han condenado, por qué y a cuántos años; todo esto resulta a la vez peligroso y seductor.

El joven ve que hay gente que vive ajena a aquello que constituye la preocupación constante de la familia.

El joven ya agarra una verdadera borrachera, ya llega a pegar a una prostituta —¡ha de saber pegar a una mujer!—, esta es una de las tradiciones de su nueva vida.

El joven sueña con el toque final, con pertenecer definitivamente a la orden, que es la cárcel, a la que se le ha enseñado a no temer.

Los mayores se lo llevan a dar un «golpe»; para empezar, a estar «de plantón» (de vigilancia). Los ladrones mayores ya empiezan a confiar en él, luego roba él mismo y luego ya «resuelve» por su cuenta.

Asimila con prontitud las maneras, el inimitable rictus de una desvergonzada risita, el caminar, el dejar caer los pantalones sobre las botas de una manera especial, se cuelga una cruz al cuello, se compra una gorra de piel para el invierno y una visera «de capitán» para el verano.

En su primera visita a la prisión se tatúa con sus nuevos amigos, maestros en este arte. Es el signo distintivo de su pertenencia a la orden del hampa, como un estigma de Caín, trazado por los siglos de los siglos con tinta azul sobre su cuerpo. Luego el hampón se lamentará más de una vez de estos tatuajes, que le amargarán la vida. Pero esto vendrá después, mucho más tarde.

Ya hace mucho que domina la jerga del hampa, la lengua de la orden. Sirve con destreza a los mayores. En su

conducta, el muchacho tiene más miedo de no llegar que de pasarse.

Y el mundo del crimen va abriendo ante él, una tras otra, las puertas que dan a lo más hondo de las profundidades.

Ya participa en las «reyertas» sangrientas, en los «juicios de honor», y a él, como al resto, lo obligan a «dejar su firma» sobre el ejecutado según la condena del tribunal del hampa. Alguien le pone en la mano un cuchillo y él lo clava en el cadáver aún caliente, mostrando su solidaridad más completa con las acciones de sus maestros.

Al poco, él mismo mata, según sentencia de sus mayores, al «traidor», a la «perra» que le indican.

Entre los hampones raramente hay alguien que no haya asesinado alguna vez.

Este es el esquema por el que se educa a un joven venido del otro mundo para convertirse en hampón.

Más simple es la formación de uno de sus representantes de «sangre azul», de un hampón de cuna o de aquellos que no han conocido ni han querido conocer en su vida otra vida que la de los ladrones.

No conviene pensar que esta gente, de la que salen los ideólogos y los cabecillas del mundo del hampa, adquiere sus principios criminales de algún modo especial, como si se formaran en un invernadero. De ninguna manera. Nadie los protege del peligro. Simplemente en su camino hacia las cimas, o, mejor dicho, hacia lo más hondo de las simas del crimen, hay menos obstáculos. Su camino es más

sencillo, más rápido e inapelable. Creen en ellos antes y antes les confían misiones criminales.

Pero, durante muchos años, el joven hampón, aunque sus antepasados hubieran sido los dignatarios más influyentes del mundo criminal, convive con los bandidos mayores, a quienes adora, corre para traerles cigarrillos o les acerca la lumbre para encenderlos, lleva de un lado a otro sus «papeles», los mensajes, y les sirve en todo cuanto puede. Han de pasar muchos años para que se lo lleven a un atraco.

* * *

El ladrón roba, bebe, se divierte, se dedica al vicio, juega a las cartas, engaña a los «pardillos», no trabaja ni en libertad ni encerrado, elimina a sangre y fuego a los renegados y participa en los «arreglos de cuentas» en los que se resuelven cuestiones importantes del mundo del subsuelo.

Guarda los secretos del hampa (que no son pocos), ayuda a los compañeros de la orden, coopta e instruye a los jóvenes, vigila que se conserve en toda su pureza y rigor la ley del hampa.

El código no es complicado, pero a lo largo de los siglos se ha envuelto en mil tradiciones, hábitos sagrados, y los conservadores de las tradiciones de este mundo mantienen su escrupuloso cumplimiento en sus menores detalles. Los hampones son grandes talmudistas. Para proporcionar el mejor cumplimiento de las leyes del crimen, de vez en cuando organizan grandes reuniones clandestinas, concilios

generales, que es donde se toman las decisiones, se dictan las normas de conducta relativas a las nuevas condiciones de vida, se realizan (o mejor dicho se establecen) los cambios de nombre en el siempre cambiante léxico de los bajos fondos, la «jerga del hampa».

Según la filosofía de los criminales, el mundo se divide en dos partes. Una lo forman los «hombres», los «legales», el «mundo del crimen», los «urkas» o «urkaganes», los «hampones», los «juki-kuki», etc.

La otra es la de los «fraier», es decir, la gente que está en libertad. «Fraier» es una palabra antigua, de origen odessita. En la «música hampona» del siglo XIX hay muchos términos del argot judío alemán.

Otras denominaciones de los «fraier» son «stump», «mujik», «reno» «asmodeo», «diablo». Hay «stumps» echados a perder, próximos a los hampones, y los hay «resabiados», que son los que conocen los asuntos del mundo del hampa, los que han descubierto sus secretos siquiera en parte, gente experimentada; un «fraier resabiado» es uno que tiene experiencia y se lo nombra con respeto. Son mundos distintos, a los que no solo separa la reja de la cárcel.

«Me dicen que soy un sinvergüenza. Bueno, lo soy. Soy un sinvergüenza y un miserable y además un asesino. ¿Y qué pasa? Yo no vivo vuestra vida, yo tengo la mía, que tiene sus propias leyes, otros intereses, ¡otro sentido del honor!»; así habla un hampón.

La mentira, el engaño, la provocación hacia el «fraier», incluso aunque se trate de una persona que ha sal-

vado al hampón de la muerte, todo esto no está solo en el orden de las cosas, sino que es especial motivo de orgullo del hampa, su ley.

Sheinin, con sus llamadas a la «confianza» hacia el mundo del crimen, una confianza por la que se ha pagado ya demasiada sangre, peca de algo peor que de ingenuo.

La mentira de los hampones no tiene fronteras, pues en lo que se refiere a los «fraier» (y los «fraier» son todos menos los hampones) no existe otra ley que la ley del engaño, un engaño perpetrado de todos los modos: la lisonja, la calumnia o las falsas promesas…

Para eso existe el «fraier», para que lo engañen; al que está en guardia, a aquel que ya ha padecido la triste experiencia de tratar con los hampones, se le llama «fraier resabiado», que es un grupo especial de «diablo».

No hay fronteras ni límites para este tipo de juramentos y promesas. Una cantidad fabulosa de todo género y condición de jefes, educadores de carrera y de vocación, milicianos, investigadores, han picado en el nada sofisticado anzuelo de la «palabra de honor» del hampón. Es probable que cada uno de los servidores entre cuyas obligaciones estaba el trato diario con delincuentes haya caído muchas veces en esta trampa. Caía en ella dos veces y hasta tres, porque no podía comprender de ninguna manera que la moral del mundo del hampa era otra moral. Que la llamada «moral de los hotentotes», con sus criterios del provecho personal, representa la candidez más absoluta comparada con la siniestra práctica del hampa.

Los jefes («jefecillos», los llaman los hampones) resultaban invariablemente engañados, con un palmo de narices...

Y entretanto en las ciudades se reponía con una inexplicable obstinación la obra, falsa y perniciosa hasta los tuétanos, de Pogodin, y nuevas generaciones de «jefecillos» se impregnaban del concepto que tenía de la «honestidad» Kostia Capitán.

Toda la labor educativa dedicada a los ladrones, para cuya realización se fundían millones de dinero público, todas estas fantásticas «reconversiones», y las leyendas del Belomorkanal, desde hace tiempo convertidas en cuentos de hadas y objeto de las más crueles bromas entre los hampones, toda esta labor educativa se sustentaba en algo tan efímero como la «palabra de honor del hampa».

—Párese un momento a pensar —nos dice cualquier especialista sobre el «mundo del hampa», uno de esos «lectores» de Bábel o Pogodin—: este Kostia Capitán no es que nos haya dado su palabra de honor de que se corregirá. A mí, un perro viejo, no me la dan con queso. No soy tan pobre «diablo» como para no comprender que a este personal dar su palabra de honor no le cuesta nada. Pero es que aquí Kostia Capitán nos ha dado su «palabra de honor del hampa». ¡Del hampa! Y esto sí que es algo serio. Una palabra que no puede no cumplir. Su orgullo «aristocrático» no se lo permite. Se morirá de puro desprecio hacia su persona si incumple su «palabra de honor del hampa».

¡Pobre e ingenuo jefe! Dar su palabra de honor a un «fraier», engañarlo y luego hacer añicos su juramento y pisotearlo: este es justamente el honor del hampón, objeto de sus jactanciosas historias contadas desde cualquier litera de la prisión.

Muchas fugas se han visto facilitadas y preparadas gracias a una «palabra de honor del hampa» dada a tiempo. Si cada jefe hubiera sabido (y eso solo lo sabían los jefes fogueados por largos años de experiencia y de contacto con los «capitanes») el significado de esa «palabra de honor», y hubiera estimado lo que este juramento valía, cuánta menos sangre habría corrido y cuántas menos crueldades se habrían cometido.

Pero ¿y si nos equivocamos al intentar relacionar estos dos mundos distintos, el de los «fraier» y el de los «urkagán»?

¿Puede ser que las leyes del honor, de la moral, actúen a su modo en el mundo de los «chorizos», y que nosotros simplemente no tengamos derecho a tratar el mundo del hampa con nuestra vara ética de medir?

Este es justamente el elemento romántico que inquieta el corazón de los jóvenes, que parece justificar los usos del hampa e introduce un espíritu, aceptemos que de peculiar «limpieza moral», en estos usos, en las relaciones entre las personas dentro de este mundo. ¿Puede que el concepto de lo infame sea distinto para el mundo de los «fraier» y para la sociedad del crimen? Los movimientos del alma de los «urkagán» se rigen, como quien dice, por otras

leyes. Y solo si nos colocamos en su lugar entenderemos e incluso reconoceremos *de facto* el carácter específico de la moral del hampa.

Tampoco algunos de los hampones más inteligentes estarían en contra de pensar así. Y no les parecería mal engatusar a algún incauto en esta cuestión.

Cualquier infamia sangrienta dirigida contra los «fraier» se ve justificada y santificada por las leyes del crimen. Pero se podría pensar que, en relación a sus camaradas, el ladrón tendría que ser honesto. Las tablas de la ley del crimen así lo proclaman y a quien transgreda esta «camaradería» le espera un castigo atroz.

Aquí también se produce el mismo espectáculo teatral y las mismas fanfarronadas y mentiras de la primera a la última palabra. Basta con observar el comportamiento de los legisladores de las modas del hampa en situaciones difíciles, cuando no hay bastantes incautos a mano y los hampones tienen que cocerse en su propia salsa. Un ladrón de calibre, con más «autoridad» (el término «autoridad» se emplea mucho entre los ladrones: «se ha ganado su autoridad», etc.), físicamente más fuerte, se mantiene oprimiendo a los ladrones más débiles, que le traen comida y lo cuidan. Y si alguien tiene que ir a trabajar, se manda a los compañeros más débiles, y entonces los de arriba exigen a estos, a sus compañeros de abajo, lo mismo que antes reclamaban a los «fraier».

El amenazante proverbio «muere tú hoy, que yo lo haré mañana», empieza a repetirse más y más en toda su

sangrienta realidad. Por desgracia este dicho del hampa no tiene nada de figurado, no es en modo alguno alegórico.

El hambre obliga al hampón a robar y a comerse las raciones de sus amigos con menos «autoridad», a mandarlos de expedición, actos que tienen muy poco que ver con el cumplimiento correcto de las leyes del hampa.

En todas partes viajan de mano en mano notas amenazadoras —«notas» con peticiones de ayuda, y si hay que ganarse un trozo de pan, porque no hay modo de robarlo, los ladronzuelos de abajo irán a trabajar, a «arar». Los mandan a trabajar igual que si los mandaran a matar a alguien. Quienes pagan por los asesinatos no son en modo alguno los capos, estos solo sentencian a muerte. Matan los pequeños delincuentes, ante el temor de su propia muerte. Matan o sacan los ojos (una «sanción» harto extendida si se trata de un «fraier»).

En situaciones complicadas, los ladrones también se delatan unos a otros ante los mandos. En cuando a las delaciones contra los «fraier», los «Iván Ivánich», los «políticos», ya no hay ni que hablar. Estas denuncias constituyen el camino para aliviar la vida de los hampones y son motivo de especial orgullo para ellos.

Caen las capas de los caballeros y solo queda al desnudo la infamia, de la que está impregnada toda la filosofía del hampón. De manera que es lógico que esta conducta ignominiosa, en condiciones adversas, se dirija contra los propios compañeros de la orden. No hay en ello nada de asombroso. El subterráneo reino del hampa es un mundo

cuyo objetivo vital es la ávida satisfacción de las pasiones más bajas, donde los intereses son animales, o peor que animales, pues cualquier animal se asustaría de los actos que con tanta ligereza están dispuestos a cometer los criminales.

(«El hombre es el animal más terrible»: esta sentencia tan extendida entre los hampones de nuevo es cierta en su sentido más literal, más real.)

Un representante de este mundo no puede dar muestras de firmeza espiritual alguna si se halla en una situación en la que peligra su vida o se ve ante la amenaza de sufrir prolongados sufrimientos físicos, momentos en los que no muestra ninguna clase de firmeza.

Sería un grave error pensar que los conceptos de «beber», «divertirse» o «echarse al vicio» son iguales a los términos empleados en el mundo de los «fraier». ¡De ningún modo! Todo lo del mundo de la calle resulta de una extrema castidad en comparación con las salvajes escenas de los usos del crimen.

Una prostituta cubierta de tatuajes, una «ratera», viene a la sala de un hospital a visitar a los hampones ingresados (simuladores y «agravantes», cómo no), ya sea por encargo o por voluntad propia, y por la noche (después de amenazar al enfermero de guardia con una navaja), junto a esta nueva santa Teresa se reúne un grupo de hampones. Todos los que tienen «sangre de ladrón» pueden tomar parte en esta «diversión». La visitante cuenta, sin mostrar vergüenza ni sonrojarse, que «ha venido a sacar a los muchachos de un apuro, que ellos se lo han pedido».

Todos los hampones son pederastas. Alrededor de cualquier hampón importante circulan en los campos jovencitos con los ojos hinchados y turbios. Son las «Zoikas», «Mañkas» o «Verkas»[13] a las que los hampones dan de comer y con las que se acuestan.

En una de las secciones del campo (donde no se pasaba hambre) los hampones adiestraron y enviciaron a una perra. Le daban de comer, la cuidaban y luego se acostaban con ella como con una mujer; lo hacían sin tapujos, a la vista de todo el barracón.

La gente no quiere creer en la posibilidad de que estos casos se den de manera habitual, dada su monstruosidad. Pero es algo habitual.

Había una mina de mujeres; las presas eran muchas, el trabajo era duro, de picar piedra, y se pasaba hambre. El hampón Liúbov consiguió que lo mandaran a trabajar a aquella mina.

—¡Qué regio pasé aquel invierno! —recordaba el hampón—. Allí la cosa estaba clara: todo se medía con el pan, con la ración. Y la costumbre, o sea, el acuerdo era que tú le dabas la ración de pan y toma, ¡come! Y mientras yo me la trabajaba ella se comía lo que podía de la ración, y lo que no conseguía comerse yo me lo llevaba de vuelta. De modo que lo que hago es, en cuanto recibo mi ración por la mañana, la meto en la nieve. O sea que congelo la

13. Diminutivos de Zoya, Maria y Vera.

ración de pan. Y ya me diréis, ¿cuánto pan congelado podía comer la guarra?

Cuesta, de verdad, imaginarse que a una persona se le pueda ocurrir algo semejante.

Pero en los hampones no hay nada de humano.

En los campos les dan a los reclusos algo de dinero en metálico, el sobrante después de liquidar los «servicios comunales», es decir la escolta, las tiendas de campaña bajo un frío de sesenta grados, las cárceles, los traslados, el uniforme y la comida. Lo que queda es una miseria, pero, de todos modos, es algo. Aquí la escala de valores está trastocada, e incluso un «sueldo» ridículo de 20 o 30 rublos al mes despierta el interés del preso. Por 20-30 rublos uno puede comprar pan, mucho pan. ¿No es acaso ese el mayor sueño, el «estímulo» más poderoso durante el interminable trabajo en la mina, un trabajo en un yacimiento helado, con hambre y frío? Los intereses de los hombres estrechan su horizonte, pero no por ello se convierten en menos poderosos cuando los hombres se convierten en medio humanos.

El salario, el sueldo, se paga una vez al mes y ese día los hampones recorren todos los barracones de los «fraier», los obligan a entregar, según la conciencia del extorsionador, o la mitad o todo el dinero. Si no se lo dan de buen grado, se lo quitan todo a la fuerza, mediante palizas: con una barra, un pico o una pala.

Pero, incluso aparte de los hampones, son muchos quienes persiguen estas pagas. A menudo, en las brigadas con mejores raciones de comida y que se alimentan mejor, el jefe de brigada avisa que los trabajadores no recibirán la paga, que el dinero irá a parar al bolsillo del jefe del grupo o al inspector de las «normas». Y si no están de acuerdo, las raciones serán de miseria y, por lo mismo, los presos se verán condenados a morir de hambre.

Las extorsiones de los «jefes» —los controladores, los jefes de brigada, los vigilantes— son un fenómeno general.

Los robos realizados por los hampones se dan en todas partes. La extorsión es ley y a nadie le asombra.

En 1938, cuando entre las autoridades y los hampones existía un «concordato» casi oficial, cuando a los ladrones se los denominó «amigos del pueblo», las más altas instancias querían hacer de los comunes un arma para luchar contra los «trotskistas», contra los «enemigos del pueblo». Incluso se llevaron a cabo cursos de instrucción política con los hampones en las «Unidades Educativo-Culturales», donde los instructores culturales trataban de mostrar a los comunes las simpatías y esperanzas que las autoridades habían puesto en ellos y les pedían ayuda para exterminar a los «trotskistas».

—Son gentes traídas aquí para ser exterminadas y vuestra tarea consiste en ayudarnos en este cometido.

Estas fueron las palabras literales pronunciadas, en una de las «lecciones» impartidas en invierno, a principios de 1938, por el inspector de la «Unidad Educativo-Cultural» de la mina «Partizán», Shárov.

Los hampones mostraron su total acuerdo. ¡Faltaría más! Esto les salvó la vida, los convertía en miembros «de provecho» de la sociedad.

En la persona de los «trotskistas» los hampones se encontraron a los intelectuales, seres profundamente despreciables para ellos. Además, a ojos de los hampones aquellos eran «jefecillos» caídos en desgracia, cargos superiores a los que esperaba una sangrienta venganza.

Con el consentimiento pleno de las autoridades, los hampones se entregaron a moler a golpes a aquellos «fascistas» —en el año 1938 no tenían otro sobrenombre para los condenados por el artículo 58.

Personas de mayor calibre, como Eshba, exsecretario del comité del partido del Territorio del Cáucaso Norte, fueron arrestadas y fusiladas en la célebre «Serpantinka»[14], y al resto los remataron los hampones, las escoltas, el hambre y el frío. La participación de los comunes en la tarea de liquidar a los «trotskistas» en el año 1938 fue muy importante.

«Pero habrá casos —me dirán— en que el ladrón, si se le da un trato de favor, cumple con su palabra y, de manera imperceptible, mantiene el "orden" en el campo.»

—Me resulta más ventajoso —dice un jefe— que cinco o seis comunes no trabajen o que lo hagan donde

14. Prisión donde se produjeron gran número de fusilamientos; se hace referencia a ella en otros volúmenes de la obra. Debe su nombre a la serpenteante carretera que lleva al lugar.

quieran, si a cambio el resto de la población del campo trabaja bien, sin que los ladrones los maltraten. Y más cuando faltan soldados de escolta. Los ladrones prometen no robar y vigilar que el resto de los presos trabajen. Es cierto que en cuanto al cumplimento de la norma los ladrones no les garantizan nada al resto de los presos, pero esto es lo de menos.

Los casos de este tipo de acuerdo entre los comunes y las autoridades locales no eran tan raros.

Los jefes no aspiran a que se cumplan al pie de la letra las reglas del régimen carcelario; así se facilita su cometido, se lo facilita considerablemente. Un jefe así no comprende que ya ha caído en las redes de los hampones, que ya está atrapado en su anzuelo. Ya ha transgredido la ley al favorecer a los ladrones según un cálculo engañoso y criminal, porque el jefe pone a la población «fraier» del campo a merced de los hampones. Y de entre esta población solo encontrarán la protección del jefe los comunes, los condenados por delitos administrativos o comunes, es decir, los malversadores de fondos públicos, los asesinos y los corruptos. En cambio, los condenados por el artículo 58[15] no encontrarán protección alguna.

Este primer favor del jefe a los ladrones lo conduce fácilmente a una relación más estrecha con el «mundo cri-

15. El artículo se refiere a los «enemigos del pueblo», a aquellos que «atentan contra la seguridad del Estado», el peor crimen de los denominados políticos.

minal». El jefe acepta un soborno, en forma de «cachorros de lebrel» o de dinero; aquí la cuestión se resuelve según la experiencia de quien soborna y la avaricia de quien se deja sobornar. Los hampones son unos maestros en el arte del soborno. Y lo practican con aún mayor ligereza y generosidad cuanto que lo que se da se ha conseguido mediante el robo o el atraco.

Se puede regalar un traje de mil rublos (los hampones llevan y guardan prendas muy buenas, «libres», justamente para sobornar en caso de necesidad), algún calzado poco común, relojes de oro o una cantidad considerable de dinero...

¿Que el jefe no acepta? Entonces «untarán» a su mujer, y desplegarán toda su energía para que el «jefecillo» acepte el soborno una o dos veces. Son regalos, por los que no le pedirán nada a cambio. Le entregarán algo y le darán las gracias. Ya llegará el momento de pedir, cuando el «jefecillo» ya esté bien atrapado en las redes del hampa y tema ser descubierto ante sus superiores. Una denuncia así es una amenaza de peso y de fácil ejecución.

La palabra de honor de un criminal que jura que nadie sabrá nada es, no lo olvidemos, el juramento de un ladrón a un «fraier».

Por lo demás, la promesa de no robar lo es de no hacerlo de forma abierta, de no atracar y nada más. Pues el jefe no va permitir que los ladrones hagan sus expediciones de saqueo (aunque ha habido casos). Los ladrones de todos

modos seguirán robando, porque es su forma de vida, su ley. Pueden prometer al jefe no robar en su mina, no limpiar al servicio del campo, no vaciar las tiendas del campo, a los guardias, pero todo es falso. Aparecerán otros criminales de más alto rango que exonerarán a sus compañeros de este tipo de «juramento».

Si se hace la promesa de no robar, eso quiere decir que la extorsión se llevará a cabo mediante chantajes más graves, hasta llegar a las amenazas de muerte.

En las secciones del campo donde los presos viven peor, con menos derechos, pasando más hambre, con menos salarios y menos comida, es donde los criminales mandan sobre los capataces, los cocineros, los vigilantes y hasta sobre los propios jefes.

La escolta del campo sigue también el ejemplo de los jefes.

Un año tras otro la escolta que acompañaba a los presos al trabajo «respondía» del cumplimiento del plan. Esta responsabilidad no era del todo real y efectiva, sino que se asemejaba a la responsabilidad de los sindicalistas. Sin embargo, los guardias, que se sometían a un régimen militar, exigían a los presos que trabajaran. «¡Dale, dale!» («¡Davái, davái!») se convirtió en el grito acostumbrado no solo en boca de los jefes de brigada, los vigilantes y capataces, sino también de los guardias de escolta. Los escoltas, para quienes este trabajo era una carga añadida a su tarea de guardias, no acogieron con muy buenos ojos estas nuevas obligaciones no remuneradas. Pero una orden es una orden, de

modo que arreciaron los culatazos, para sacar así, a golpes, los «porcentajes» de la norma de los presos.

Al poco —quiero pensar que de manera empírica— los escoltas encontraron una salida a la situación, algo complicada por las insistentes órdenes de los jefes de los guardias para que aumentara la producción.

Los guardias escoltaban al trabajo una partida (en la que siempre se mezclaba a los políticos con los ladrones) y delegaban la misión en estos últimos. Y los delincuentes interpretaban de buen grado el papel de jefes voluntarios de brigada. Tundían a golpes a los presos (con la bendición y el apoyo de la escolta), obligaban a los viejos medio muertos por el hambre a hacer el trabajo duro en los yacimientos de oro, sacándoles a palos el «plan», que incluía además la parte del trabajo que correspondía a los propios ladrones.

Los capataces no se entrometían nunca en estos asuntos, tan solo les interesaba aumentar la producción total, cualquiera que fuera la forma de conseguirlo.

Los capataces casi siempre estaban comprados por los ladrones, lo que se hacía en forma de un soborno directo, ya fuera en especie o en dinero, sin ningún género de preliminares. Era el propio capataz el que esperaba el soborno, que era un sobresueldo constante y un complemento sustancial.

A veces se trabajaba al capataz por medio del «juego de cubos», es decir, se jugaban a las cartas metros cúbicos de trabajo realizado.

El hampón jefe de brigada se sentaba a jugar con el capataz y a cambio de los «trapos» —trajes, suéteres, camisas o pantalones—, exigía cierta cantidad de «cubos», metros cúbicos de tierra...

En caso de ganar, y esto ocurría casi siempre —salvo en los casos en que se trataba de un soborno «exquisito», algo que pudiera ser digno de algún marqués francés que jugara a las cartas con el rey Luis XIV—, los metros cúbicos de tierra de mineral perdidos se pagaban con jornadas de verdad, y la brigada de los hampones recibía, sin trabajar, grandes ganancias. El capataz más listo intentaba equilibrar la balanza estafando a las brigadas de los «trotskistas».

El endose —la «venta de metros cúbicos»— era en la mina una plaga. Las medidas del topógrafo de la mina restablecían la verdad y se descubría a los culpables... A estos capataces ladrones solo los degradaban y los trasladaban a otro lugar. Y tras su paso quedaban los cadáveres de hombres famélicos, de los cuales se intentaba sacar a golpes los «cubos» que el capataz había perdido en el juego.

El espíritu corruptor de los hampones impregnaba toda vida de Kolimá.

Si no se entiende con toda claridad la esencia del mundo criminal no se puede comprender qué es un campo de trabajo. Los hampones imprimen carácter a los lugares de detención, marcan el tono de toda la vida en los campos, empezando por la más alta autoridad y acabando en los desarrapados peones de los yacimientos de oro.

El hampón ideal, el «auténtico ladrón», el hampón Cascarilla,[16] no roba a «particulares». Esta es una de las leyendas inventadas del mundo del hampa... El ladrón solo roba al Estado: almacenes, cajas, tiendas y, en el peor de los casos, pisos de «libres», pero el «buen ladrón» no le quitará lo último a un preso, a un recluso. Se viene a decir que el robo de vestimenta, los trueques forzados de ropa y calzado de calidad por algo viejo, el robo de guantes, abrigos de piel, bufandas (del vestuario de uniforme oficial), y de suéteres, chaquetas, pantalones (de la ropa civil), los llevan a cabo los «ladronzuelos», los «pillos», los «rateros» o los «descuideros», tipos miserables.

—Si entre nosotros hubiera ladrones de verdad —comenta entre suspiros el hombre de a pie—, no habrían permitido asaltos perpetrados por raterillos.

El pobre paleto cree en Cascarilla. No quiere comprender que a esta morralla la manda a robar ropa gente más importante, que los «trapos» afanados aparecen en manos de los ladrones de «alto rango», y no porque estos ladrones más poderosos roben pantalones y chaquetas.

El «fraier» no sabe que quienes «afanan» son los ladronzuelos que deben adiestrarse en su especialidad, ni que quienes se reparten lo robado no serán ni mucho menos ellos. En operaciones más complicadas intervendrán en el atraco también los mayores, ya sea mediante la persuasión («suéltalo» o «¿qué falta te hace esto?») o por el conocido

16. Personaje del filme soviético *El proceso de los tres millones* (1926).

sistema del «trueque», cuando se embute al «fraier» en un harapo, una prenda que hace tiempo que no es más un amago de ropa, es decir, que solo sirve como «cambio» en las cuentas. Es por esta razón que al día o dos de la entrega de nuevos uniformes en el campo a las mejores brigadas, sucede que los nuevos chaquetones y gorros aparecen en manos de los hampones, aunque no se les habían entregado a ellos. A veces en los «trueques» se ofrece tabaco o un pedazo de pan; esto sucede si el hampón es «legal», no un malvado de natural, o bien porque teme que a la víctima le dé por «ladrar», es decir, que se ponga a chillar.

Negarse al «trueque» o al «regalo» trae consigo palizas y, si el paleto se resiste, incluso un cuchillazo. Pero en la mayoría de los casos no se llega a este extremo.

Estos trueques no son ninguna broma cuando se trata de largas jornadas de trabajo a una temperatura de 50 grados bajo cero, con sueño atrasado, hambre y escorbuto. Entregar unas botas de fieltro que te han mandado de casa significa congelarte los pies. Con las botas agujereadas y hechas de tela que te proponen a modo de trueque, no trabajarás mucho con aquel frío.

En 1938, ya avanzado el otoño, recibí un paquete de casa: mis viejas botas de aviador con suela de corcho. Tuve miedo de sacarlas de Correos, rodeaba el edificio una muchedumbre de hampones que daban saltos en la blanca semipenumbra del atardecer esperando a sus víctimas. Le vendí las botas allí mismo al capataz Boiko por cien rublos; según las tarifas de Kolimá unas botas valdrían unos dos

mil rublos. Hubiera podido alcanzar mi barracón con las botas, pero me las habrían robado durante la primera noche, me las habrían quitado de los pies. Mis propios vecinos habrían conducido a los ladrones al barracón; a cambio de un pitillo, de una corteza de pan, habrían puesto de inmediato a los atracadores sobre la pista. El campo estaba lleno de este tipo de «ganchos». En cambio, los cien rublos recibidos por las botas eran cien kilos de pan, era mucho más fácil conservar el dinero: atándotelo al cuerpo y no delatándote en las compras.

Y ahí tienes a los hampones con las botas de fieltro, con la caña doblada a la moda del hampa, «para que no se meta la nieve», tipos que se «consiguen» chaquetones y bufandas, y también gorros de piel, y no simples gorros de orejeras, sino gorros con estilo, al gusto hampón, auténticas «kubankas» como las de los cosacos de Kubán.

Al muchacho campesino, al joven obrero o al intelectual la cabeza le da vueltas ante lo inesperado. El chico ve que los ladrones y los asesinos son los que mejor viven en el campo, disfrutan incluso de un relativo bienestar material y se distinguen por cierta firmeza en sus opiniones y un comportamiento envidiable, impasible e intrépido.

Los de arriba cuentan con ellos. Los hampones son los amos de la vida y la muerte en el campo. Siempre van hartos de comida, saben «conseguir» lo que quieren cuando los demás pasan hambre. El ladrón no trabaja, incluso se emborracha en el campo, mientras que el muchacho cam-

pesino se ve obligado a «darle al pico». Son justamente los ladrones los que le obligan a hacerlo, pues se espabilan de maravilla. Los ladrones siempre tienen tabaco, el peluquero del campo les corta el pelo «a lo boxeador» y lo hace «a domicilio», va al barracón, y con el mejor de sus instrumentos. El cocinero les trae cada día las conservas y dulces robados de la cocina. A los ladrones de menor categoría, en la cocina les sirven porciones mejores y diez veces mayores. El cortador de pan nunca les negará una barra. Toda la ropa de civil la llevan los hampones. Éstos se colocan en el mejor lugar en las literas, junto a la luz, junto a la estufa. Tienen colchonetas de guata y también mantas; en cambio él, el joven koljosiano, duerme sobre unos troncos cortados a lo largo. El muchacho campesino empieza a pensar que en el campo los hampones son los portadores de la verdad, que ellos son la única fuerza, tanto material como moral, del campo aparte de los jefes, quienes en su inmensa mayoría prefieren no tener problemas con los hampones.

El joven campesino empieza por ponerse al servicio de los hampones, a imitarlos en las blasfemias y en su conducta, sueña con ayudarles y hacerse visible a la luz del hampa.

Y no tardará en llegar la hora en que este joven, por indicación de los hampones, lleve a cabo su primer hurto para el caldero común, y ya está listo un nuevo «gusano».

El veneno del mundo criminal es increíblemente pavoroso. El efecto de este veneno corrompe todo lo huma-

no que hay en el hombre. Y todo aquel que entra en contacto con este mundo respira su hediondo aliento. ¿Qué máscaras antigás se necesitan aquí?

Yo había conocido a un doctor, un médico libre, que le recomendaba a un colega que prestara especial atención a un «enfermo»: «¡Es un hampón importante, ¿comprendes?!» Se podría pensar que el paciente había mandado al menos un cohete a la Luna; este era el tono de aquella recomendación. El médico ni siquiera era capaz de captar todo lo insultante —para él mismo, para su propia persona— de semejante razonamiento.

Los hampones dieron enseguida con el «punto débil» de Iván Alexándrovich (así se llamaba aquel doctor en medicina). En la sección que estaba a su cargo siempre había descansando gente completamente sana. («El profesor es como un padre», comentaban jocosos los ladrones.)

Iván Alexándrovich se inventaba falsas historias clínicas y, sin escatimar horas de sueño ni esfuerzos, pergeñaba cada día las anotaciones, encargaba análisis y exploraciones.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de leer una carta dirigida a él por un grupo de comunes que le escribían desde un campo de tránsito pidiéndole que ingresara a unos compañeros que, en su opinión, se merecían un descanso. Y los hampones enumerados en la lista fueron ingresando uno tras otro en el hospital.

Iván Aleksándrovich no temía a los hampones. Era un viejo habitante de Kolimá, las había visto de todos los

colores, con sus amenazas los hampones no hubieran conseguido nada de él. Pero los golpecitos amistosos en la espalda, los halagos, que Iván Aleksándrovich tomaba por sinceros, su fama entre los hampones, una fama de la que no entendía la naturaleza y que tampoco quería entender: todo esto lo introdujo en aquel mundo. Iván Aleksándrovich, como muchos otros, se sintió hipnotizado por el poder omnímodo de los criminales, y su voluntad se convirtió en la de ellos.

Es inconmensurable, es inimaginable el daño que han hecho a la sociedad los largos años de idilio con los ladrones, el elemento más pernicioso de la sociedad, una realidad que, con su aliento hediondo, no se ha cansado de envenenar a nuestra juventud.

Surgida de hipótesis puramente especulativas, la teoría de la «reconversión» ha causado decenas y centenares de miles de muertes suplementarias en los lugares de reclusión, ha engendrado una inacabable pesadilla que han creado en los campos seres indignos de llamarse personas.

El argot del hampa va cambiando. La sustitución de una palabra-código no se debe a un proceso de perfeccionamiento, sino que es una manera de autoprotegerse. El mundo del hampa sabe que los servicios de seguridad estudian su lenguaje. El individuo que ingresa en la «casa» al que se le ocurre hacerse entender con la «música del hampa» de los años veinte, cuando se pronunciaban expresiones hoy obsoletas, despertará las sospechas de los

hampones, que en los años treinta ya habían modernizado su argot.

No entendemos bien la diferencia o nos equivocamos al distinguir entre ladrones y malhechores. Por descontado, los dos son grupos antisociales, y ambos, enemigos de la sociedad. Pero en muy raras ocasiones somos capaces de sopesar el verdadero peligro de uno y otro grupo y valorar lo que de verdad son. Sin duda tememos más al gamberro que al ladrón. Por lo general, en el día a día, muy raramente tenemos trato con los ladrones, y estos encuentros siempre se producen o bien en el cuartelillo de la milicia o en el de la policía criminal, y nosotros intervenimos en el papel de víctimas o de testigos. Parece mucho más peligroso un maleante —un borracho depravado, un violador en serie que surge en medio de la calle o en un club, o en el pasillo de un piso comunal—. La tendencia tradicional de los jóvenes rusos a emborracharse en los días de las fiestas «de guardar»; las peleas de borrachos, el acoso a las mujeres, las sucias injurias, todo esto lo conocemos bien y nos parece mucho más horrible que el misterioso mundo criminal, del que tenemos —por culpa de la literatura— una idea más que confusa. Solo la policía criminal sabe lo que de verdad valen los gamberros y los ladrones; pero, gracias a los ejemplos de las obras de Lev Sheinin, podemos ver que este conocimiento no siempre se emplea del modo correcto.

No sabemos qué es un ladrón, qué es un «urka», qué es un hampón, un ladrón reincidente. Tomamos por un

gran «caco» a un tipo que roba la ropa colgada en una «dacha» y que justo después se emborracha en el bufé de la estación más cercana.

No se nos ocurre pensar que alguien pueda robar sin ser un ladrón, es decir, un miembro del mundo criminal. No comprendemos que una persona pueda matar y robar y no ser un hampón. Un hampón roba, claro está. De eso vive. Pero no cualquier ladrón es un hampón, y comprender esta diferencia es algo categóricamente imprescindible. El mundo criminal convive con los robos, vive junto a los malhechores.

Es cierto que a una víctima le da igual quién le ha robado de su piso las cucharas de plata o un traje de alta costura, que sea un ladrón-hampón, un ladrón profesional y no un hampón, o un vecino de la casa que nunca se ha dedicado a robar pisos. Esto que lo aclare la policía, se dirá.

Tememos más a los gamberros que a los ladrones. Está claro que ninguna «patrulla popular» de voluntarios pondrá coto a los ladrones, sobre quienes tenemos, lamentablemente, una idea del todo errónea. A veces se cree que los misteriosos hampones se esconden y viven en alguna parte bajo nombres falsos y en la clandestinidad más profunda. Que roban solo las tiendas y las cajas. Estos «cascarillos» no se llevan la ropa de los tendederos, y el hombre corriente está incluso dispuesto a ayudar a estos «ladrones de guante blanco», a veces los esconde de la policía, ya sea por un impulso romántico o por temor, cosa que ocurre más a menudo.

El gamberro da más miedo. Al gamberro lo vemos cada día, es alguien cercano, accesible. Da miedo. Y de él buscamos protección en la policía y en las patrullas populares.

Entretanto, el gamberro, cualquiera de ellos, aún raya la frontera de lo humano. Mientras que el ladrón del hampa se halla más allá de la moral de los hombres.

Cualquier asesino, cualquier gamberro no es nada comparado con un hampón. El ladrón también es un asesino y un gamberro, más algo que no tiene nombre en el lenguaje de los hombres.

A quienes trabajan en los centros de reclusión o en los servicios de investigación criminal no les gusta compartir sus grandes recuerdos. Tenemos miles de relatos y novelas de detectives. Pero no tenemos ni un estudio serio y honesto sobre el mundo del crimen, algo escrito por un servidor del orden cuya obligación haya sido luchar contra este mundo.

Porque nos encontramos ante un grupo social estable, al que sería más correcto llamar «antisocial». Un grupo que inocula veneno en la vida de nuestros hijos, que lucha contra nuestra sociedad y a veces incluso logra triunfar porque confiamos ingenuamente en él, mientras que él lucha contra la sociedad con unas armas completamente distintas, con el arma de la ruindad, de la mentira, de la traición y el engaño, y vive engañando a un jefe tras otro. Y cuanto más alto esté el jefe, más fácil resulta engañarlo.

Los propios hampones se refieren a los gamberros de manera en extremo negativa. «Esto no es un ladrón, no es

más que un gamberro.» Es una «gamberrada», «algo impropio de un hampón»: he aquí algunas frases imposibles de articular que acostumbran a soltar los hampones. Ejemplos de falsedad como estos nos los encontramos a cada paso en este mundo. El hampón quiere distanciarse del gamberro, colocarse muy por encima de él, e insiste en exigir que se distinga a los gamberros de los ladrones.

Justamente en este mismo sentido se dirige la educación del joven hampón. El ladrón no debe ser un gamberro, la imagen del «ladrón-señor» no es otra cosa que el resultado de los «novelos» escuchados y constituye el símbolo oficial de los hampones. En la imagen del «ladrón-señor» hay algo de la aspiración anímica del hampón a alcanzar un ideal inalcanzable. De ahí que en el subsuelo del hampa se valoren tanto la «elegancia» y la «finura» en los gestos. Justamente de ahí han llegado al léxico del hampa y se han consolidado en él expresiones como «mundo criminal», «se tratan», «come con él», y todo esto no suena como algo engolado ni irónico. Son términos con un significado concreto, expresiones de uso común.

En las «suras» del hampa se dice que el ladrón no debe ser un gamberro.

> Vestido con sencillez, una flor en el ojal,
> abrigo gris inglés,
> se fue de la ciudad a las siete y media en punto
> sin mirar siquiera por la ventanilla.

Es un ideal clásico, un retrato clásico del hampón-asesino, del «ladrón-señor». Como «Cascarilla», del filme *El proceso de los tres millones.*

La gamberrada es un asunto demasiado inocente, demasiado ingenuo para un ladrón. Este se divierte de otro modo. Matar a alguien, abrirlo en canal, sacarle los intestinos y estrangular con ellos a otra víctima: esto sí que es al estilo del hampa, y ha habido casos así. Los jefes de brigada asesinados no han sido pocos, pero cortarle el cuello con una sierra de dos mangos a un hombre vivo es algo de lo que solo es capaz una mente con una inventiva siniestra, la mente de un hampón y no un cerebro humano.

La gamberrada más despreciable, comparada con lo que puede hacer un hampón cualquiera, puede parecer la broma inocente de un niño.

Los hampones pueden divertirse, beber y hacer el gamberro en su escondrijo, en su tugurio, pero divertirse sin pasarse, mostrando los límites de su poderío solo a sus compañeros y a los devotos neófitos, cuyo ingreso en la orden del hampa es solo cuestión de días.

Los gamberros, los ladrones casuales son la periferia del mundo del hampa, es la franja fronteriza en la que la sociedad se encuentra con sus antípodas.

Los ladrones jóvenes o los nuevos raramente se reclutan en este entorno. Si bien puede ser que el malhechor lanzado a sus excesos vaya a parar a la cárcel, donde entrará a formar parte del mundo del hampa, pero donde nunca

desempeñará un papel importante en la ideología y en el establecimiento de las leyes de este mundo.

Los hampones de élite son los de estirpe o los que de pequeños han pasado por todo el proceso de aprendizaje de la ciencia del hampa, han ido a por vodka o cigarrillos para sus mayores, se han chupado mil guardias, mil plantones, se han escurrido por las ventanillas para abrir las puertas a los ladrones, han fortalecido su espíritu en las cárceles y luego han ido a una «misión» sin ayuda de nadie.

El mundo del hampa es enemigo del poder, de cualquier poder, por cierto. Esto es algo que los hampones, los hampones «pensantes», entienden bien. Los tiempos heroicos de los «veteranos», de los «viejos», no les parecen en modo alguno gloriosos. «Veterano» era el mote que se daba a los presos de los regimientos penitenciarios en tiempos de los zares, como «viejo» era el preso de los penales zaristas, en Sajalín o en Kolesuja. En Kolimá se acostumbraba a llamar «continente» a las provincias centrales, aunque Chukotka no era ciertamente una isla, sino una península. Este «continente» también ha entrado a formar parte de la literatura y se ha incorporado al lenguaje periodístico, así como a la correspondencia oficial. Esta palabra-imagen también nació en el mundo del hampa: las comunicaciones por mar, la ruta en barco entre Vladivostok y Magadán, el hecho de desembarcar entre las rocas desiertas de la costa, todo eso se parecía mucho a los viejos cuadros de Sajalín. Así fue como se asoció la denominación de «continente» a Vladivostok, aunque nunca nadie llamó isla a Kolimá.

El mundo del hampa es un mundo que pertenece al presente, al presente real. El hampa comprende a la perfección que cualquier legendario Gorbachevski como el que aparece en la canción «El trueno anuncia que Gorbachevski ha caído» no es un héroe más importante que el Vanka Chibis del yacimiento vecino.

Ningún país extranjero tienta a los experimentados hampones. Los ladrones que estuvieron fuera durante la guerra no los elogian, especialmente Alemania, dados sus castigos extremadamente severos por robo o asesinato. En Francia los ladrones respiran algo más aliviados, pero tampoco allí las teorías sobre la reeducación tienen éxito y los presos las pasan moradas. A los hampones les parecen relativamente agradables nuestras condiciones, con las que disfrutan de una confianza ilimitada y de inacabables y repetidas «reconversiones».

Pertenece también al número de las eternas leyendas la afirmación de los hampones según la cual el «buen ladrón» rehúye la prisión y la maldice. Que la cárcel no es más que algo tristemente inevitable en su profesión. Esto también es una coquetería, una pose. Es mentira, como todo lo que sale de la boca de un hampón.

El ladrón de casas Yuzik Zagorski (es decir, un polaco) se vanagloriaba con gestos amanerados y melifluos de que, de sus veinte años de profesión, tan solo había pasado ocho en la cárcel. Yuzik aseguraba que después de un golpe con éxito ni bebía ni salía de parranda. Iba, fíjense, a la

ópera, donde tenía un abono, y solo cuando se le acababa el dinero volvía de nuevo a las andadas. Como en la canción:

Allí en el concierto, en el jardín, conocí
al ser más bello que uno jamás haya imaginado.
Como la nieve, la pasta se fundió en un tris
y ya tenía que volver al pasado.
De nuevo uno se debía sumergir
en el oscuro y siniestro Leningrado.

Pero el amante del *bel canto* no pudo recordar el nombre de ninguna de las óperas que había escuchado con tanta delectación.

Yuzik entonó una nota de otra ópera muy distinta y la conversación no prosiguió. Yuzik tomó prestadas sus aficiones operísticas, está claro, de los «novelos» que había escuchado tantas veces en las veladas carcelarias.

Y hasta en lo que se refiere a la cárcel, Yuzik se pasó de listo y repitió alguna frase ajena, tomada de otro hampón de más altos vuelos.

Los hampones dicen que en el momento del robo experimentan una emoción muy especial, una excitación nerviosa que emparenta el acto del robo con un acto creativo, con la inspiración; que viven un peculiar estado psicológico de emoción nerviosa y exaltada que, por su fuerza, su profundidad, su plenitud y atractivo, no se puede comparar con nada.

Dicen que en aquel momento quien roba vive una vida incomparablemente más plena que la de un jugador de cartas frente al tapete verde, o mejor dicho el cojín, la tradicional mesa de juego en el mundo del hampa.

—Le metes mano —cuenta un carterista— y el corazón te late de una manera… Morirás y revivirás mil veces hasta que no saques aquella maldita cartera, en la que, por lo demás, puede que haya dos rublos.

Se dan robos sin peligro alguno, pero tampoco en ellos puede faltar la emoción del «artista», la inspiración del ladrón. La sensación de riesgo, de entusiasmo, de vida.

Al ladrón le importa un pepino quién es la persona a la que está robando. En el campo, el hampón roba a veces cosas que para él son del todo inútiles, tan solo por robar, para experimentar una vez más la «alta enfermedad» del robo. «Contagiados», así se llama a estos hampones. Pero en el campo los maestros del «arte puro» del robo son pocos. La mayoría prefiere el atraco y no el robo, el atraco descarado, sin tapujos, arrancando a la víctima, a la vista de todo el mundo, la chaqueta, la bufanda, el azúcar, la mantequilla, el tabaco, todo lo que se puede comer y todo lo que puede servir de moneda de cambio en el juego de las cartas.

Un ladrón de trenes hablaba sobre la particular emoción con la que abría un bulto (una maleta) robado.

—No abrimos los cierres —decía—, le das con la tapa contra una piedra y está abierto el «bulto».

Este «talento» del ladrón tiene que ver muy poco con la valentía humana. Valentía no es la palabra. Es puro y

simple descaro, una insolencia sin límites, que solo pueden detener en su camino unas duras barreras.

La actividad del ladrón no lleva consigo ninguna carga psicológica en forma de sufrimiento anímico.

Las cartas ocupan un lugar muy importante en la vida del hampón.

No todos ellos juegan a las cartas sin parar, como «enfermos», hasta perder en el combate los últimos pantalones. Perder hasta este extremo no se considera algo vergonzoso.

Pero todos los hampones saben jugar a las cartas. ¡Faltaría más! Saber jugar forma parte del «código caballeresco» del «hombre» en el mundo del hampa. No son muchos los juegos de azar que está obligado a dominar todo hampón, cuyas reglas aprende desde niño. Los jóvenes hampones practican constantemente tanto la confección de las cartas como el arte de hacer un «transporte» con apuesta.

Por cierto, esta expresión de los jugadores de cartas significa aumentar la apuesta. En *La isla Sajalín*, Chéjov la anota como «transporte comido»,[17] término que considera perteneciente al argot carcelario de los jugadores de cartas. Así, este error se ha paseado por todas las ediciones de *La isla Sajalín*, incluidas las académicas. El escritor no había oído bien esta fórmula más que común entre los jugadores.

17. Confunde «transport s kushem» (transporte con apuesta) con «transport skushan» (el transporte se ha comido).

El mundo del hampa es muy rutinario. En él la fuerza de las tradiciones es muy poderosa. Pero en este ambiente se han conservado juegos hace tiempo desaparecidos en la vida corriente. El consejero de Estado Shtoss de *El retrato* de Gógol es hasta hoy una realidad en el mundo del hampa. Un juego con un siglo de antigüedad, el *shtoss*, ha obtenido un nombre distinto, léxicamente más móvil: *stos*. En uno de los relatos de Kaverin, unos chicos de la calle cantan una conocida romanza, cambiando las palabras según su modo de entenderla y a su gusto: «La rosa negra, de tristeza blema...»[18]

Todo hampón ha de saber jugar al *stos* y doblar las puntas como Guerman o Chekalinski.[19]

El segundo juego, que ocupa el primer lugar por su difusión, es la *burá*. Así llaman los hampones el juego del «treinta y uno». Parecida al *ochkó*,[20] la *burá* sigue siendo un juego del hampa. Los hampones no juegan entre ellos al *ochkó*.

El tercer juego de cartas, el más complicado y en el que se anotan los resultados, es el *terts*, una variante del «quinientos uno», al que juegan los maestros, en general los «viejos», la aristocracia del hampa, los más instruidos.

18. Los muchachos, al ignorar la palabra «emblema», que es la que aparece en la canción, se inventan esta, que no parece significar nada.

19. Personajes de *La dama de picas* de A. Pushkin.

20. También llamada 22 puntos, variante rusa del *blackjack*.

Todos los juegos de cartas de los hampones se distinguen por un número inusitadamente grande de normas. Hay que recordarlas bien, y el que mejor las recuerda es quien gana.

El juego de cartas siempre es un duelo. Los hampones no juegan en grupo, entre varios, sino siempre uno contra uno, separados por el tradicional cojín.

Cuando uno de ellos pierde, frente al vencedor se sienta otro jugador, y el combate sigue mientras haya con qué «responder».

Según las reglas no escritas, quien está ganando no tiene derecho a dar por acabado el juego mientras haya «respuesta», sea esta unos pantalones, un jersey o una chaqueta. Por lo general, las partes acuerdan el precio de la prenda que se «juega» y el objeto se juega como si fuera una apuesta de dinero. Hay que recordar bien todos los cálculos hechos y saber defenderse, no dejarse estafar o engañar.

El engaño en las cartas es un mérito. El adversario ha de descubrir al tramposo, desenmascararlo y de este modo ganar la partida.

Todos los jugadores hampones son unos fulleros, pero es lo que debe ser, de modo que es al otro a quien le toca desenmascarar, cazar, descubrir la trampa... Con este ánimo se sientan a jugar, engañándose el uno al otro, «ejecutando» cada uno sus fullerías bajo un control recíproco.

Los combates de cartas —si se celebran en un lugar seguro— son una sucesión inacabable de ofensas mutuas y blasfemias, y entre esta lluvia de insultos mutuos se desa-

rrolla el juego. Los viejos hampones cuentan que en sus tiempos jóvenes, en los años 20, durante las partidas de cartas, los jugadores no se insultaban con tanta grosería como ahora. Los canosos «patriarcas» murmuran meneando la cabeza: «¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!» Los modales de los hampones empeoran de año en año.

Las cartas se fabrican en la cárcel o en el campo con una rapidez de cuento: la experiencia de muchas generaciones de presos ha elaborado el mecanismo de fabricación. Las cartas se confeccionan de la manera más racional y accesible en la cárcel. Para ello se necesita cola, es decir pan, una ración, que siempre está a mano y que se puede masticar, para así obtener muy rápidamente la cola. Hace falta papel; para ello sirve un periódico o papel de embalar, un folleto o un libro. Se necesita un cuchillo, y ¿en qué celda carcelaria, en qué etapa de los campos no se encontrará un cuchillo?

Se necesita lo más importante, que es un lápiz químico para pintar; por eso los hampones guardan tan celosamente la mina del lápiz químico, protegiéndola de todo género de cacheos. Este trozo de lápiz químico tiene dos utilidades. Un trozo de mina, en caso de una situación crítica, puede meterse en un ojo, lo que obligará al practicante o al médico a mandar al paciente al hospital. Sucede que el hospital representa la única salida si un hampón se ve envuelto en un trance difícil o peligroso. El peligro estriba en que la ayuda médica tarde en llegar. No pocos ladrones se han quedado ciegos debido a esta arriesgada operación.

Pero no pocos han escapado al peligro y se han salvado en el hospital. Este es un papel de reserva del lápiz químico.

Los «jefecillos» jóvenes creen que estos lápices sirven para hacer sellos, estampillas y documentos. Este uso es muy poco frecuente, y está claro que si alguien se propone preparar unos documentos necesitará algo más que un lápiz químico.

La principal razón por la que el hampa adquiere y guarda los lápices químicos, por la que se valoran bastante más que los lápices comunes, es porque se emplean para pintar las cartas, para «imprimir» las barajas.

Primero se prepara la «plantilla». No es una palabra del argot del hampa, pero en el lenguaje carcelario se usa mucho. En la plantilla se recorta el dibujo del palo; las cartas del hampa no conocen el rojo y el negro, el *rouge* y el *noir*. Todos los palos son del mismo color. El *valet* tiene un dibujo doble, pues, según la convención internacional, vale por dos. La dama tiene tres líneas que se unen. Y el rey, cuatro. En el as aparecen varias filigranas unidas en el centro de la carta. Los sietes, ochos y nueves se diseñan en su configuración habitual, al igual que en las impresiones del monopolio estatal de naipes.

El pan masticado se tamiza a través de un trapo y con esta magnífica cola se pegan dos hojas de papel fino; luego la hoja se seca y se corta con un cuchillo afilado para obtener la cantidad necesaria de cartas. El lápiz químico se envuelve con un trapo, se moja y ya tenemos lista la imprenta. Se coloca la plantilla sobre la carta y esta se tiñe

de color violeta, dejando en el papel la filigrana deseada en la cara de la carta.

Si el papel es grueso, como en los libros de la editorial Akademia, entonces se corta sin más el papel y se «imprimen» en él las cartas. Para confeccionar una baraja (secado incluido) bastan dos horas.

He aquí el procedimiento más racional para fabricar un juego de cartas, un procedimiento dictado por siglos de experiencia. La receta es aplicable en cualquier circunstancia y es accesible a cualquiera.

En todos los cacheos, así como en los registros de paquetes, los vigilantes confiscan con sumo cuidado los lápices químicos. A este respecto existen órdenes muy estrictas.

Se cuenta que los ladrones se juegan a las cartas entre ellos a las muchachas libres; algo parecido aparece en *Los aristócratas* de Pogodin. Se cree que es una de tantas leyendas. Yo nunca he tenido ocasión de ver escenas extraídas de *La tesorera* de Lérmontov.

Cuentan que se han jugado a las cartas un abrigo, cuando la prenda aún estaba sobre el pobre «bulto». Yo no he presenciado este tipo de situación, aunque no hay nada de inverosímil en ello. Se me antoja que en este caso se trataba de una apuesta perdida «de palabra» y que hacía falta quitar o robar un abrigo o algo de parecido valor y en un plazo de tiempo establecido.

Ocurre en el juego que llega un momento en que, hacia el final del segundo o tercer día, cambia la suerte y la

fortuna se inclina en sentido contrario. Uno lo ha perdido todo y el juego llega a su fin. Montañas de jerséis, pantalones, bufandas, almohadas se amontonan a la espalda de quien está ganando. Y el perdedor implora: «Dame la revancha, otra carta, una de palabra, que mañana te lo devuelvo.» Si el corazón del vencedor es generoso, acepta y el juego continúa, y el contrincante del vencedor lo hace «de palabra». El que perdía puede ganar, la suerte puede cambiar de lado y el jugador puede rescatar una tras otra las prendas y resucitar, para acabar siendo él el vencedor... Aunque también puede perder.

Se juega «de palabra» una sola vez y la cantidad convenida no cambia, como tampoco se alarga el tiempo establecido para devolver lo prestado.

Si los objetos o las prendas no se entregan a tiempo, el perdedor será declarado «quemado» y entonces solo le quedará una salida: o el suicidio, o huir de la celda, del campo, huir al fin del mundo, pues está obligado a pagar la deuda del juego, ¡es una deuda de honor!

Y aquí es cuando aparecen los abrigos ajenos, aún tibios gracias al calor del cuerpo de un «fraier». ¡Qué se le va a hacer! El honor del hampón, o mejor dicho su vida, vale más que cualquier abrigo de un «fraier».

Sobre las necesidades más bajas, sobre su calidad e impulso, ya hemos hablado. Se trata de necesidades peculiares, muy alejadas de todo lo humano.

Existe además otro punto de vista sobre el comportamiento de los hampones. Se trataría de enfermos psíqui-

cos y por lo mismo digamos que irresponsables. No hay duda de que los hampones son, uno sí y otro también, histéricos y neurasténicos. El famoso «aire» del hampón, su capacidad de «salirse de madre», da fe de lo inestable de su sistema nervioso. Los sanguíneos y los flemáticos son muy raros entre ellos, aunque también se dan. El conocido carterista Karlov, apodado *el Empresario* (sobre él escribía el periódico *Pravda* en los años treinta, cuando lo pescaron en la estación de Kazán), era un hombre relleno, de cara sonrosada, barrigudo y jovial. Pero Karlov es una excepción.

Hay científicos médicos que consideran que todo asesinato es una muestra de psicosis.

Si los hampones son enfermos mentales, habría que encerrarlos para siempre en un manicomio.

Nosotros creemos, en cambio, que el del hampa es un mundo especial de personas que han dejado de serlo.

Este mundo ha existido siempre y sigue existiendo hasta hoy, y descompone y envenena con su respirar a nuestra juventud.

Toda psicología criminal se construye sobre la antiquísima, secular observación de los hampones según la cual su víctima nunca hará, ni se le ocurrirá hacer, aquello que con toda tranquilidad y sin miramientos, cada día, cada hora estará encantado de hacer un ladrón. En esto estriba su fuerza, en su ilimitada desvergüenza, en la ausencia de toda moral. Para el hampón no hay nada que sea «demasiado». El ladrón, acorde con su «ley», no considera motivo de

honor y gloria escribir una denuncia contra un «fraier»; no obstante, si ello lo beneficia, no tendrá ningún inconveniente en escribir y entregar a los superiores un informe político sobre cualquiera de sus vecinos «fraier». En 1938 y más tarde, hasta 1953, las autoridades de los campos habían recibido literalmente miles de visitas de hampones en las que estos declaraban que, como verdaderos amigos del pueblo, era su obligación denunciar a los «fascistas» y «contrarrevolucionarios». Esta actividad se practicaba de manera generalizada, pues en los campos, para los hampones, los intelectuales, los «Iván Ivánovich», eran, entre todos los presos, objeto constante de un odio especial.

En otros tiempos, los carteristas constituían la parte más cualificada del mundo criminal. Los maestros de los robos «de tejado» pasaban incluso cierto aprendizaje para dominar la técnica de su oficio y se enorgullecían del perfil tan estrecho de su especialidad. Emprendían lagos viajes, durante los cuales, desde el principio hasta el final de sus *tournées*, se mostraban siempre fieles a su arte, sin distraerse ante ninguna sorpresa o trampa. La condena leve por un hurto callejero, el botín fácil —dinero contante y sonante—, he aquí dos circunstancias que hacían atractivos los robos de carteras. El saber comportarse en cualquier ambiente, para no delatarse, también era una de las cualidades importantes del maestro carterista.

Desgraciadamente, la política monetaria ha reducido los «sueldos» de los carteristas a una suma ridícula, si la

comparamos con el riesgo, con la responsabilidad. Mucho más ventajoso y «guapo» resultaba el más vulgar de los «saltos» sobre ropa tendida; las prendas eran más valiosas que el contenido de cualquier cartera afanada en un autobús o un tranvía. En una cartera no encontrarás miles de rublos; de modo que cualquier «trapo», incluida la rebaja por el robo, vale más que el dinero que se pueda sacar de la mayoría de las carteras.

Los carteristas han cambiado de especialidad y se han incorporado a las filas de los ladrones de casas.

Y, a pesar de todo, «sangre de ladrón» no es sinónimo de «sangre azul». Incluso un «fraier» puede tener «sangre de ladrón», una gota de «sangre de ladrón», siempre que comparta alguna de las convicciones hamponas, ayude a los «hombres» o simpatice con la ley del hampa.

Puede tener «una gota de sangre de ladrón» incluso el instructor, quien comprende el alma del mundo del hampa y simpatiza en secreto con este mundo. Hasta (y no es tan raro) el jefe del campo, que concede privilegios a los hampones, y no porque lo sobornen o lo amenacen. «Una gota de sangre de ladrón» la tienen todas las «perras» del mundo, no en vano fueron en su tiempo ladrones. La gente con «una gota de sangre de ladrón» puede ayudar de algún modo a un ladrón, y este es un aspecto que el ladrón ha de tener en cuenta. Tienen «sangre de ladrón» todos los «ex», es decir, aquellos que han roto con este mundo, que han dejado de robar y que han regresado al mundo del

trabajo honrado. También hay gente así, no son «perras», los «ex» que no se odian para nada a sí mismos pero que, llegado el momento, en una situación difícil, pueden incluso ayudar a aquellos, pues la «sangre de ladrón» pesa.

Los informadores, los vendedores de lo ajeno, los dueños de los tugurios seguro que llevan «sangre de ladrón».

Todos los «fraier» que han ayudado de un modo u otro a un ladrón llevan, como dicen los hampones, esa «gota de sangre de ladrón».

Esa es la vil, la condescendiente alabanza del hampón a todos los que simpatizan con la ley del hampa, a todos los que él engaña y a los que paga con esta lisonja barata.

La mujer en el mundo del hampa

A Aglaya Demídova la trajeron al hospital con documentación falsa. No es que se hubiera falsificado su expediente personal, su pasaporte penitenciario. No, por este lado todo estaba en orden, solo que el expediente personal tenía una cubierta amarilla nueva, señal de que el período de condena de Aglaya Demídova había empezado de nuevo no hacía mucho. Vino llevando el mismo nombre con que la habían traído hacía dos años al hospital. Nada había cambiado en los «datos básicos» de su expediente, salvo los años de condena: veinticinco; en cambio dos años atrás la carpeta de su expediente era de color azul, y la condena, de diez años.

A algunas de las cifras de dos dígitos apuntadas en el parágrafo de «artículo» se les había añadido una nueva cifra de tres dígitos. Pero todo esto era de lo más auténtico, sin falsificar. Lo amañado estaba en sus documentos médicos: las copias de las historias clínicas, el dictamen médico, los análisis de laboratorio. Alterados por el personal que ocupaba cargos del todo oficiales y que tenía en sus manos los sellos, los timbres y el renombre de los presos,

no importa si bueno o malo. Mucho tiempo necesitó el jefe de la unidad sanitaria del yacimiento para pegar la falsa historia clínica, para inventarse ese documento médico falseado, si bien escrito con una auténtica inspiración literaria.

El diagnóstico de tuberculosis pulmonar se diría que era la consecuencia lógica de las ingeniosas inscripciones diarias. La abultada carpeta contenía las anotaciones de las temperaturas y los diagramas de las típicas curvas de los tuberculosos, los impresos rellenados con todos los posibles análisis de laboratorio y con datos amenazadores. Un trabajo así es para un médico lo más parecido a un examen escrito en el que se le solicitara que describiera un proceso tuberculoso desarrollado en el organismo del paciente hasta el extremo de que la única salida fuera la hospitalización urgente.

Una tarea así también se podría llevar a cabo por espíritu deportivo: para llegar a demostrarle al Hospital Central que tampoco en las minas los médicos se chupan el dedo. O sencillamente porque resulta agradable recordar de manera ordenada lo que has estudiado en la facultad. Aunque está claro que nunca se te habría ocurrido pensar que tendrías que emplear tus conocimientos de una manera «artística» tan inusitada.

Lo más importante era que Demídova debía ingresar fuera como fuese en el hospital. Y el centro no podía, no tenía derecho a rechazar el ingreso de la paciente, por muchas sospechas que pudiera infundirles a los médicos.

Las sospechas surgieron de inmediato y, mientras la cuestión del ingreso de Demídova se resolvía en las «altas instancias» locales, la propia interesada se hallaba sentada sola en la enorme habitación de la sala de ingresos del hospital. Aunque lo cierto es que estaba «sola» únicamente en el sentido «chestertoniano» de la palabra. El practicante y los sanitarios de la sala de ingresos, al parecer, no contaban. Tampoco contaban los dos escoltas de Demídova, que no se apartaban de ella ni un paso. El tercer miembro de la escolta vagaba por algún lugar de las profundidades administrativas del hospital.

Demídova no se quitó siquiera el gorro y solo se desabrochó el cuello de su chaquetón de piel de oveja. Fumaba pausadamente un cigarrillo tras otro, tirando las colillas en el cenicero de madera lleno de serrín.

La mujer recorría agitada la sala de ingresos desde las ventanas venecianas enrejadas hasta la puerta y, repitiendo sus movimientos, la seguían apresurados los escoltas.

Cuando regresó el médico de guardia junto con el tercer soldado de la escolta ya había oscurecido, como ocurre en el Norte, y hubo que encender la luz.

—¿No me admiten? —preguntó Demídova al escolta.

—No, no la admiten —respondió este con aspereza.

—Sabía que no me dejarían. Toda la culpa es de Kroshka. Se ha cargado a la médica y ahora se vengan en mí.

—Nadie se venga en ti —dijo el médico.

—Yo ya sé lo que me digo.

Demídova salió delante del convoy, retumbó la puerta de entrada, crepitó el motor del camión.

Al instante se abrió la puerta interior y en la sala de ingresos entró el jefe del hospital con todo el séquito de oficiales de la unidad sanitaria.

—¿Dónde está esta? ¿Y Demídova?

—Ya se le han llevado.

—Lástima, lástima no haberla visto. Usted siempre con sus chistes, Piotr Ivánovich…

Y el jefe y su séquito abandonaron la sala de ingresos.

Al jefe se le había antojado echar un vistazo, siquiera por encima, a la famosa ladrona Demídova. Pues, en efecto, la historia de la mujer no era nada común.

Medio año atrás a la ladrona Aglaya Demídova, condenada a diez años por el asesinato de una encargada —Demídova estranguló con una toalla a una encargada demasiado guerrera—, la conducían del tribunal a un yacimiento. El escolta era solo uno, pues no tenían que hacer noche en el trayecto, eran unas horas de camino en automóvil, desde el poblado de la administración donde habían juzgado a Demídova hasta el yacimiento donde trabajaba. En el Extremo Norte el espacio y el tiempo son magnitudes similares. El espacio a menudo se mide en tiempo; así lo hacen los nómadas yakutos: de una colina a otra, seis etapas. Todos los que viven cerca de la gran arteria, la carretera central, miden el tiempo en etapas de automóvil.

El escolta de Demídova era de los «viejos», un joven soldado reenganchado, acostumbrado desde tiempo atrás a las licencias de la vida del escolta, a sus peculiaridades, que hacen del escolta el dueño y señor de la suerte del preso. No era la primera vez que escoltaba a una fémina; un viaje como aquel siempre prometía alguna diversión conocida, cosa que no le cae en suerte a menudo a un soldado raso del Norte.

Los tres, el escolta, el chófer y Demídova, almorzaron en el comedor de carretera. El escolta, para darse ánimos, bebió alcohol (en el Norte solo beben vodka los altos mandos) y se llevó a Demídova a unos matorrales. Los arbustos de sauce y los álamos jóvenes crecen en abundancia en torno a los poblados del Norte. En la maleza el escolta dejó el fusil en el suelo y agarró a Demídova. Esta logró liberarse, alcanzó el arma y con ráfagas cruzadas le metió al rijoso soldado nueve balas en el cuerpo. Tras arrojar el fusil entre los matorrales, regresó al comedor y se marchó en uno de los coches de paso. El chófer dio la alarma. Muy pronto encontraron el cadáver del escolta y el arma; a la propia Demídova la detuvieron al cabo de dos días, a varios centenares de kilómetros del lugar de su aventura con el escolta. La juzgaron de nuevo y le echaron veinticinco años. Tampoco antes quería trabajar, desvalijaba a sus compañeras de celda, y las autoridades del yacimiento decidieron deshacerse de la ladrona al precio que fuera. Fundaban sus esperanzas en que después del hospital no la devolverían a la mina, sino que la mandarían a algún otro lugar.

Davídova era una ladrona de tiendas y pisos, una «ladrona de ciudad», en la terminología de los «urkas».

El mundo del hampa conoce dos géneros de mujeres: las ladronas propiamente dichas, cuya profesión es el robo, como en los hombres, y las prostitutas, las amigas de los hampones.

El primer grupo es mucho menos numeroso que el segundo, y en los ambientes de los «urkas», que consideran a la mujer como un ser de categoría inferior, merecen cierto respeto, un reconocimiento obligado de sus méritos y cualidades profesionales. Por lo común concubina de algún ladrón (la palabra *ladrón* o *ladrona* aquí siempre se emplea en el sentido de su pertenencia a la orden subterránea de los «urkas»), la ladrona no pocas veces participa en la elaboración de los planes de robo y en los propios robos. Pero no participa en los «juicios de honor» de los hombres. Estas normas las ha dictado la vida misma; en los lugares de reclusión, los hombres y las mujeres viven separados, y esta circunstancia genera ciertas diferencias en la vida cotidiana, en las costumbres y normas de uno y otro sexo. Las mujeres suelen ser, de todos modos, más delicadas, sus «juicios» no son tan sangrientos, ni tan crueles los veredictos. Los asesinatos ejecutados por mujeres del hampa son más raros que en la otra mitad de la casa del hampa.

Está completamente excluido que una ladrona pueda vivir con uno que no lo sea.

Las prostitutas son el segundo grupo y el más numeroso de mujeres relacionadas con el mundo del hampa. Es

la conocida amiga del ladrón, que consigue para este sus medios de vida. Las prostitutas, claro está, también participan cuando hace falta en los robos, así como en los «ojeos» o en los «plantones», esconden o colocan lo robado, pero no por ello son miembros de pleno derecho del mundo criminal. Ellas son las participantes imprescindibles de las fiestas, pero no pueden ni soñar en los «juicios de honor».

El «urka» de casta aprende desde niño a despreciar a las mujeres. Los ejercicios «teóricos» y «pedagógicos» se alternan con los ejemplos vivos de sus mayores. Como ser inferior, la mujer se ha creado solo para satisfacer la pasión animal del ladrón, para ser la diana de sus burdas bromas y objeto de palizas públicas, cuando el hampón está «de juerga». Es un objeto animado que el hampón toma para su uso temporal.

Mandar a su amiga-prostituta a la cama de un jefe, si lo exige la causa, es un «procedimiento» habitual que todos aprueban. Ella misma comparte esta opinión. Las charlas sobre este tema son siempre cínicas al máximo, lacónicas y expresivas en extremo. El tiempo es oro.

La ética criminal reduce a cero tanto los celos como los «saraos». Según la santificada costumbre ancestral, al ladrón-jefe, al de mayor «autoridad» en determinado grupo del hampa, le pertenece el derecho de elegir a su mujer temporal, a la mejor prostituta.

Y si ayer, antes de la aparición del nuevo capo, esta prostituta dormía con otro ladrón, quien la consideraba su objeto personal, algo que podía prestar a los compañeros,

hoy todos estos derechos pasaban al nuevo dueño. Si mañana a este lo arrestan, la prostituta regresará a su amiguito anterior. Y si este último también es arrestado, ya le indicarán quién es su nuevo amo. El amo de su vida y su muerte, de su destino, su dinero, sus actos y su cuerpo.

¿Dónde pues puede caber aquí un sentimiento como los celos…? Sencillamente no tiene cabida en la ética del hampa.

El ladrón, dicen, es un hombre y nada humano le es ajeno. Puede suceder que a alguien le apene ceder a su amiga, pero la ley es la ley, y los «guardianes» de la pureza «ideológica», los guardianes de la pureza de las costumbres del hampa (sin comillas de ningún género) señalarán al instante el error del ladrón celoso. Y este se someterá a la ley.

Se dan casos en que el temperamento salvaje e histérico propio de casi todos los «urkas» impulsa a alguno a defender a su «parienta». Entonces la cuestión se torna ya objeto de los juicios de honor, y los «fiscales» del hampa exigirán que el culpable sea castigado por haber atentado contra las normas de un código milenario.

Pero por lo general no se llega a las manos y la prostituta duerme sumisa con su nuevo dueño.

Ni el compartir una mujer ni los «triángulos» amorosos se dan nunca en el mundo del hampa.

En los campos, mujeres y hombres están separados. Sin embargo, en los lugares de reclusión hay clínicas, barracones de tránsito, ambulatorios, clubes, donde los hombres y las mujeres se ven y se oyen.

La inventiva de los presos, su energía en el logro de los objetivos que se proponen alcanzar, son asombrosas. Es increíble la enorme cantidad de energía que se puede consumir en la cárcel para conseguir un trocito de hojalata retorcida y convertirlo en un cuchillo: un arma homicida y suicida.

La atención del vigilante es siempre inferior a la del preso; eso lo sabemos por Stendhal, quien en *La cartuja de Parma* dice: «El carcelero piensa menos en sus llaves que el preso en su fuga.»

En los campos es enorme la energía que el hampón emplea en conseguir una cita con alguna prostituta. Es importante encontrar un lugar al que la prostituta pueda acceder; en cuanto a si la mujer va a venir, es algo de lo que el hampón no tiene duda alguna. El brazo del castigo alcanzará a la culpable. Y ahí la vemos, disfrazada de hombre, acostarse fuera de programa con el vigilante o el encargado, para, a la hora convenida, deslizarse hasta el lugar donde la espera su amante, un ser para ella del todo desconocido. El acto amoroso transcurre con premura, a la velocidad con la que florecen las hierbas durante el verano en el Extremo Norte. La prostituta regresará a la zona de las mujeres, será descubierta por los vigilantes, que la encerrarán en la celda de castigo y la castigarán a reclusión durante un mes en una celda de aislamiento y la mandarán a un yacimiento de castigo. Todo esto ella lo soportará sin decir palabra e incluso con orgullo, pues ha cumplido con su deber de prostituta.

En un gran hospital penitenciario del Norte se dio el caso de que a un conocido hampón, paciente de la sección quirúrgica, consiguieron llevarle una prostituta para toda una noche, y allí, en una cama de hospital, la mujer se acostó, uno tras otro, con los ocho ladrones que se encontraban entonces en la sala. Al sanitario de guardia lo amenazaron con una navaja y al practicante de guardia, un empleado libre, le regalaron el traje que le habían robado a alguien del campo. El dueño reconoció su traje y redactó una queja; se emplearon enormes esfuerzos para acallar aquel asunto.

La muchacha, cuando la encontraron por la mañana en la sala del hospital para hombres, no se sintió en modo alguno disgustada o cohibida.

—Los muchachos me han pedido un favor y he venido —aclaró tranquila.

No cuesta adivinar que los hampones y sus amigas son casi todos sifilíticos, y de la gonorrea crónica ya ni hablemos, en un tiempo como el nuestro en que ya se emplea la penicilina.

Es conocida la expresión clásica «la sífilis no es una vergüenza, sino una desgracia». Aquí la sífilis no solo no es una vergüenza, sino que se considera una suerte y no una desgracia para el preso. Este es un ejemplo más del «trastorno de las proporciones».

Ante todo está el tratamiento obligado de los pacientes con enfermedades venéreas, cosa que sabe cualquier hampón. Sabe que va a «apalancarse», que con su sífilis no

irá a parar a un lugar perdido y que vivirá, será tratado en algún poblado más o menos confortable, donde hay médicos venereólogos, especialistas. Todo esto está tan bien calculado y previsto que se declaran pacientes venéreos incluso los hampones a los que Dios había salvado de las cuatro o tres cruces de la reacción de Wasserman. Y los hampones además conocían perfectamente la poca fiabilidad de la respuesta negativa del laboratorio a esta reacción. Las llagas amañadas y las quejas falsas era algo acostumbrado, junto a las llagas y las quejas reales.

A los enfermos venéreos que debían tratarse los reunían en zonas especiales. En un tiempo, en estas zonas no se trabajaba en absoluto y eran para los criminales el ideal refugio «Mon Repos». Más tarde estas zonas se instalaron en minas especiales o en expediciones de trabajo a los bosques, donde, a parte del «salvarsán» y de la ración de comida diaria, los presos debían trabajar según las normas acostumbradas.

Pero de hecho, en estas zonas no se exigía un trabajo de verdad y se vivía mucho mejor que en cualquier otra mina.

Las zonas venéreas de hombres siempre eran el lugar desde donde llegaban al hospital las jóvenes víctimas de los hampones: los contagiados de sífilis por el tracto rectal. Los hampones son prácticamente todos pederastas y, ante la ausencia de mujeres, pervertían y contagiaban a hombres, en la mayoría de los casos amenazándolos con navajas y en raras ocasiones ofreciéndoles algún «trapo» (ropa) o pan.

Si hablamos de la mujer en el mundo del hampa, no podemos dejar de lado todo el ejército de «Zoikas», «Mancas», «Dazas» y demás seres del sexo masculino bautizados con nombre de mujer. Lo asombroso es que los interpelados respondían con toda normalidad a estos nombres femeninos, no viendo en ello nada vergonzoso u ofensivo hacia sus personas.

Alimentarse a cuenta de las prostitutas no se considera humillante para el ladrón. Al contrario, la prostituta ha de tener en alta estima tratar con un hampón.

Por el contrario, el proxenetismo es uno de los detalles «sugerentes» de la profesión, muy atractiva para los hampones jóvenes.

Pronto, pronto nos van a condenar,
y a llevarnos al distrito.
Las chavalitas nos verán
y nos traerán los regalitos,

cantan en la cárcel; es la canción «Las chavalitas». O sea, las prostitutas.

Pero hay casos en que el sentimiento sucedáneo del amor, como también el sentimiento de amor propio, de lástima hacia sí misma, empuja a la mujer del mundo del hampa a cometer actos «ilegales».

Está claro que el nivel de exigencia que afronta la ladrona es mayor para la prostituta. La ladrona que vive con un vigilante comete una traición, según los jueces del ham-

pa. Pueden tundirla a golpes, para que se dé cuenta de su error, o simplemente degollarla como a una «perra».

Para una prostituta un acto así no será considerado un pecado.

En estos conflictos entre la mujer y la ley de su mundo la cuestión no se resuelve del mismo modo, sino que depende de las cualidades personales de cada uno.

Tamara Tsulukidze, una bella ladrona de veinte años, antigua amiga de un conocido «urka» de Tbilisi, se lió en el campo con el jefe de la unidad cultural-educativa Grachov, un valeroso teniente de treinta años, soltero y guapo.

Grachov tenía además otra amante en el campo, la polaca Leshevskaya, una de las célebres «artistas» del teatro del campo. Cuando el teniente se lió con Tamara, esta no le exigió que dejara a Leshevskaya. La polaca no tenía nada contra Tamara. De modo que el valeroso teniente Grachov convivía al tiempo con sus dos «esposas», mostrándose proclive a las costumbres musulmanas. Como hombre experimentado que era, trataba de repartir por igual sus atenciones entre ambas damas, cosa que conseguía. Compartía con ellas no solo su amor, sino las muestras materiales de su afecto: cada regalo comestible, Grachov lo preparaba a pares. Con las cremas, las cintas y los perfumes actuaba del mismo modo, y tanto Leshevskaya como Tsulukidze recibían el mismo día exactamente las mismas cintas, los mismos frascos con perfumes y los mismos pañuelos.

El hecho resultaba conmovedor en extremo. Además, Grachov era un muchacho de buen ver, aseado. Y tanto

Leshevskaya como Tsulukidze (ambas vivían en el mismo barracón) estaban encantadas con el trato de su enamorado. No obstante, no se hicieron amigas, y cuando de pronto Tamara fue invitada a cumplir con su deber con los ladrones del hospital, Leshevskaya, secretamente, no cabía en sí de gozo.

Un día Tamara enfermó, la ingresaron en la sala para mujeres del hospital. Por la noche las puertas de la sala se abrieron y a través de ellas se abrió paso, haciendo resonar sus muletas, el embajador de los «urkas». El mundo del hampa extendía hasta Tamara su largo brazo.

El emisario le recordó las leyes de la propiedad sobre la mujer del hampa y le propuso que se presentara en la sección de cirugía para cumplir con «la voluntad de quien lo había enviado».

Había allí, según palabras del embajador, gente que conocía al hampón de Tbilisi del que Tamara Tsulukidze era considerada amiga. Entonces allí lo sustituía Senka Gundosi. Y a sus brazos tenía que entregarse de inmediato Tamara.

Tamara agarró un cuchillo de cocina y se lanzó sobre el hampón cojo. Los sanitarios a duras penas lograron separarla de él. El embajador se alejó entre amenazas e insultos. Al día siguiente Tamara obtuvo el alta del hospital.

No fueron pocos los intentos de retornar a la hija pródiga bajo el techo del hampa, pero todos fueron vanos. A Tamara la acuchillaron, pero la herida no fue grave. Le llegó el día del final de su condena. Tamara se casó con un

vigilante, un hombre armado. De modo que el mundo del hampa no consiguió recuperarla.

La muchacha de ojos azules Nastia Arjárova, una mecanógrafa de Kurgán, no era ladrona ni prostituta, pero, por razones ajenas a su voluntad, unió su suerte a la del mundo del hampa.

Desde sus años jóvenes, durante toda su vida, Nastia se vio rodeada de un respeto sospechoso, el funesto respeto de gentes cuyas historias Nastia había leído en las novelas policíacas. Este respeto, que Nastia había notado ya en el mundo «libre», se daba tanto en la cárcel como en el campo, en todas aquellas partes donde aparecían los hampones.

En esto no había nada de misterioso: el hermano mayor de Nastia era un conocido atracador de los Urales, y desde sus años jóvenes Nastia se bañaba en los rayos de su fama criminal, en su afortunada gloria criminal. Sin darse cuenta, Nastia se internó en los ambientes del hampa, de sus intereses y asuntos, y no se negó a guardarles lo robado. La primera condena de tres meses la fogueó y la llenó de ira, y la unió con fuerza al mundo del hampa. Mientras estuvo en su ciudad, los ladrones, temiendo la ira de su hermano, no se decidían a echar mano de Nastia como si fuera propiedad del hampa. Por su situación «social» se hallaba más cerca de las ladronas, pues no era en absoluto una prostituta, y en calidad de ladrona había hecho los acostumbrados viajes por cuenta del Estado. Allí ya no estaba el hermano, y en la primera ciudad en la que cayó después de su primera liberación, la hizo su mujer el capo local

del hampa, y de paso la contagió de gonorrea. Pronto arrestaron al hampón, que a modo de despedida le cantó a Nastia la canción del hampa: «Será tu amo mi compinche.» Tampoco vivió Nastia mucho tiempo con el «compinche» (es decir, el compañero); a este lo encerraron en la cárcel y sobre Nastia hizo valer sus derechos el propietario de turno. El tipo, eternamente baboso, cubierto de eccema, le resultaba repugnante a Nastia. La mujer intentó escudarse en el nombre del hermano y se le respondió que ni siquiera su hermano tenía derecho a transgredir las leyes del hampa. La amenazaron con una navaja y la mujer dejó de resistirse.

En el hospital se presentaba sumisa a las «llamadas» amorosas, a menudo iba a parar a la celda de castigo y lloraba mucho. O era de llorar fácil, o la espantaba demasiado su suerte, el destino de una muchacha de veintidós años.

Vostókov, un médico entrado en años, conmovido por la suerte de Nastia, una vida parecida, por lo demás, a miles de otras vidas, prometió ayudarla a colocarse de mecanógrafa en la oficina si cambiaba de vida.

«Esto no depende de mi voluntad —escribía con una elegante caligrafía Nastia, en respuesta a la carta del médico—. No hay modo de salvarme. Pero si quiere hacer algo por mí, cómpreme unas medias gruesas de nailon de la talla más pequeña.

»Dispuesta a todo por usted, Nastia Arjárova.»

La ladrona Sima Sosnóvskaya estaba tatuada de los pies a la cabeza. Escenas sexuales de lo más asombroso, figuras entrelazadas del contenido más ingenioso, cubrían

todo su cuerpo. Solo la cara, el cuello y los brazos hasta los codos aparecían libres de tatuajes.

La tal Sima era conocida en el hospital por lo atrevido de sus robos. Al escolta que durante el viaje había decidido disfrutar de la buena disposición de la atractiva Sima, le había quitado un reloj de oro. Su carácter era mucho más pacífico que el de Aglaya Demídova, porque, en caso contrario, el escolta ya estaría criando malvas entre los arbustos hasta el juicio final. Sima se tomaba aquello como una aventura divertida y pensaba que el reloj de oro no era un precio demasiado alto por sus favores. En cambio, el escolta casi se volvió loco y hasta el último minuto le reclamó que le devolviera el reloj, y cacheó a Sima dos veces sin éxito. El hospital no estaba lejos, la etapa era numerosa, pero el escolta no se decidía a montar un escándalo en el hospital. De modo que Sima se quedó con el reloj de oro. Al poco, los presos se bebieron el reloj, del que se perdió el rastro.

Como en el Corán, el código moral del hampa desprecia de manera manifiesta a las mujeres. La mujer es un ser infame, inferior, indigno de lástima y merecedor de todo género de palizas. Esto se refiere por igual a todas las mujeres. Para el hampón, cualquier representante de otro mundo ajeno al hampa resulta despreciable. La violación «a coro» no es algo raro en las minas del Extremo Norte. Los jefes trasladan a sus esposas acompañadas de una escolta; las mujeres no van ni viajan nunca a parte alguna solas. A los niños se los protege de un modo similar; la corrupción de

niñas menores es el sueño eterno de todo hampón. Y un sueño como este no siempre se queda en simple sueño.

El hampón se educa en el desprecio a la mujer desde sus años jóvenes. Pega con tanta frecuencia a la amiga prostituta que esta deja de sentir, como se dice, la plenitud del amor si, por cualquier razón, no es objeto de la paliza de turno. Las inclinaciones sádicas se educan desde la propia ética del hampa.

El hampón no debe experimentar ningún sentimiento de camaradería o amistad hacia las «tías». No debe sentir lástima tampoco hacia el objeto de sus diversiones clandestinas. No puede existir género alguno de justicia hacia la mujer del mundo del hampa; la cuestión femenina está fuera de la «zona» ética de los hampones.

Hay una única excepción a esta siniestra regla. Hay una sola mujer que no solamente está a salvo de cualquier atentado a su honor, sino que se sitúa en lo alto de un pedestal. Una mujer que ha sido poetizada por el mundo del hampa, una mujer que se ha convertido en objeto de la lírica del hampa, la heroína del folclore criminal durante muchas generaciones.

Esta mujer es la madre del ladrón.

La imaginación del criminal dibuja un mundo cruel y adverso que lo rodea por todas partes. Y en este mundo poblado de enemigos solo aparece una figura luminosa, digna de un amor puro, de respeto y veneración, que es la madre.

El culto a la madre en medio de un desprecio brutal hacia todas las mujeres: esta es la fórmula ética del mundo

criminal respecto a las mujeres, una fórmula expresada con un sentimentalismo carcelario especial. Se han escrito muchas vaciedades sobre el sentimentalismo carcelario. En realidad, se trata del sentimentalismo del asesino que riega su huerto de rosas con la sangre de sus víctimas. El sentimentalismo de una persona que cura la herida de un pajarillo y que al cabo de una hora es capaz de descuartizar a este mismo pajarillo con sus propias manos, pues contemplar la muerte de un ser vivo es para un hampón el mayor de los espectáculos.

Debemos conocer la verdadera cara de los autores del culto a la madre, un culto envuelto de un halo poético.

La misma incontinencia y teatralidad que impulsa al hampón a «firmar» con su navaja en el cadáver de un renegado, o a violar en público a una mujer, a la vista de todos, o a pervertir a una niña de tres años, o a contagiar de sífilis a un hombre llamado «Zoika», con esa misma expresión el criminal poetiza la imagen de la madre, la endiosa y obliga a todos los demás a expresarle todo género de muestras de respeto.

A primera vista el sentimiento del ladrón hacia su madre parece que es lo único humano que le ha quedado de sus deformes y perturbados sentimientos. El hampón siempre se muestra como un hijo respetuoso y corta cualquier conversación grosera referida a las madres de los demás. La madre, que se erige como cierto ideal elevado, es al mismo tiempo algo del todo real, madre tienen todos. Una madre que todo lo perdona y que se apiada siempre de su hijo.

«Para que pudiéramos vivir, mamá trabajaba. Y yo poco a poco me puse a robar. Serás un ladrón, igual que tu padre, me repetía entre lágrimas mi madre.»

Así se dice en una de las canciones clásicas del hampa: «Destino.»

Al comprender que durante su tormentosa y breve existencia solo la madre permanecerá hasta el final a su lado, el ladrón, en su cinismo, se apiadará de ella. Pero incluso este sentimiento, se diría que luminoso, es falso, como lo es todo lo que engendra el alma del hampón.

La glorificación de la madre es un camuflaje, ensalzarla es un medio para el engaño y solo en el mejor de los casos es la expresión más o menos elevada del sentimentalismo carcelario.

En este sentimiento, diríase que elevado, el ladrón miente de principio a fin, como en cada una de sus consideraciones. Ningún ladrón le ha mandado nunca a su madre ni un céntimo, ni la ha ayudado siquiera a su manera, dejando de beberse y pulirse una parte de los miles de rublos robados.

En este sentimiento hacia su madre no hay nada que no sea fingimiento y falsedad teatral.

El culto a la madre es una peculiar cortina de humo que oculta el repugnante mundo del hampa.

El culto a la madre, que no se traslada ni a la esposa ni a la mujer en general, es falso, es mentira.

La actitud hacia la mujer es el indicador de toda ética.

Señalemos también aquí que es justamente el culto a la madre, culto que convive con el desprecio cínico hacia

la mujer, lo que ha convertido a Yesenin, hace ya tres decenios, en un autor tan popular en el mundo del crimen. Pero de ello hablaremos en otro lugar.

A las ladronas o a las amigas del ladrón, que han ingresado de un modo directo o no en el mundo del crimen, se les prohíbe cualquier tipo de «romance» con los «fraier». Aunque a la traidora en tales casos no la matan, no la «liquidan». El cuchillo es un arma demasiado noble para emplearlo contra una mujer; para ella basta un palo o un atizador.

Otra cosa muy distinta es si se trata de la relación de un hombre ladrón con una mujer libre. Es un honor y motivo de orgullo, objeto de relatos jactanciosos del afortunado y de secreta envidia para muchos. Estos casos no son tan raros. Pero en torno a ellos por lo general se alzan montañas tan altas de cuentos que es muy difícil distinguir la verdad. La mecanógrafa se convierte en fiscal, la empleada de Correos en directora de empresa, una vendedora en ministra. La desbordante fantasía desplaza la verdad a algún lugar al fondo de la escena, a la oscuridad, de modo que resulta imposible aclararse en el espectáculo.

Sin duda alguna, una parte de los hampones tiene familia en sus ciudades de origen, familias abandonadas ya por los maridos hampones. Las mujeres con pequeños luchan por la vida cada una a su manera. Sucede que los maridos regresan con sus familias desde los lugares de encierro, regresan por lo general por poco tiempo. El «espíritu vagabundo» los empuja a nuevas andanzas, aunque

también las autoridades policiales locales contribuyen a que el preso se vaya cuanto antes. Pero en las familias quedan los hijos, a los que la profesión del padre no les parece algo horrible, sino que más bien les da pena y, más aún, les provoca el deseo de seguir los pasos de su padre, como en la canción «Destino».

Quien tenga fuerzas para luchar con su destino
que luche hasta el final.
Me siento débil, pero aún me espera
seguir la senda del padre que murió.

Los ladrones de estirpe no son otra cosa que el núcleo profesional del mundo del crimen, son sus «guías» e «ideólogos».

El hampón está muy alejado de cuestiones como la paternidad o la educación de los hijos; son temas excluidos por completo del Talmud criminal. Respecto al futuro de las hijas (si las hay en alguna parte), al hampón se le presenta como algo normal que elijan la carrera de prostitutas o de amigas de algún conocido ladrón. En suma, sobre la conciencia del hampón no pesa ninguna carga moral. El que sus hijos se conviertan en ladrones también le parece algo completamente natural.

1959

La ración del preso

Una de las leyendas más populares y más crueles del mundo del hampa es la leyenda de la «ración del preso».

Al igual que el cuento del «ladrón caballero», es una leyenda de escaparate, la fachada de moral del hampa.

Según esta, la ración penitenciaria oficial, la ración del preso cuando está recluido, es «sagrada e intocable» y ningún ladrón tiene derecho a atentar contra esta fuente oficial de subsistencia. Quien haga algo así será maldito por los siglos de los siglos. Es igual quien sea, un hampón reconocido o un «bulto de nada», un joven «fraier».

La ración del preso, en la forma, digamos, de pan, se puede guardar sin miedo, sin problemas en la mesilla de noche, cuando en la celda hay mesillas, o debajo de la cabeza, si no hay ni mesillas ni estanterías.

Robar este pan se considera algo vergonzoso e impensable.

Solo se puede desposeer a los «fraier» de sus paquetes, ya sean de comida o de ropa, da igual, la prohibición no llega hasta allí.

Y aunque todo el mundo tiene claro que quien sal-

vaguarda la ración es el propio régimen peniteciario y que conservarla en ningún caso se debe a la caridad de los hampones, de todos modos pocos son los que dudan de la nobleza de estos.

Como la administración no puede salvar nuestros paquetes de correos de los hampones, reflexiona esta gente, luego, si no fuera por los ladrones…

Así es, la administración no protege nuestros paquetes. La ética de la celda obliga a compartir lo que te mandan con los compañeros. Y en calidad de declarados y amenazadores pretendientes a esos envíos se presentan los hampones en tanto que «compañeros» del preso. Los «fraier» experimentados y de largas miras sacrifican al punto la mitad de su paquete. Ninguno de los ladrones se interesa por la situación material del «fraier». A ellos, que el preso esté en la cárcel o en libertad les da igual: es un legítimo botín, y sus paquetes de correos, sus «cosas», un trofeo de guerra para los hampones.

A veces los paquetes o las prendas de llevar se «encargan». Dame tal cosa que ya te recompensaré. Y el «fraier», que en libertad vive dos veces más pobremente que el hampón en la cárcel, le entrega las últimas migas que ha recogido su mujer.

¡Cómo no! ¡Es la ley de la cárcel! A cambio, el preso mantiene su buen nombre, incluso Señka Pup le había prometido su protección y hasta le había dado una calada del mismo paquete de cigarrillos que le había mandado su mujer.

Desnudar o atracar a un «fraier» en la cárcel es la primera diversión del hampón. Esto lo hacen los cachorros, los jóvenes con ganas de jaleo... Los mismos que, pasados unos años, duermen en el mejor rincón de la celda, junto a la ventana, atentos a la operación, dispuestos en cualquier instante a intervenir en el caso de que un «fraier» se resista.

Es verdad que uno puede ponerse gritar, llamar a los soldados de guardia, al comandante, pero esto ¿a qué lleva?, ¿a que te den una paliza por la noche? Y más adelante, en el camino, te pueden apuñalar incluso. ¡Que se queden con el paquete!

—Pero tu ración —le diría un hampón a algún «diablo» dándole golpecitos en la espalda y eructando saciado—, pero tu ración de preso sigue intacta. La ración, hermano, ni tocarla..., nunca.

El joven ladrón a veces no comprende por qué no se puede tocar el pan de la cárcel, si su propietario se ha llenado la panza con los panecillos caseros que le han mandado. El propietario de los panecillos tampoco lo entiende. Entonces los ladrones mayores les explican a uno y otro que esta es la ley de la vida carcelaria.

Y Dios no quiera que algún incauto campesino hambriento, que durante los primeros días de reclusión en la cárcel anda falto de comida, le pida a su vecino, un hampón, que le corte un pedazo de la ración que se está secando en la estantería. Qué pomposo discurso le soltará el hampón sobre lo sagrada que es la ración del preso.

En las cárceles donde se reciben pocos paquetes y hay pocos «fraier» nuevos, el concepto de ración del preso se limita al pan; en cambio el propio plato, las sopas, las papillas, las vinagretas, por escaso que sea su surtido, se excluyen de la prohibición. Son los ladrones los que tratan de dirigir la distribución de la comida. Esta sabia regla les sale muy cara al resto de los habitantes de la celda. Además de la ración de pan, les echan en el plato un poco de sopa, y las porciones del segundo plato son inexplicablemente cada vez más escasas. Unos cuantos meses de vida conjunta con estos guardianes de la ración del preso se reflejan del modo más negativo en el «estado nutricional» del preso, dicho en términos oficiales.

Todo esto ocurre antes de ir a parar al campo de trabajo, mientras se sigue el régimen de la cárcel de instrucción.

En un campo de trabajo correccional, en condiciones de unos duros trabajos comunes, el problema de la ración del preso se torna una cuestión de vida o muerte.

Aquí ya no hay pedazo de pan que sobre, aquí todos pasan hambre y trabajan duro.

Entonces el robo de la ración penitenciaria adquiere el carácter de un crimen, de un lento asesinato.

Los ladrones, que no trabajan, con su zarpa puesta sobre los cocineros de la cantina, se llevan de allí la mayor parte de las grasas, los azúcares, el té, la carne, cuando la hay (esta es la razón por la que toda la «gente sencilla» prefiere el pescado a la carne; el peso de la ración es el mismo, y en cambio la carne seguro que la roban). Además de a los

ladrones, el cocinero ha de dar de comer al servicio del campo, a los jefes de brigada, a los médicos, sin olvidar a los vigilantes que se encuentran en el cuartelillo de los vigilantes. Y el cocinero les da de comer; los ladrones simplemente lo amenazan con matarlo, y es que los presos que mandan en el campo (a los que en el lenguaje del hampa llaman los «enchufados») en cualquier momento pueden meterse con el cocinero y echarlo de su puesto y se irá a trabajar a la mina, algo terrible para cualquier cocinero, aunque no solo para un cocinero.

La sustracción de la ración del preso se lleva a cabo a cuenta del innumerable ejército de trabajadores comunes y corrientes. Estos reciben, de la «norma de alimentación establecida científicamente», tan solo una pequeña parte, una ración pobre en grasas y en vitaminas. La gente llora cuando recibe una sopa aguada, cuya parte más sustanciosa ya se ha repartido entre los distintos Séñechkas y Kóleñkas.

Para poner siquiera un mínimo orden, la autoridad no solo ha de ser honesta en lo personal, sino además estar dotada de una energía sobrehumana e inagotable en la lucha contra el pillaje en los alimentos y, en primer lugar, contra los ladrones.

Esta es la realidad de la ración del preso en el campo. Aquí ya nadie piensa en las declaraciones propagandísticas de los hampones. El pan se convierte en pan, sin convención ni simbolismo alguno. Y se convierte en el primer medio para conservar la vida. Desgraciado aquel que, sobre-

poniéndose a su voluntad, ha dejado un trocito de su ración para la noche, para despertarse en medio de la noche y apreciar, hasta oír el crujido de sus orejas, el gusto del pan en su boca reseca por la pelagra.

Le robarán este pan, sencillamente se lo arrancarán, se lo quitarán los hambrientos hampones jóvenes que registran a diario los barracones... El pan que se recibe se ha de comer enseguida, esta es la práctica en muchas minas, donde hay mucho ladrón, donde estos honrados caballeros pasan hambre y, aunque no trabajan, quieren comer.

Es imposible tragarse de golpe quinientos o seiscientos gramos de pan. Por desgracia, la constitución del tracto digestivo humano es diferente a la del sistema digestivo de una boa o una gaviota. El esófago del hombre es demasiado estrecho y no hay manera de meter de una vez ahí dentro un pedazo de medio kilo de pan, y menos aún con la corteza. Hay que partir el pan, masticarlo, y en esta actividad se va un tiempo precioso. Los hampones arrancan de las manos de este trabajador lo que le queda del pan, le desdoblan los dedos, lo golpean...

En el campo de tránsito de Magadán se aplicó en cierta época el siguiente orden de entrega del pan: la ración diaria se repartía a los trabajadores bajo la escolta de cuatro soldados armados, manteniendo a una considerable distancia del lugar de reparto del pan a la multitud de hampones hambrientos. El trabajador, tras recibir el pan, se ponía al instante a masticarlo, lo masticaba hasta que al final lograba afortunadamente tragarlo. De todos modos, se dieron

casos en que los hampones abrieron el vientre a alguno para hacerse con aquel pan.

Pero lo que sí se vio en todas partes fue otra cosa.

Por su trabajo los presos reciben un dinero, no mucho, unas decenas de rublos (para aquellos que superan la norma), pero algo cobran. Los que no cumplen la norma no reciben nada. Con estas decenas de rublos el preso que trabaja en la mina puede comprar en la tiendita del campo, en el quiosco, pan, a veces mantequilla; en una palabra, puede mejorar algo su alimentación. No todas las brigadas reciben dinero, pero a algunas sí les llega. En los yacimientos donde trabajan los hampones, este salario no es más que una paga ficticia: los hampones les quitan el dinero, les imponen a los presos un «impuesto». Por una falta de pago a tiempo, un navajazo en el costado. Estos impensables «descuentos» se hicieron durante años. Todos estaban enterados de esta extorsión flagrante. En cualquier caso, los «descuentos», si no los practicaban los hampones, iban a parar a los bolsillos de los jefes de brigada, de los inspectores y los capataces…

Este es, en la vida real, el auténtico significado del concepto de «ración del preso».

1959

La guerra de las «perras»

Llamaron al médico de guardia a la sala de ingresos. Sobre las tablas del suelo recién lavadas, algo azuladas y pulidas con un cuchillo, se retorcía un cuerpo tostado por el sol y cubierto de tatuajes: un hombre herido al que los sanitarios habían desnudado por completo. La sangre embadurnaba el suelo y el médico de guardia sonrió con malevolencia: sería muy difícil limpiarla; el médico se alegraba de todo lo malo que sucedía o que él veía. Sobre el herido se inclinaban dos hombres con bata blanca: el practicante de la sala de recepción, que sujetaba un canastillo con el material de primeras curas, y el teniente de la unidad especial, con una hoja de papel en la mano.

El médico enseguida comprendió que el herido no tenía documentos y que el teniente de la unidad especial quería obtener siquiera algún dato sobre el herido.

Las heridas eran recientes y algunas sangraban. Eran muchas, más de diez diminutas heridas. Al hombre lo habían herido no hacía mucho con un pequeño cuchillo, un clavo o algo parecido.

El médico recordó que en su guardia anterior, hacía dos semanas, habían matado a la vendedora de una tienda, asesinada en su habitación, asfixiada con una almohada. El criminal no tuvo tiempo de huir con sigilo, se armó un alboroto y el asesino, cuchillo en mano, escapó hacia la helada niebla de la calle. Al pasar corriendo junto a la tienda, a lo largo de la cola, el asesino le clavó el cuchillo en una nalga al último de la cola; lo hizo por maldad, o el diablo sabe por qué...

Pero ahora la cosa era distinta. Los movimientos del herido eran cada vez menos bruscos y sus mejillas palidecían. El médico comprendía que se trataba de una hemorragia interna, pues también en el vientre se veían unas pequeñas heridas; eran preocupantes pero no sangraban. Las lesiones podían haberse producido dentro, en el intestino, en el hígado...

Pero el médico no se atrevía a inmiscuirse en la sacrosanta labor del servicio de registro. Había que conseguir como fuera los «datos básicos»: apellido, nombre, patronímico, artículo y años de condena; recibir respuestas a las preguntas que se le hacían al recluso diez veces al día, en las revisiones, en los recuentos...

El herido decía algo y el teniente anotaba presuroso la información en un pedazo de papel. Ya sabía el apellido y el artículo, el 58, punto 14... Quedaba lo más importante y esa respuesta la esperaban todos, tanto el teniente como el practicante de la sala de ingresos y también el médico...

—¿Quién eres? ¿Quién? —clamaba nervioso el teniente, de rodillas junto al herido.

—¿Quién?

Y el herido comprendió la pregunta. Sus párpados temblaron, se abrieron sus labios mordidos y resecos y el herido soltó en un largo suspiro:

—Una pe-e-e-rra...

Y perdió el conocimiento.

—¡Una perra! —gritó admirado el teniente poniéndose de pie y sacudiéndose las rodillas con la mano.

—¡Una perra! ¡Una perra! —repitió alegre el practicante.

—¡A la séptima con él; llevadlo a la séptima, a la sección quirúrgica! —ordenó agitado el médico.

Ya se podía proceder al vendado. La séptima sala era la de las «perras».

Muchos años después de que se acabara la guerra, en el mundo del crimen, en lo más hondo de aquel mar humano, aún no se habían calmado las sangrientas olas submarinas. Estas olas eran la consecuencia de la guerra, una secuela asombrosa, imprevista. Nadie, ni los juristas más viejos del hampa, ni los veteranos de la administración penitenciaria, los muy experimentados jefes de los campos, podía prever que una guerra dividiría el mundo del crimen en dos grupos enemigos.

Durante la guerra los criminales encerrados en las cárceles, entre ellos numerosos ladrones —reincidentes y

«urkas»—, fueron enrolados en el ejército, mandados al frente, para formar parte de los regimientos de reserva. El ejército de Rokossovski adquirió renombre y popularidad justamente por la presencia de muchos criminales en sus filas. De los «urkaganes» salían buenos exploradores y guerrilleros valientes. Su natural inclinación al riesgo, el carácter decidido y la falta de escrúpulos hacían de ellos unos combatientes de gran valor. Las autoridades hacían la vista gorda respecto al pillaje y a su propensión al robo. Aunque lo cierto es que el asalto a Berlín no se confió a estas unidades. El mando dirigió el ejército de Rokossovski hacia otros objetivos; en cambio hacia el Tiergarten se dirigieron las unidades de élite del Kónev, regimientos de la más pura sangre proletaria.

El escritor Vershigora, en su *Hombres con la conciencia limpia*, nos aseguraba que había conocido a Voronko, un «urka», de quien salió un buen guerrillero (como en los libros de Makárenko).

En una palabra, los comunes de las prisiones se fueron al frente y participaron en la guerra, unos lucharon bien y otros no tanto... Llegó el día de la victoria, los héroes «urkas» fueron desmovilizados y regresaron a sus actividades de tiempo de paz.

Poco después, los tribunales soviéticos de la posguerra se encontraron en sus sesiones a sus antiguos conocidos. Resultó —cosa fácil de prever— que los reincidentes, los «urkaganes», los «ladrones» y los «hombres», el «mundo del crimen», no tenían intención alguna de dejar las actividades

que antes de la guerra les habían proporcionado sus medios de subsistencia, la emoción artística, los instantes de auténtica inspiración, así como una posición en la «sociedad».

Los bandidos regresaron a sus asesinatos, a sus «oseras» —a abrir cajas fuertes—, a robar carteras, a las exploraciones de los desvanes, a los hurtos de «trapos» y a los robos de pisos.

La guerra más bien fortaleció su falta de escrúpulos, de humanidad, más que enseñarles el camino del bien. Tras la guerra empezaron a considerar el asesinato como algo más fácil, más simple de cometer que antes de la guerra.

El Estado intentó organizar la lucha contra la creciente criminalidad. Se dictaron las órdenes de 1947 «Sobre la protección de la propiedad socialista» y «Sobre la protección de los bienes personales de los ciudadanos». Según estas leyes el robo más insignificante, por el que antes el ladrón pagaba con unos meses de reclusión, ahora se castigaba con veinte años.

A los ladrones, excombatientes en la Gran Guerra Patria, los empezaron a cargar por decenas de miles en barcos y trenes, para mandarlos bajo un rigurosísimo control a los numerosos campos de trabajo, cuya actividad no se detuvo ni por un instante durante la guerra. Entonces había muchos campos: Sevlag, Sevostlag, Sevzaplag... En cada región, en cada construcción, fuera grande o pequeña, existían secciones de los campos. Junto con administraciones diminutas, que no llegaban a superar los mil hombres, había también campos gigantescos, con una población de varios

centenares de miles de reclusos en sus años más florecientes: Bamlag, Taishetlag, Dmitlag, Tiomniki, Karagandá...

Los campos empezaron a llenarse rápidamente de maleantes. Se acumulaban sobre todo en dos grandes campos alejados: Kolimá y Vorkutá. La rigurosa naturaleza del Extremo Norte, los hielos perpetuos, los inviernos de ocho y nueve meses, todo ello combinado con un régimen bien orientado a este fin, crearon unas condiciones favorables para que se liquidara el hampa. El experimento realizado por Stalin con los llamados «trotskistas» en 1938 se vio coronado con un éxito completo y todos lo recordaban bien.

A Kolimá y Vorkutá empezaron a llegar un convoy tras otro de trenes de reclusos condenados gracias a las órdenes de 1947. Aunque en lo que se refiere a sus cualidades laborales, los hampones eran un material de poco valor y difícilmente útiles para colonizar la región, en cambio huir del Extremo Norte era casi imposible. De modo que la tarea de aislar a aquellos presos se resolvía de manera segura. Por cierto, las peculiaridades geográficas del Extremo Norte eran en Kolimá la causa de que apareciera una categoría especial de fugitivos —el pintoresco término creado por los hampones: los «huidos a los hielos»—, presos que, en realidad, no huían a parte alguna, sino que se escondían cerca de la carretera central, una vía de dos mil kilómetros de longitud, y asaltaban los coches que pasaban. A estos fugitivos no se les condenaba ni por la propia fuga ni por los atracos en la carretera. Los juristas consideraban las fugas como absentismo laboral y las trataban como

sabotaje contrarrevolucionario, como una negativa a trabajar, el mayor de los delitos en el campo. Con los esfuerzos unidos de los juristas y pensadores de la administración penitenciaria, la reincidencia penal pudo por fin encasillarse en el marco de un artículo más pavoroso, el 58.

¿Cuál es el catecismo del ladrón? El ladrón es miembro del mundo criminal —esta es la definición: el mundo del crimen pertenece a los propios ladrones— y debe robar, engañar a los «fraier», beber, divertirse, jugar a las cartas, no trabajar y participar en las «pravilkas», es decir, en los «juicios de honor». La cárcel, si bien no es para el ladrón su casa natal, es decir, un lugar acogedor, sí es el sitio donde se ve obligado a pasar la mayor parte de su vida. Y de aquí se deriva una conclusión importante: que en la cárcel los ladrones han de disfrutar —gracias a la fuerza, la astucia, la desvergüenza o el engaño— de unos derechos no oficiales pero importantes, como son el derecho a repartirse los paquetes o los bienes ajenos, a ocupar los mejores lugares, la mejor comida, etc. Si en la celda hay unos cuantos ladrones, esto se consigue prácticamente siempre. Son justamente ellos los que se hacen con todo lo que se puede adquirir en la cárcel. Estas «tradiciones» permiten al ladrón vivir mejor que los demás en la cárcel y en el campo de trabajo.

Las breves condenas de reclusión y las frecuentes amnistías permitían a los ladrones pasar su tiempo de encierro sin demasiadas preocupaciones y sin trabajar. Solo los especialistas: torneros, mecánicos, etc., trabajaban, y ade-

más de vez en cuando. Ningún ladrón hacía un trabajo «negro». Era mejor dejar pasar el tiempo en una celda de castigo, o en una de aislamiento...

La orden de 1947, con su pena de veinte años por un delito insignificante, planteó a los ladrones el problema de la «ocupación» desde una nueva perspectiva. Si el ladrón podía confiar en abrirse paso sin trabajar, entre mentiras y verdades, durante unos cuantos meses, un año o dos, como hacía antes, ahora, en cambio, tenía que pasarse encerrado prácticamente toda su vida, o al menos media. Y la vida del ladrón es breve. Entre los «urkas» son pocos los «padrinos». Los ladrones no viven mucho. La mortalidad entre los ladrones es significativamente superior a la del país.

La orden de 1947 planteó al «mundo del crimen» problemas serios, y las mentes más preclaras del hampa buscaron una solución definitiva al problema.

Según la ley del hampa, el ladrón recluido no debe ocupar cargo administrativo alguno, de aquellos cargos cuyo desempeño se confía a los presos. El ladrón no tiene derecho a ser ni encargado, ni delegado, ni jefe de brigada. Si lo hace, se diría que ingresa en las filas de aquellos con los que el ladrón se mantiene en guerra toda su vida. Un ladrón que ocupa uno de estos cargos administrativos deja de ser ladrón y pasa a denominarse «perra», «emperrada», se declara fuera de la ley, y cualquier hampón considerará un honor rajar en la primera ocasión propicia a este renegado.

En el mundo del hampa hay mucha susceptibilidad respecto a esta cuestión; las interpretaciones ortodoxas de

algunos casos complejos evocan la delicada y tortuosa lógica del Talmud.

Un ejemplo: un ladrón pasa junto al cuerpo de guardia y el vigilante le grita: «Eh, tú, dale al riel, ya que pasas al lado, llama a la gente...» Si el ladrón hace sonar el riel —que es la señal de las llamadas y los recuentos—, ha transgredido la ley y ya es una «perra».

Las «pravilkas» o «juicios de honor», donde se «reclaman los derechos», se dedican sobre todo a examinar las causas y acusaciones relacionadas justamente con la traición al «ideario» del hampa, y a reflexionar «jurídicamente» sobre tal o cual acto sospechoso. ¿Es culpable o no lo es? La respuesta afirmativa en estos «juicios de honor» por lo general trae consigo un castigo sangriento casi inmediato. No matan los jueces, claro, sino los hampones jóvenes. Los jefes siempre han sido de la opinión de que «actos» como estos son provechosos para el joven ladrón, pues adquiere de este modo experiencia, se forja.

En los barcos y en los trenes que se dirigían a Magadán y a Ust-Tsilmá empezaron a llegar los ladrones condenados después de la guerra. Eran los «guerreros»; este fue el mote que recibieron más tarde. Todos habían participado en la guerra y no habrían sido condenados si no hubieran cometido nuevos delitos. Por desgracia, gente como Voronko eran muy, muy pocos. La enorme mayoría, una mayoría aplastante de los ladrones habían regresado a su profesión. Para ser rigurosos, no se alejaron mucho de

ella; los saqueos en el frente se parecían bastante a la ocupación de nuestro grupo social. Entre los hampones «guerreros» había gente condecorada. Los hampones inválidos encontraron una fuente de ingresos nueva y muy lucrativa: la mendicidad en los trenes de cercanías.

Entre los «guerreros» había muchos «urkas» importantes, miembros destacados de este mundo subterráneo. Y ahora, después de unos años en el frente, en libertad, regresaban a sus lugares acostumbrados: a las casas con ventanas enrejadas, a las zonas correspondientes de los campos, rodeados de diez hileras de alambre de espino; llegaban a sus lugares habituales, pero con ideas inhabituales y una alarma patente. Durante sus largas noches de viaje ya habían tenido tiempo de reflexionar al respecto, y todos habían estado de acuerdo en que ya no se podía vivir como antes, en que en el mundo del hampa habían surgido problemas para los que urgía una discusión inaplazable y en las más «altas esferas». Los padrinos de los «guerreros» quisieron verse con los viejos compañeros —a los que solo la casualidad, creían ellos, había librado de participar en la guerra—, encontrarse con los compañeros que durante todos esos años de guerra habían permanecido en las cárceles y los campos. Los jefes de los «guerreros» se imaginaban encuentros felices con sus viejos compañeros, escenas de incontenibles fanfarronadas de los «invitados» y los «amos» y, finalmente, esperaban ayuda para solucionar los gravísimos problemas que la vida había planteado al mundo del hampa.

Sus esperanzas no se vieron cumplidas. El viejo mundo criminal no los aceptó entre sus filas y tampoco permitió que los «guerreros» participaran en las «pravilkas». Resultó que las cuestiones que preocupaban a los recién llegados hacía tiempo que se habían discutido y resuelto en el seno del viejo mundo criminal. Y la solución a que se llegó no era ni mucho menos parecida a la que esperaban los «guerreros».

—¿Has estado en la guerra? ¿Has cogido un fusil? Entonces eres una perra, una perra de tomo y lomo, y se te ha de castigar como manda la «ley». ¡Y además eres un cobarde! ¡No has tenido fuerza de voluntad para negarte a servir en una compañía de reserva! ¡Antes «cargar» con otra pena, o morir incluso, que coger un fusil!

Así es como les respondían a los recién llegados los «filósofos» e «ideólogos» del mundo del hampa. La pureza de las convicciones del hampa, decían, está por encima de todo. Y no hay nada que cambiar. El ladrón, si es un «hombre» y no un «chucho», debe saber sobrevivir a cualquier orden, para algo es un ladrón.

En vano los «guerreros» reivindicaban sus méritos del pasado y exigían que se les permitiera participar en los «juicios de honor» como jueces reconocidos y de pleno derecho. Los viejos «urkaganes», que durante la guerra habían sobrevivido con una ración de tan solo un «ochavo»[21] de

21. Durante la guerra la ración de pan se redujo a la octava parte de la habitual, que pesaba de 700 a 800 gramos.

pan, encerrados en las celdas de la cárcel, y habían padecido otras penalidades, se mantuvieron inflexibles.

Lo cierto es que entre los retornados había personas destacadas del mundo criminal. Había bastantes «filósofos» e «ideólogos» y «cabecillas». Expulsados de su medio natural de manera tan inmisericorde y decidida, no pudieron resignarse a la posición de parias a la que los habían condenado los «urkas» ortodoxos. En vano los representantes de los «guerreros» insistían en lo casual, en lo particular de su situación en el momento en que se les propuso ir al frente, que excluía una respuesta negativa. Nunca existió, desde luego, espíritu patriótico alguno entre los hampones. El ejército, el frente eran el pretexto para salir en libertad, y luego Dios diría. En cierto momento los intereses del Estado y sus intereses personales coincidieron, y justamente por eso les exigían responsabilidades sus antiguos camaradas. Por lo demás, para los hampones la guerra respondía de algún modo a sentimientos como el amor al peligro, al riesgo. Sobre la reinserción, sobre la posibilidad de abandonar el mundo criminal, era algo en lo que ni siquiera pensaban, ni antes ni entonces. El amor propio herido de los «capos» que habían dejado de serlo, la conciencia de lo inútil de su paso, que había sido declarado una traición a los compañeros, el recuerdo de los duros caminos de la guerra, todo esto agudizaba las relaciones, encendía al máximo la atmósfera subterránea. También se contaban entre los ladrones aquellos que fueron al frente por falta de firmeza moral, pues los habían amenazado con fusilarlos y

en aquellos tiempos los habrían fusilado. Los más débiles siguieron a sus cabecillas, a sus «mandos»: la vida siempre es vida, amigos.

Los hampones de importancia, los «jefes de los guerreros», se quedaron preocupados, pero no desconcertados. Qué se le va hacer; si la antigua «ley» no los admitía, instaurarían una nueva. Y la nueva ley de ladrones fue instaurada en 1948 en el campo de tránsito de la bahía de Vánino. El poblado y el puerto de Vánino se construyeron durante la guerra, cuando explotó el puerto de la bahía de Najodka.

Los primeros pasos de esta nueva ley están relacionados con el nombre semilegal del hampón de mote *el Rey*, un individuo de quien muchos años después los ladrones «de ley», que lo conocían y lo odiaban, decían: «Quieras o no, el tipo tenía su aire...»

Aire, aroma, es un peculiar concepto del hampa. Significa una mezcla de valor, de obstinación, de quien impone a gritos su espíritu arriesgado y su firmeza, junto a cierto histerismo y teatralidad...

Y el nuevo Moisés poseía plenamente estas cualidades.

Según la nueva ley, a los hampones les estaba permitido trabajar de delegados, capataces, encargados, jefes de brigada en el campo y en la cárcel y ocupar un sinnúmero de cargos penitenciarios.

El Rey llegó a un pavoroso acuerdo con el jefe del campo de tránsito: le prometió instaurar un orden total en el campo, asegurándole poder dominar con sus propias fuerzas a los ladrones «legales». Y en el caso extremo de que

corriera la sangre, le rogaba que no prestara mucha atención a ese hecho.

El Rey le recordó sus méritos militares (lo habían condecorado con una medalla durante la guerra) y le dio a entender que las autoridades se hallaban en un momento en que una decisión correcta podía dar lugar a la desaparición del mundo del hampa, de la criminalidad en nuestra sociedad. Y él, el Rey, se responsabilizaba de que esta tarea se llevara a cabo, de modo que le rogó no molestar.

Se supone que el jefe del campo de Vánino puso el acuerdo en conocimiento del alto mando inmediatamente y que recibió el visto bueno para la operación del Rey. En el campo no ocurre nada por la simple decisión de las autoridades locales. Por lo demás, por regla general, todos se espían los unos a los otros.

¡El Rey promete corregirse! ¡Es la nueva ley del hampa! ¿Qué puede haber mejor? Es lo que había soñado Makárenko, el cumplimiento de los deseos más secretos de los teóricos. ¡Por fin los hampones se han reeducado! Por fin ha llegado la tan esperada confirmación práctica de largos años de ejercicios teóricos al respecto, empezando por las penas «elásticas» de Krilenko y acabando con la teoría de la venganza de Vishinski.

Habituada a ver en los «urkas» y «los del artículo 35» a unos «amigos del pueblo», la administración de los campos vigilaba poco los procesos ocultos que se producían en el mundo del crimen. A esta administración no le llegaba

ningún informe alarmante; las autoridades del campo disponían de una red de espías e informadores, pero en lugares completamente diferentes. A nadie le importaban los estados de ánimo ni las demás cuestiones que agitaban el mundo del crimen.

Este mundo hacía tiempo que tenía que haberse corregido y finalmente la hora había llegado. La prueba de ello —decían las autoridades— era la nueva ley criminal del Rey. Era el resultado beneficioso de la guerra, que había despertado incluso entre los presos comunes el sentimiento del patriotismo. Por algo habíamos leído a Vershigora y habíamos oído las historias sobre las victorias del ejército de Rokossovski.

Los jefes veteranos, que habían criado canas en el servicio de los campos, aunque no creían que nada bueno pudiera venir de aquello, en su fuero interno pensaban, sin embargo, que del cisma, de la enemistad mutua entre los dos grupos del hampa solo podía salir algo bueno y provechoso para el resto, para la gente corriente.

—Menos multiplicado por menos da más —decían—. Probemos.

El Rey obtuvo el visto bueno para su «experimento». En uno de los cortos días de invierno se ordenó a toda la población del campo de tránsito de Vánino que se alineara en formación de a dos.

El jefe del campo presentó a los reclusos al nuevo «stárosta». El Rey. Y a los comandantes de los regimientos, sus más cercanos asistentes.

El nuevo servicio del campo no perdió el tiempo. El Rey recorrió las filas de presos y, mirando atentamente a cada uno, soltaba:

—¡Tú, sal! ¡Tú! ¡Y tú! —El dedo del Rey se movía y se detenía a menudo y siempre sin equivocarse. La vida del crimen le había enseñado a ser observador. Si el Rey tenía alguna duda, era muy fácil comprobar de quién se trataba, y todos, tanto los hampones como el propio Rey, lo sabían perfectamente—: ¡Desvístete! ¡Quítate la camisa!

El tatuaje —el signo distintivo de la orden— jugaba su fatídico papel. Los tatuajes eran los errores de juventud del «urkagán». Los dibujos grabados a perpetuidad aligeraban el trabajo de los servicios de investigación criminal. Pero solo entonces se descubrió su letal significado.

Y empezó la venganza. Con los pies, con bastones, porras, piedras, la banda del Rey masacró «con arreglo a la ley» a los adeptos de la antigua ley del hampa.

—¿Adoptáis nuestra fe? —gritaba triunfante el Rey. Ahora iba a comprobar la fortaleza de espíritu de los «ortodoxos» más obstinados, los mismos que lo habían acusado de debilidad—. ¿Os convertís a nuestra fe?

Para el paso a la nueva ley del hampa se inventó un ritual, un espectáculo teatral. Al mundo del crimen le encanta la teatralidad en la vida; de haberlo sabido Evreínov o Pirandello, no hubieran perdido la ocasión de enriquecer sus teorías escénicas con estos argumentos.

El nuevo ritual no iba ni mucho menos a la zaga del conocido nombramiento de los caballeros. No está excluido

que las novelas de Walter Scott les hubieran inspirado esta ceremonia solemne y siniestra.

—¡Besa el puñal!

Y se acercaba el filo del arma a los labios del hampón apaleado.

—¡Besa el puñal!

Y si el ladrón «legal» se sometía y acercaba los labios al hierro, se le consideraba admitido en la nueva fe y perdía para siempre todos sus derechos en el mundo de los ladrones, convirtiéndose de por vida en «perra».

Esta idea del Rey era en verdad una idea regia. No solo porque la conversión en caballeros del hampa prometía proveer de ingentes reservas al ejército de las «perras», pues es poco probable que, al introducir el ritual del puñal, el Rey pensara en el día de mañana, o en el de pasado mañana. ¡Seguro que había pensado en algo distinto! Colocaría a todos sus viejos amigos de antes de la guerra en las mismas condiciones —¡o vida o muerte!— ante las cuales él, el Rey, en opinión de los hampones «ortodoxos», se había acobardado. Que ahora sean ellos quienes muestren su valor. Las condiciones eran las mismas.

A todos los que se negaban a besar el puñal los mataban. Nuevos cadáveres se amontonaban cada noche ante las puertas cerradas por fuera de los barracones del campo. A esta gente no solo la mataban. Esto hubiera sido demasiado poco para el Rey. Todos los cuerpos recibían la «firma» de todos sus antiguos compañeros, los que habían besado el puñal. A los hampones no los mataban sin más.

Antes de morir los «planchaban», es decir, los pisoteaban, pegaban y desfiguraban de todas las maneras posibles. Y solo luego los mataban. Cuando, pasado un año o dos, llegó una etapa de Vorkutá y algunas de las «perras» destacadas (allí se produjo la misma historia) bajaron del barco, se supo que los de Vorkutá no aprobaban la excesiva crueldad de los de Kolimá. «Nosotros solo los matábamos. Pero plancharlos, ¿para qué?» Por lo visto las prácticas de Vorkutá se distinguían algo de los métodos de la banda del Rey.

Las noticias sobre la masacre en la bahía de Vánino atravesaron el mar, y en las tierras de Kolimá los ladrones de la vieja ley organizaron su autodefensa. Se declaró la movilización general. Todo el mundo del hampa se armó. Todas las herrerías y los talleres mecánicos de Kolimá se pusieron a trabajar en secreto en la confección de cuchillos y picas-lanzas cortas. No trabajaban los hampones, claro, sino auténticos maestros artesanos civiles, bajo la amenaza de «a ver si te atreves», como decían los hampones. Pues estos sabían mucho antes que Hitler que es mucho más seguro asustar a un hombre que sobornarlo. Y ni que decir tiene que más barato. Cualquier tornero o herrero aceptaría que le bajara el tanto por ciento del plan, antes que perder la vida.

Entre tanto, el enérgico Rey convenció a los jefes sobre la necesidad de un viaje «de gira» por los campos de tránsito del Extremo Oriente. Junto con siete de sus fieles, recorrió los campos hasta Irkutsk y a su paso por las cárceles dejó decenas de cadáveres y centenares de «perras» recién convertidas.

Las «perras» no podían vivir eternamente en la bahía de Vánino, que era un campo de tránsito. Y se lanzaron más allá del mar, hacia las minas de oro. La guerra se trasladó a los grandes espacios. Los ladrones mataban a las «perras» y estas a aquellos. Las cifras del «Archivo nº 3» (los muertos) dieron un salto, hasta casi alcanzar las cotas récord del célebre año treinta y ocho, cuando fusilaban a los «trotskistas» por brigadas enteras.

Los jefes corrieron a llamar a Moscú.

Y descubrieron que en la atractiva fórmula de la «nueva ley del hampa» el significado principal estaba en la palabra «hampa»; de las famosas «reeducaciones» no había quedado ni rastro. Una vez más los jefes fueron engañados por el cruel e inteligente Rey.

Desde principios de los años treinta, los hampones salvaban a sus «cuadros» aprovechándose hábilmente de la difusión de las ideas sobre la «reeducación a través del trabajo», dando su palabra de honor millones de veces sin problema alguno y remitiéndose al espectáculo *Los aristócratas* y a la firme orden emitida por los superiores según la cual era necesario mostrar «confianza» hacia los criminales reincidentes. Justamente fueron las ideas de Makárenko y la famosa «reeducación» las que permitieron a los hampones, bajo la protección de estas ideas, salvar a sus cuadros y consolidar su situación. Se declaraba que, respecto a los pobrecitos comunes, solo había que emplear sanciones reeducadoras y no punitivas. Pero en realidad resultaba que esta era una extraña manera de preservar el mundo del cri-

men. Cualquier funcionario de los campos que trabajara en ellos sabía, y lo había sabido siempre, que entre los reincidentes comunes no se podía ni soñar ninguna «reconversión» o reeducación y que esta creencia era un mito pernicioso. Que engañar al «fraier» y a los superiores era motivo de orgullo para un ladrón, quien podía jurar mil veces a los «fraier» un millón de palabras de honor, con tal de que mordieran el anzuelo. Dramaturgos de pocas luces, como Sheinin o Pogodin, seguían predicando, para mayor provecho del hampa, la necesidad de mostrar «confianza» hacia los hampones. Por un Kostia-capitán reeducado, decenas de miles de hampones habían salido de la cárcel antes de tiempo y habían cometido veinte mil asesinatos y cuarenta mil atracos. Este es el precio que se ha pagado por *Los aristócratas* y *Diario de un juez de instrucción*. Sheinin y Pogodin eran personas demasiado desinformadas en esta importante cuestión. En lugar de desenmascarar a los criminales los convertían en héroes románticos.

En 1938, en los campos, los hampones fueron llamados de manera abierta a exterminar físicamente a los «trotskistas»; aquellos mataban y daban palizas a viejos impotentes y terminales famélicos... Incluso la «propaganda contrarrevolucionaria» se castigaba con la pena de muerte, y en cambio los delitos de los hampones quedaban impunes gracias a la protección de las autoridades.

No se observó síntoma alguno de reeducación ni en el mundo del hampa ni en el de las «perras». Solo se seguían recogiendo cada día centenares de cadáveres en las morgues

de los campos. El resultado era que las autoridades, al reunir a los hampones y las «perras», los exponían de manera consciente a unos y otros a un peligro mortal.

Al poco, las disposiciones de no intervenir en esta guerra se suspendieron y en todas partes se crearon zonas separadas, especiales, para las «perras» y para los ladrones «de ley». A toda prisa, aunque ya demasiado tarde, el Rey y sus correligionarios fueron depuestos de todos sus cargos administrativos en los campos, para convertirlos en simples mortales. La expresión «simple mortal» adquirió inesperadamente un sentido peculiar y siniestro. Las «perras» no eran inmortales. Resultó que la creación de zonas especiales en el territorio de un solo campo no servía para nada. La sangre seguía corriendo como antes. Se tuvo que destinar a ladrones y «perras» a yacimientos diferentes y, como es natural, junto a los criminales trabajaban también condenados por otros artículos del código. Hubo expediciones, asaltos armados de «perras» o de ladrones contra las zonas «enemigas». Se tuvo que dar otro paso organizativo más: adscribir a «perras» y ladrones a administraciones mineras separadas, que agrupaban varios yacimientos. Así, toda la Administración del Oeste, con sus hospitales y cárceles, se adscribió a las «perras», y en la Administración del Norte se concentraron todos los ladrones.

En los campos de tránsito cada hampón estaba obligado a informar a los superiores de si era ladrón o «perra» y, según la respuesta, se le apuntaba en la etapa que se dirigiera hacia un campo donde no peligrara su vida.

La denominación de «perra», aunque no reflejara con exactitud la esencia del asunto y fuera terminológicamente desacertada, arraigó enseguida. Por mucho que protestaran los líderes de la nueva ley contra aquel mote ofensivo, no encontraron otra palabra más adecuada, así que entraron a formar parte de las nomenclaturas oficiales con este nombre, y muy pronto ellos mismos se empezaron a llamar «perras». Así era más claro y sencillo. Y porque la disputa lingüística podía conducir de inmediato a una tragedia.

Pasaba el tiempo y la sangrienta guerra de exterminio no iba a menos. ¿Cómo iba a acabar aquello?, ¿de qué manera?, trataban de adivinar los sabios de los campos. Y se respondían: con la muerte de los cabecillas de uno y otro bando. Ya habían hecho volar por los aires al propio Rey en un yacimiento lejano (sus compañeros armados protegían su sueño en los barracones; los hampones acercaron a una esquina del barracón una carga de amonal, suficiente como para que las literas de la esquina volaran por los aires hasta el cielo). Ya la mayoría de los guerreros yacían en las fosas comunes de los campos con una tablilla de madera atada al pie izquierdo, cadáveres incorruptos en los hielos eternos. Ya los ladrones más renombrados, Iván Balabánov Unoymedio e Iván el Griego Unoymedio, habían muerto sin besar la navaja de las «perras». Pero otros, no menos conocidos —Chibis, Mishka el Odesita—, sí la besaron y entonces, para mayor gloria de las «perras», liquidaban a los hampones.

Pasado un año de esta guerra «fratricida», se dio una circunstancia nueva e importante.

¿Cómo puede ser? ¿Acaso el ritual del beso en la navaja altera el alma del hampón? O la famosa «sangre del ladrón» cambiaba de propiedades químicas en las venas del «urkagán» por el hecho de que los labios de este tocaran el filo metálico de la navaja?

No todos los que habían besado la navaja aprobaban las nuevas tablas de la ley de las «perras», ni mucho menos. Muchos, muchísimos, en su fuero interno permanecieron fieles a la vieja ley, pues ellos mismos habían condenado a las «perras». Parte de estos hampones débiles de espíritu intentaron regresar a la «ley» a la primera ocasión propicia.

Pero la idea regia del Rey demostró una vez más su profundidad y fuerza. Los ladrones «legales» amenazaban a las «perras reconvertidas» con la muerte y no querían distinguirlas de las «perras» declaradas. Entonces varios ladrones viejos que habían besado el hierro de las «perras», unos tipos a los que la vergüenza no dejaba en paz y alimentaba su ira, dieron otro paso sorprendente.

Se instauró una tercera ley. Pero en esta ocasión, para desarrollar teóricamente su plataforma ideológica, a los hampones de la tercera ley les faltaron fuerzas. No se regían por otro principio que no fuera la ira, y no plasmaron otra consigna salvo la venganza y el enfrentamiento sangriento contra las «perras» y los ladrones por igual. Y se dispusieron a eliminar físicamente a unos y otros. Entró a formar parte de este grupo un número tan inesperadamente considerable

de «urkaganes», que las autoridades se vieron obligadas a destinarles también a ellos un yacimiento aparte. Una serie de nuevos asesinatos imprevistos por los superiores sumió en un gran desconcierto a las mentes preclaras de los carceleros.

Los hampones del tercer grupo fueron apodados con el expresivo mote de los «sin ley». A los «sin ley» también los llamaban «majnovtsi»: el aforismo sobre Néstor Majnó en los tiempos de la guerra civil, respecto a su actitud hacia los rojos y los blancos, era conocido en el mundo del hampa. Nacieron más y más grupos nuevos, que adoptaban los nombres más diversos, como por ejemplo los «Gorritos rojos». Las autoridades de los campos no daban abasto en la creación de más y más espacios.

Al poco tiempo se comprobó que los «sin ley» no eran tantos. Los ladrones siempre actúan en grupo, un hampón solo es inconcebible. El carácter público de las jaranas, de los juicios de honor en clandestinidad de los hampones es algo imprescindible para ladrones grandes y pequeños. Hay que pertenecer a algún grupo, buscar y hallar en él la ayuda, la amistad y las operaciones conjuntas.

En realidad la suerte de los «sin ley» fue trágica. En la guerra de las «perras», este grupo no tenía muchos seguidores, eran más bien un brillante fenómeno de orden psicológico, y suscitaban interés hacia ellos mismos justamente desde este punto de vista. Los «sin ley» tuvieron que sufrir también muchas humillaciones especiales.

La cuestión es que, según las órdenes del convoy de escolta, las celdas de tránsito eran de dos tipos: las de los

ladrones «de ley» y los de las «perras». De modo que los «sin ley» no tenían más remedio que mendigar a los jefes un lugar, dar largas explicaciones y buscar cobijo en algún rincón, entre los «fraier», presos que no sentían por ellos simpatía alguna. Los «sin ley» eran casi siempre viajeros solitarios. El ladrón «sin ley» se veía obligado a dirigirse con sus peticiones a las autoridades, en cambio los ladrones y las «perras» reclamaban «lo suyo». Así, uno de estos «sin ley», después de ser dado de alta del hospital, se pasó tres días (hasta que lo mandaron a su nuevo destino) bajo la torre de vigilancia —el lugar más seguro—, pues en aquel campo lo podían matar, de modo que el hombre se negó a entrar en la zona.

El primer año parecía que la balanza se inclinaba del lado de las «perras». Las acciones enérgicas de sus jefes, los cadáveres de los ladrones en todos los campos de tránsito, el permiso para destinar a las «perras» a yacimientos a los que antes no se arriesgaban a mandarlas, todo ello eran síntomas de la superioridad de las «perras» en aquella «guerra». El reclutamiento de las «perras» por medio del ritual de besar la navaja adquirió gran notoriedad. El campo de tránsito de Magadán estaba firmemente tomado por las «perras». El invierno llegaba a su fin y los hampones «de ley» esperaban ansiosos que llegara el período de navegación. El primer barco debía decidir su destino. ¿Qué les traería, la vida o la muerte?

Con el barco llegaron del continente los primeros centenares de hampones «ortodoxos». ¡Y entre ellos no había «perras»!

Las «perras» de Magadán se marcharon rápidamente a «su» Dirección del Oeste. Al recibir refuerzos, los ladrones levantaron cabeza de nuevo y la lucha sangrienta estalló con nueva fuerza. En el futuro, los cuadros de los hampones se completarían con ladrones recién llegados del continente. En cambio los cuadros de las «perras» se reproducían a través del conocido método del beso en la navaja.

El futuro seguía siendo incierto. En 1951, a Iván Chaika, entonces uno de los representantes con mayor «autoridad» de la ley del hampa en aquellas tierras, lo destinaron a una «etapa» después de una cura de un mes en el Hospital Central para Reclusos. Chaika no había estado ni mucho menos enfermo. Al jefe de la unidad sanitaria del yacimiento donde Chaika estaba «registrado» lo amenazaron con represalias si no lo ingresaba en el hospital y le prometieron darle dos trajes si lo mandaba a descansar. Cosa que el jefe de sanidad hizo. Los análisis practicados en el hospital no contenían ningún dato alarmante sobre su salud, pero alguien había hablado ya con el jefe del departamento terapéutico. Chaika se pasó en el hospital un mes entero y aceptó que le dieran el alta. Pero cuando fue llamado del hospital por el capataz que lo tenía en su lista, Chaika quiso saber adónde se dirigía la etapa. El capataz quiso gastarle una broma y dio el nombre de un yacimiento de la Dirección del Oeste, adonde no mandaban a los ladrones «de ley». Al cabo de diez minutos Chaika se declaró enfermo y mandó llamar al jefe de tránsito. Llegaron el jefe y un médico. Chaika colocó la palma de su mano

izquierda sobre la mesa, abrió los dedos y se clavó repetidamente en su propia palma un cuchillo que tenía en la otra mano. A cada golpe el cuchillo llegaba hasta la madera y en cada ocasión Chaika arrancaba con fuerza el arma. Todo ocurrió en un minuto o dos. Chaika le explicó al espantado jefe que él era un ladrón y que conocía sus derechos. De modo que debían mandarlo a la Dirección del Norte, la de los hampones. Y no iría a la del Oeste, pues antes preferiría perder la mano que la vida. Al jefe, que se asustó sobremanera, le costó aclararse en esta historia, pues a Chaika lo mandaban justamente adonde él quería. Así, gracias a la broma del capataz, las vacaciones de Chaika en el hospital se estropearon un poco. Si no le hubiera preguntado al capataz su lugar de destino, todo hubiera transcurrido sin problemas.

El Hospital Central para Reclusos, con más de mil camas —orgullo de la medicina de Kolimá—, se ubicaba en el territorio de la Dirección del Norte. Era pues natural que los ladrones lo consideraran su propio hospital de distrito y no el central. La dirección del hospital trató durante mucho tiempo de situarse «por encima del conflicto» y hacía ver que trataba a los pacientes venidos de todas las direcciones. Eso no era del todo así, pues los ladrones consideraban la Dirección del Norte su ciudadela e insistían en sus derechos especiales sobre todo el territorio. Los ladrones consiguieron que no trataran a las «perras» en este hospital, donde las condiciones eran mucho mejores que en parte alguna, y, lo que era más importante, el Hospital Central

tenía derecho a dar de baja a los inválidos y hacer que regresaran al continente. Y «consiguieron» este privilegio no solo con solicitudes, quejas o peticiones, sino con sus cuchillos. Unos cuantos asesinatos a la vista del jefe del hospital y este entró en razón y comprendió cuál era su lugar en esa delicada cuestión. El hospital no se mantuvo por largo tiempo fiel a sus criterios estrictamente médicos. Cuando a un paciente su vecino de cama le clava un cuchillo en el vientre, la cosa produce un efecto convincente, por mucho que la dirección declare que nada tiene que ver con la «guerra civil» del mundo criminal. La obstinación de los jefes del hospital en un principio y las aseveraciones de que era un lugar seguro indujeron a error a algunas «perras». Estas aceptaban ser tratadas en el Hospital Central, como se les proponía en sus lugares de reclusión (en los campos, cualquier médico aceptaba «formalizar» la documentación médica con tal de librar al yacimiento, aunque fuera por una semana, de gente del hampa). El convoy las conducía al hospital, pero no más allá de la sala de ingresos. Pero aquí, al descubrir la situación, las «perras» exigían que se las devolviera de inmediato al lugar de partida. En la mayoría de los casos se las llevaba de vuelta el mismo convoy. Hubo un caso en que el jefe del convoy, al recibir la negativa de admisión para sus presos, arrojó a una zanja próxima al hospital el pliego de sus expedientes y, tras abandonar a los enfermos, trató de huir con el resto de la escolta en su coche. El camión había conseguido recorrer ya unos cuarenta kilómetros cuando los alcanzaron en otro coche los

soldados y oficiales de la guardia del hospital, con sus fusiles y revólveres amartillados. Devolvieron a los fugitivos bajo escolta al hospital, les entregaron a sus presos con sus expedientes y se despidieron amablemente del convoy. Una única vez cuatro «perras» —unos «urkas» de alto rango— tuvieron el valor de pasar la noche dentro de los muros del hospital. Montaron una barricada en la puerta que daba a la gran sala que se les destinó y se pasaron la noche de guardia por turnos, cuchillo en mano. Por la mañana se los mandó de vuelta. Este es el único caso en que unas armas no entraron a escondidas en el hospital; las autoridades trataron de no ver las navajas que empuñaban las «perras».

Por lo general las armas se retiraban en la sala de ingresos; la operación era sencilla: se desnudaba a los pacientes hasta dejarlos en cueros y se los trasladaba a la sala siguiente para un examen médico. Después de la llegada de cada etapa, en el suelo y tras los respaldos de los bancos aparecían tirados punzones y cuchillos. Se desenrollaban incluso las vendas y se retiraba el yeso de las fracturas, pues los cuchillos se adherían al cuerpo y se escondían bajo los vendajes.

A medida que pasaba el tiempo eran cada vez menos las «perras» que iban al Hospital Central; los ladrones «de ley» prácticamente habían ganado la batalla en su disputa con los superiores. El ingenuo jefe, empapado de lecturas de Sheinin y Makárenko, fascinado en su fuero interno, incluso a veces de manera explícita, por el «romántico» mundo del hampa («Sabe usted, es un gran ladrón», decía

en un tono que permitía pensar que se trataba de un gran académico que hubiera descubierto el secreto del núcleo atómico), creyó ser un conocedor de las costumbres del hampa. Había oído hablar de la «Cruz Roja», de la relación de los hampones con los médicos, y la conciencia de su trato personal con los hampones alimentaba agradablemente su vanagloria.

Le decían que, en opinión del mundo del hampa, la «Cruz Roja», es decir, la medicina, sus trabajadores y en primer lugar los médicos, se hallaban en una situación especial. Son intocables, «extraterritoriales», para las operaciones del mundo del crimen. Más aún, en los campos la gente del hampa protege a los médicos de cualquier desgracia. Gracias a este halago fácil y vulgar, mucha gente se había visto atrapada y seguía cayendo en la trampa. Cualquier ladrón, todo médico del campo sabían contar un cuento antiquísimo en el que se narra cómo a un médico a quien habían desvalijado le devolvieron el reloj (la maleta, un traje, un Breguet) en cuanto los ladrones se enteraron de que la víctima era un médico. En una variante del cuento «Breguet-Herriot», también corría la historia de un médico hambriento al que los saciados ladrones dieron de comer en la cárcel (de los paquetes arrancados por ellos a otros habitantes de la celda de la cárcel). Existen varios argumentos clásicos parecidos, que, como las aperturas del ajedrez, se cuentan siguiendo determinadas reglas.

¿Dónde se esconde aquí la verdad, de qué se trata? Se trata del frío y perverso cálculo de los hampones. La verdad

se esconde en que el único defensor del recluso en el campo (incluidos los ladrones) es el médico. No el jefe del campo, ni el civil responsable del club de cultura, sino solo el médico, es quien proporciona día a día la ayuda cotidiana y real al prisionero. El médico lo puede ingresar en el hospital. El médico es quien le puede prescribir un descanso para un día u otro —algo muy importante—. El médico lo puede mandar adonde quiera o no mandarlo, pues para cada traslado es imprescindible una orden suya. El médico lo puede mandar a hacer un trabajo ligero, rebajar su «categoría laboral»: en este ámbito decisivo y vital para el recluso, el médico está fuera de todo control, y en cualquier caso no será el jefe local quien lo contradiga. El médico controla la alimentación de los presos, y si no toma parte en el despojo de esta alimentación, tanto mejor. Puede prescribir una ración mejor. Grandes son los derechos y los deberes del médico, y por malo que sea, de todos modos es justamente él quien representa la fuerza moral en el campo. Tener poder de influencia sobre el médico es mucho más importante que tener «agarrado por el anzuelo» al jefe o que sobornar al encargado de la Sección Educativo-Cultural. Sobornan a los médicos con gran habilidad, los espantan un poco y es probable que les devuelvan los objetos robados. Lo cierto es que no tenemos ejemplos comprobados de ello. Pero sí podemos ver como los médicos de los campos —sin excluir a los libres— llevan trajes o buenas botas regalados por los hampones. El mundo del hampa mantiene buenas relaciones con los médicos (u otros sanitarios) mientras estos cum-

plan con todas las exigencias de esta banda sin escrúpulos, exigencias que crecen a medida que el médico se enreda cada vez más en sus relaciones en apariencia inocentes con el hampa. Y en cambio los enfermos, los viejos maltrechos se ven obligados a morir en sus literas del barracón, porque su sitio en el hospital está ocupado por hampones sanos que descansan allí. Y si el médico se niega a cumplir las exigencias de los criminales, con él no se comportan en modo alguno como con un representante de la «Cruz Roja». Surovói, un joven moscovita, el médico de un yacimiento, se negó categóricamente a satisfacer las exigencias de los hampones: mandar a tres de los suyos a un período de descanso en el Hospital Central. Al día siguiente lo mataron durante la sesión de visitas: el patólogo contó cincuenta y dos heridas de cuchillo en el cadáver. Una médica entrada en años de un yacimiento de mujeres, Shitsel, se negó a dar un permiso de baja laboral a cierta delincuente. Al día siguiente mataron a la médica a hachazos. La propia enfermera de la unidad sanitaria ejecutó la sentencia de muerte. Surovói era un médico joven, riguroso y de sangre caliente. Cuando lo mataron, ocupó su cargo el doctor Krapivnitski, experimentado jefe de las unidades sanitarias de los yacimientos de castigo, un médico libre que las había visto de todos los colores.

El doctor Krapivnitski simplemente anunció que no iba a tratar a nadie y que tampoco iba a examinar a ningún recluso. Y los medicamentos recetados se entregarían diariamente a través de los soldados de la escolta. La zona se

cerraba a cal y canto y de ella no se dejaría salir más que a los muertos. Pasados dos años y pico desde su nombramiento en este yacimiento, el doctor Krapivnitski seguía en el mismo lugar gozando de perfecta salud.

La zona del campo cerrada, rodeada de ametralladoras, aislada del resto del mundo, vivía su propia y terrible vida. La siniestra fantasía del hampa había construido aquí, a plena luz del día, juicios ejemplares, con sus sesiones, sus alegatos acusatorios y las declaraciones de los testigos. En medio del campo, tras romper unas literas, se había levantado una horca y en esta horca colgaron a dos «perras desenmascaradas». Todo esto no se hacía de noche, sino a plena luz del día, a la vista de las autoridades.

Otra de las zonas del mismo yacimiento se consideraba de trabajo. Los ladrones de menor categoría salían de ella para ir trabajar. Aquel yacimiento, después de la llegada de los comunes, perdió, claro está, todo valor productivo. La influencia de los vecinos, de la zona que no trabajaba, se percibía allá en todo momento. Justamente de los barracones de los trabajadores mandaron al hospital a un viejo, un preso común, no un criminal. Se ve que, como contaban los hampones llegados con él, ¡el viejo «se dirigió de manera irrespetuosa a Vásechka»!

«Vásechka» era un joven hampón de los ladrones de estirpe, es decir, de los cabecillas. El viejo a este «Vásechka» le doblaba en edad.

Ofendido por el tono del viejo («que aún refunfuñaba»), Vásechka mandó que trajeran un trozo de mecha con

cápsula. Colocaron la cápsula en las palmas del viejo, le ataron ambas manos —el anciano no se atrevió a protestar— y encendieron la mecha. La explosión le arrancó las manos. Así de cara le salió la falta de respeto hacia «Vásechka».

La guerra de las «perras» proseguía. Y finalmente sucedió aquello que algunos jefes experimentados e inteligentes más temían. Acostumbrados a las venganzas sangrientas —entonces a los asesinos de los campos no se les aplicaba la pena de muerte—, tanto las «perras» como los hampones se pusieron a echar mano de las navajas bajo cualquier pretexto, aunque no tuviera nada que ver con la guerra de las «perras».

A alguien le parecía que el cocinero le había servido poca sopa y que esta estaba poco espesa, y el cocinero, tras recibir una cuchillada en el costado, entregaba su alma a Dios.

El médico no te había liberado del trabajo y al médico le envolvían el cuello con una toalla y lo estrangulaban...

El responsable de la sección de cirugía del Hospital Central le echó en cara a un conocido hampón que los ladrones mataran a los médicos y se olvidaran de la «Cruz Roja». ¿Cómo la tierra, le vino a decir, no se abre bajo sus pies? A los hampones les impone extraordinariamente que los superiores se dirijan a ellos con semejantes «cuestiones teóricas». Y el hampón le contestó haciendo el payaso y retorciendo las palabras con el inimitable deje de su gente:

«Es ley de *fida*, *dotor*. Hay muy *diftintas fituafiones*. En un caso, *laf cofas* son así, y en otras, es completamente *diftinto*. La *fida* cambia.»

Nuestro hampón no era un mal dialéctico. Era un hampón enfurecido. Sucedió que, hallándose en una celda de aislamiento y como deseaba ir al hospital, se echó polvo de mina de lápiz de tinta en los ojos. Lo dejaron salir de la celda, es verdad, pero el preso recibió un tratamiento adecuado demasiado tarde y se quedó ciego de por vida.

Sin embargo, la ceguera no le impedía participar en las discusiones sobre todas las cuestiones de la vida del hampa, dar consejos y emitir juicios sentenciosos e inapelables. Al igual que *sir* Williams de Rocambole, el hampón ciego vivía, como antes, sumido plenamente en la vida del hampa. Y en las deliberaciones sobre asuntos de las «perras» bastaba con su veredicto.

Desde los tiempos más remotos, en el mundo del hampa se llamaba «perra» a un traidor en asuntos criminales, un individuo que se había pasado al otro bando. Pero en la guerra de las «perras» se trataba de algo distinto: de la nueva ley del hampa. Y no obstante, los caballeros de la nueva orden quedaron marcados por el insultante mote de «perras».

Las autoridades de los campos (salvo los primeros meses de esta guerra de las «perras») no simpatizaban con ellas. Los jefes preferían tratar con los hampones de la vieja escuela, a los que era más fácil y sencillo comprender.

La guerra de las «perras» respondía a una necesidad oscura y poderosa del hampa: el placer del asesinato, satisfacer la sed de sangre. La guerra de las «perras» era la

copia exacta de unos sucesos de los que los hampones habían sido testigos durante una serie de años. Los episodios de la guerra de verdad se reflejaron como en un espejo curvo en los sucesos de la vida del hampa. La realidad de los sucesos sangrientos, que cortaban el aliento a quien los viviera, atraía sobremanera a los capitostes. Incluso un simple hurto, cuyo precio era tres meses de cárcel, o el asalto de un piso se llevan a cabo con cierta «exaltación artística». Los acompaña una sensación que no se puede comparar con nada, como dicen los hampones, una tensión espiritual de orden superior, una vibración beatífica de los nervios, que es cuando el ladrón siente que vive.

Cuántas veces más intensa, sádicamente más intensa, es la sensación de matar, de la sangre derramada; y el hecho de que tu enemigo sea otro hampón como tú refuerza aún más la intensidad de la vivencia. El sentido teatral, inherente al mundo del crimen, halla su expresión en este enorme y sangriento espectáculo que tantos años dura. Aquí todo es auténtico y todo es un juego, un juego siniestro y mortal. Como en Heine: «La carne será carne de verdad; la sangre, sangre humana.»

Los hampones juegan imitando la política y la guerra. Los caudillos del hampa han ocupado ciudades, han mandado batallones de reconocimiento, han cortado las comunicaciones del enemigo y han condenado y colgado a los traidores. Todo era tanto una realidad como un juego, un juego sangriento.

La historia de la criminalidad cuenta con varios milenios, conoce muchos ejemplos de guerras sangrientas entre bandas que han luchado entre sí por las zonas de robo, por la supremacía en el mundo del crimen. Pero las muchas particularidades de la guerra de las «perras» la convierten en un fenómeno único en su género.

1959

Apolo en el mundo del hampa

A los hampones no les gustan los versos. La poesía no tiene nada que hacer en este mundo demasiado real. ¿A qué necesidades íntimas, a qué demandas estéticas del alma del criminal ha de responder la poesía? ¿Qué exigencias del hampa ha de satisfacer? Yesenin sabía algo de esto y muchas cosas las adivinó. Sin embargo, incluso los hampones más cultos son ajenos a los versos: la lectura de estrofas rimadas les parece una distracción vergonzosa, una payasada humillante, por lo incomprensible que resulta. Pushkin y Lérmontov son poetas demasiado complicados para cualquier persona que por primera vez se encuentra con la poesía. Pushkin y Lérmontov exigen cierto grado de preparación, cierto nivel estético. Es imposible dar a conocer la poesía con Pushkin, como también lo es con Lérmontov, Tiútchev o Baratinski. Sin embargo, en la poesía clásica rusa hay dos autores cuyos versos ejercen una influencia estética sobre el oyente no experimentado y lo educan en el amor a este arte. Para comprender la poesía hay que empezar justamente con estos dos poetas. Se trata, claro está, de Nekrásov y sobre todo de Alexéi Tolstói.

Vasili Shibálov y *El ferrocarril*[22] son los poemas más «seguros» en este sentido. Es algo que he comprobado repetidamente. Pero ni *El ferrocarril* ni *Vasili Shibánov* provocaban entre los hampones ningún efecto. Era evidente que seguían solo la fábula de la cosa y hubieran preferido su versión en prosa, su interpretación, o al menos *El príncipe Serebriani* de Alexéi Tolstói.[23] Del mismo modo, la descripción literaria de un paisaje en cualquier novela leída en voz alta no le decía nada al alma de los oyentes hampones, y estaba claro que lo que esperaban cuanto antes era que se narrara la acción, el movimiento y, en última instancia, los diálogos.

Está claro que el hampón, por poco que haya en él de humano, no está privado de necesidades estéticas. Se satisface con una canción carcelaria y canciones hay muchas. Las hay épicas, ya sea «El ladrón con pincho», en vías de extinción, ya sea estancias en honor al célebre Gorbachevski y otras estrellas parecidas del mundo criminal, o la canción «La isla Solovkí». Hay canciones líricas en las que hallan su expresión los sentimientos del hampón, teñidos estos de un modo más que peculiar, que enseguida se distinguen de las canciones corrientes, que son distintas tanto por su tonalidad como por su temática y visión del mundo.

22. Poesías de Alekséi K. Tolstói y Nikolái Nekrásov, respectivamente
23. Se trata del mismo Alekséi Konstatínovich Tolstói.

Por lo común, la canción carcelaria lírica es sentimental, quejosa y emotiva. La canción carcelaria, a pesar de que peca de numerosos fallos de pronunciación, siempre posee un carácter entrañable. A ello contribuye también la melodía, que es bastante peculiar. A pesar de todo su primitivismo, la interpretación intensifica sobremanera el efecto que produce, y es que el intérprete no es un actor, sino un personaje salido de la vida real. El autor de un monólogo lírico no necesita ponerse ropa de actor.

Nuestros compositores no se han interesado aún por el tema del folclore musical del hampa; los intentos de Leonid Utiósov con «De la prisión de Odesa» no cuentan.

Es muy popular y destaca por su música la canción «El destino». La quejumbrosa melodía a veces puede emocionar hasta las lágrimas al oyente sensible. Al hampón la canción no puede hacerle saltar las lágrimas, pero también escuchará «El destino» con aire grave y solemne.

Así empieza:

En todo juega el destino su papel,
de él no has de huir muy lejos.
Él nos dirige por doquier
y adonde ordene, tú, sumiso, te encaminas.

Se desconoce el nombre del poeta «cortesano» que compuso la canción. Seguidamente en «El destino» se narra, de manera harto natural, la historia sobre la «herencia» paterna del ladrón, sobre las lágrimas de la madre,

sobre la tisis que ataca al muchacho en la cárcel, y se manifiesta la firme intención de seguir por el camino elegido hasta la misma muerte.

> Si tienes fuerzas para luchar contra el destino,
> no cejes en tu lucha hasta el final.

Las necesidades de ver teatro, escultura o pintura son igual a cero entre los hampones. Estos no experimentan interés alguno hacia estas musas, hacia estos géneros artísticos; son demasiado realistas; las emociones de orden «estético» del hampa son demasiado sangrientas, demasiado apegadas a la vida. Pero como aquí la cuestión no está en el naturalismo, las fronteras entre el arte y la vida son imprecisas, y los «espectáculos» demasiado realistas que escenifican los hampones en la vida espantan tanto el arte como la vida.

En uno de los yacimientos de Kolimá los hampones robaron del ambulatorio una jeringa de 20 gramos. ¿Para qué la necesitaban? ¿Para inyectarse morfina? A lo mejor el practicante del campo había robado a sus superiores unas ampollas de morfina y se las había ofrecido servilmente a los hampones.

¿O quizá aquel instrumento clínico —de gran valor en el campo— podría intercambiarse, mediante el chantaje al médico, por un «descanso» en el barracón para los capitostes del hampa?

Pero no se trataba ni de una cosa ni de la otra. A los hampones les habían contado que si a un hombre se le

inyectaba aire en la vena, las burbujas de aire taponarían los vasos del cerebro, formarían un «émbolo». Y el hombre moriría. De modo que decidieron comprobar de inmediato la certeza de tan interesante información proporcionada por un sanitario. La imaginación de los hampones dibujaba cuadros de asesinatos misteriosos que no podría descubrir ningún comisario de los servicios de interior, ningún Vidocq, Lecoq o Vañka Caín.

Los hampones agarraron en una celda de aislamiento a un hambriento «fraier», le ataron las manos y, a la luz de una antorcha humeante, le clavaron la jeringa. El hombre murió al poco rato: el locuaz practicante resultó tener razón.

El hampón no entiende nada de ballet; sin embargo, el arte de la danza, los bailes, la «gitanita», forman parte desde antiguo del «honesto espejo de la juventud» del hampa.[24]

Los maestros en el arte de bailar no se extinguen en el mundo del hampa. Entre los criminales son también bastantes aquellos a los que les encanta bailar y organizar estos bailes.

Los bailes, como la alegre «gitanita», no son tan primitivos como parecería a primera vista.

Entre los «maestros de baile» del hampa se han dado artistas de extraordinario talento, capaces de bailar con un

24. *Honesto espejo de la juventud* es un manual de cultura general y buenas costumbres elaborado en la época de Pedro I el Grande.

discurso de Ajún Babáyev[25] o con el artículo de fondo del periódico del día anterior.

Me siento débil, pero se impone
seguir la senda de mi padre muerto.

Entre el hampa está muy extendida esta antigua romanza lírica con el estribillo «clásico»:

Se iluminó la luna en el espejo de las aguas,

en la que el héroe se lamenta de la separación y ruega a su amada:

Ámame, niña, mientras yo sigo libre,
mientras yo sigo libre y soy tuyo.
La cárcel nos separará y viviré yo preso
y te hará suya un colega.

En lugar de «un colega» debería decir «otro». Pero el hampón, el intérprete de la romanza, pretende destruir la estrofa, romper el ritmo, con tal de mantener un determinado sentido, expresar el único significado de la frase que él necesita. Porque la mujer de «otro» resulta ordinario, es una expresión del mundo de los «fraier». En cam-

25. Yuldash Ajunbabáyev (1885-1943), político soviético uzbeco, miembro del Sóviet Supremo de la URSS desde 1924.

bio «un colega» es una idea en consonancia con las leyes de la moral del hampa. Por lo que parece, el autor de esta romanza no era un hampón (a diferencia de la canción «El destino», en la que es indudable la autoría de un criminal reincidente).

La romanza prosigue en un tono filosófico:

Soy un ratero de Odesa, hijo del hampa,
soy un ladrón y cuesta que me quieran.
¿No sería mejor separarnos, niña
y olvidarnos el uno del otro para siempre?

Y más adelante:

Me echarán mis años, me mandarán muy lejos,
lejos, a tierras siberianas.
Tú serás feliz y rica, puede ser,
pero yo nunca, nunca lo seré.

Son muchas las canciones épicas del hampa.

Esos puntos dorados, luces carmesí,
evocan el campo de la Solovkí.
(«La isla Solovkí»)

La antiquísima canción «El ladrón con pincho» es un himno peculiar al mundo del crimen, ampliamente conocido y no solo entre los hampones.

La canción «Recuerdo aquella noche oscura de otoño» es una obra clásica en este género. Es una canción con muchas variantes y arreglos posteriores. Todas las aportaciones y cambios son peores, más vulgares que la primera versión, que plasma la imagen clásica del atracador, sus actividades, su presente y futuro.

En la canción se describen los preparativos y la realización de un atraco a un banco en Leningrado, en el que revientan una caja de caudales.

Recuerdo como dos buriles fuertes de acero
zumban igual que moscardones.

Y he aquí que ya se han abierto las puertas de hierro, donde

los codiciados billetes en paquetes alineados
nos miran desde los estantes.

El cómplice del atraco, tras recibir su parte, abandona al punto la ciudad, disfrazado de Cascarilla.

Vestido sobriamente, con una flor en el ojal,
con su abrigo gris inglés,
abandonó la capital a las siete y media en punto
y sin mirar siquiera por la ventanilla.

Por la «capital» se sobreentiende Leningrado, o más exactamente Petrogrado, hecho que permite establecer la época en que apareció la canción, entre 1914 y 1924.

El héroe viaja al sur, donde conoce a un «milagro de la belleza terrenal». Y claro:

Como la nieve, el dinero se esfuma raudo
y hay que regresar,
y sumergirse de nuevo hasta el cuello
en Leningrado, sombrío y cruel.

Siguen luego el «golpe», la detención y la estrofa final:

Por el camino polvoriento, con la severa escolta
me llevan al lugar de reclusión.
Diez años de castigo me han echado,
o puede que a la Luna me han de mandar.[26]

Son todas ellas obras de temática específica. Pero al mismo tiempo en el mundo del hampa gozan de popularidad y hallan también sus intérpretes y sus oyentes canciones magníficas como «Abrid la ventana, abridla, que me queda poco por vivir» o «No llores, amiga mía», sobre todo en la versión de Rostov, que es la original.

26. «Ir a la luna», que ya aparece en los relatos anteriores, es irse al otro mundo.

Las romanzas «Qué hermosa fuiste, noche azulada» o «Recuerdo el jardín y paseo» no tienen un texto específicamente vinculado al hampa, pero son muy populares entre los ladrones.

Toda romanza del hampa, sin excluir la célebre «No tocarán para nosotros los acordeones» o «Noche de otoño», tiene decenas de versiones, como si la romanza hubiera seguido la suerte de los «novelos» y hubiera quedado convertida en tan solo un esquema, en la carcasa apropiada para dar cabida a las expansiones personales del intérprete.

A veces las romanzas del hampa se ven sometidas a cambios profundos, impregnándose del espíritu hampón.

Así, la romanza «No me hable usted de él» se ha convertido en la versión del hampa de la interminable (el tiempo en la prisión corre lentamente) «Múrochka Bobrova». En la romanza no hay ninguna Múrochka Bobrova. Pero al hampa le gusta la concreción, como también le encantan los detalles en las descripciones.

Llegó la carreta al tribunal,
sonó la voz de ¡salga!
Por la escalera, por aquí,
y sin mirar a los lados.

Los detalles del lugar se muestran de manera escueta.

La rubia, fuego en el mirar,
dobló sumisa la cabeza

y toda ella palideció
y se cubrió con el mantón la cara.

El juez le pregunta a la mujer:
«Dígame, Múrochka Bobrova,
¿es usted culpable del delito, o no?
Tiene la palabra, sea breve.»

Y solo después de la detallada «exposición» sigue el texto acostumbrado de la romanza:

No me hable usted de él;
aún no he olvidado el pasado,

etc.

Todos me dicen que estoy triste,
que he dejado de creer en los demás.
Y dicen que estoy enferma.
Aunque quizá esté cansada de vivir.

Y finalmente la última estrofa:

Y en cuanto ella acabó de hablar,
un grito horrible resonó en su pecho.
Y el veredicto del tribunal
quedó sin que lo leyeran en la sala.

El hecho de que el veredicto no se acabara de leer siempre enternece a los hampones.

Es muy típico de los hampones su rechazo del canto coral. Ni tan solo la conocida en todo el mundo «Silbaba el junco, los sauces se inclinaban...» ha conseguido llegar al corazón del hampa. La romanza no goza de popularidad en su seno.

No hay canciones corales en el hampa, nunca cantan a coro, y si los «fraier» entonan alguna canción inmortal como «Hubo días felices» o «Jaz-Bulat», el hampón no solo no se unirá al coro, sino que ni siquiera la escuchará y abandonará el lugar.

Las canciones de los hampones son exclusivamente solos, y los intérpretes las cantan sentados junto a una ventana enrejada o tumbados en la litera, con las manos tras la nuca. El hampón nunca se pondrá a cantar si se le invita a ello o se le pide que cante, sino que en toda ocasión lo hará de improviso, impulsado por una querencia interior. Si es un buen cantante, entonces la celda queda en silencio y todos prestan oídos al cantor. Y este, en voz baja, pronunciando con precisión las palabras, canta una canción tras otra, sin acompañamiento alguno, claro está. La falta de acompañamiento parece reforzar la expresividad de la canción y no se considera en modo alguno un defecto. En los campos hay orquestas, conjuntos de viento y de cuerda, pero los hampones los consideran una «herejía» y muy raramente participan en ellos como músicos, si

bien la ley del hampa no prohíbe explícitamente este tipo de actividad.

Que el arte vocal del hampa se desarrollara exclusivamente en forma de solos no tiene nada de extraño. Se trata de una necesidad engendrada históricamente e impuesta por las circunstancias. Entre las paredes de la cárcel no se podía permitir ningún canto coral.

Sin embargo, tampoco en las tabernas, en libertad, los hampones cantan en coro. Sus parrandas y banquetes transcurren sin canto coral. En este hecho podemos ver una muestra más de la naturaleza lobuna del hampón, su esencia anticolectiva, o tal vez se deba a los hábitos carcelarios.

Entre los hampones no abundan los amantes de la lectura. Entre las decenas de miles de hampones recuerdo solo el caso de dos para quienes el libro no era algo hostil, ajeno y extraño. El primero era el ratero Rebrov, un ladrón de raza; su padre y su hermano mayor hicieron la misma carrera. Rebrov era un muchacho de talante filosófico, una persona que podía hacerse pasar por quien fuera, y que podía mantener cualquier género de conversación sobre temas comunes y hacerlo «con entendimiento».

En sus años jóvenes Rebrov logró adquirir cierta formación, estudió en una escuela técnica de cinematografía. En la familia, su madre, a la que tanto quería, luchó lo indecible por su hijo pequeño, tratando de salvarlo al precio que fuera de la horrible suerte del padre y el hermano. Pero la «sangre de ladrón» resultó ser más fuerte que el amor a su madre y Rebrov dejó la escuela y no se dedicó a otra cosa

que no fuera robar. La madre no cejó en su lucha por salvar al hijo. Lo casó con la amiga de su hija, una maestra rural. Tiempo atrás Rebrov la había violado, pero luego, a instancias de su madre, se casó con ella y vivió se puede decir que felizmente, regresando siempre a casa tras sus numerosos «encierros». La esposa le dio a Rebrov dos hijas, cuyas fotografías él siempre llevaba consigo. La mujer le escribía a menudo, lo consolaba como podía, y él nunca «se las daba», es decir, no se vanagloriaba del amor de su mujer y no mostraba a nadie sus cartas, aunque las cartas de las mujeres se convertían en bien común de los «colegas». Tenía treinta años. Más tarde se pasó a la ley de las «perras» y murió acuchillado en una de las muchas reyertas sangrientas.

Los ladrones lo trataban con respeto, pero sin afecto, con desconfianza. Su amor a la lectura y en general el que fuera una persona instruida producía rechazo. A sus compañeros la manera de ser de Rebrov les resultaba complicada y por lo mismo incomprensible y alarmante. Su costumbre de exponer breve, clara y lógicamente sus pensamientos los irritaba y les inducía a sospechar que Rebrov no era de los suyos.

Los ladrones acostumbran a proteger a sus jóvenes, a ayudarlos materialmente; en torno a cada «gran» hampón siempre ronda una nube de ladrones adolescentes.

Rebrov propuso un principio de conducta distinto.

—Si eres un ladrón —le decía a un joven—, espabílate tú solo, porque yo no te voy a mantener; prefiero dar de comer a un «fraier» necesitado.

Y aunque en el «juicio» de turno, en el que se discutió la nueva «herejía», Rebrov consiguió demostrar tener razón y la sentencia de aquel «tribunal de honor» fue a su favor, su comportamiento, que se alejaba de las tradiciones del hampa, no fue recibido con simpatía por los presentes.

El segundo era Guenka Cherkásov, peluquero en una de las secciones del campo. Guenka era un verdadero amante de los libros, dispuesto a leer todo lo que cayera en sus manos, a leer día y noche. «Todo el camino ha sido así» (es decir, toda su vida), decía para explicar su afición. Guenka era ladrón de casas, un «saltador», es decir, un especialista en desvalijar apartamentos.

—Todo el mundo roba todo tipo de «trapos» (es decir, ropa) —decía en voz alta, orgulloso—. Yo, en cambio, robo libros. Todos los compañeros se reían de mí. Una vez robé una biblioteca. Me la llevé en un camión; te juro que es verdad.

Más que en el éxito como ladrón, Guenka soñaba con la carrera de «novelista», de narrador en la cárcel; le encantaba contar a quien quisiera escucharlo relatos como los de *Príncipe Viázemski* o *El valet de corazones*, obras clásicas de la tradición oral carcelaria. En toda ocasión Guenka pedía que se le indicaran los defectos de su interpretación y soñaba con contar un relato en diferentes voces. He aquí a dos hombres del mundo del hampa para quienes los libros eran algo importante y necesario.

El resto de la masa de ladrones reconocía solo los «novelos», y con ellos se sentían plenamente satisfechos.

Se notaba solamente que no a todos les gustaban las novelas policíacas, aunque parecía que esta era la lectura preferida de los ladrones. Sin embargo, un buen «novelo» histórico o un drama amoroso se escuchaban con bastante más atención.

—Porque todo eso lo sabemos —decía Seriozha Ushakov, ladrón del ferrocarril—, todo esto es nuestra vida. Sabuesos y cacos: estamos hartos. Como si no hubiera nada más interesante.

Además de los «novelos» y las romanzas de prisión están también las películas. Todos los hampones son amantes incondicionales del cine. Es el único género artístico con el cual tienen relación «cara a cara», y por lo demás no ven menos sino más filmes que el ciudadano «medio».

Aquí se da una clara preferencia por las películas policíacas y, más aún, por las extranjeras. Las comedias atraen a los hampones solo en su forma más grosera, donde la acción es divertida. Los diálogos ingeniosos no están hechos para el hampa.

Además en las películas hay baile, claqué...

Hay algo más de lo que se alimentan los sentidos estéticos del hampón. Es el «intercambio de experiencias» carcelarias —narraciones sobre sus «golpes» que comparten con los demás—, las historias que se cuentan tumbados en las literas de la cárcel, en espera de la instrucción del caso o de su partida hacia los campos.

Estos relatos, el «intercambio de experiencias», ocupan un lugar enorme en la vida del ladrón. No es un simple pasatiempo ni mucho menos. Es un balance, un aprendizaje y una educación. Cada ladrón comparte con su compañero los detalles de su vida, sus andanzas y aventuras. En estos relatos (que solo en parte conllevan el carácter de comprobación, de investigación del ladrón desconocido) se consume la mayor parte del tiempo de hampón en la cárcel, y en el campo también.

Es una manera de recomendarse uno mismo: «con quién has corrido» (es decir, «con quién has recorrido los fuegos», con quién has robado de entre los ladrones a quienes conoce, aunque sea de oídas, todo el mundo del hampa).

«¿Qué "hombres" te conocen?» A esta pregunta conviene responder por lo general con la exposición detallada de tus hazañas. Es algo «jurídicamente» obligatorio: por el relato de un hampón se puede juzgar a un desconocido con bastante certeza y se sabe dónde hay que hacer un descuento y qué se puede tomar por algo indiscutiblemente verdadero.

La exposición de las proezas de un ladrón —que, para gloria de las leyes y de la conducta del hampa, siempre se adornan— es algo que constituye un señuelo romántico extremadamente peligroso para los jóvenes.

Cada acción se pinta con unos colores tan tentadores, tan atractivos (los hampones no ahorran en colores), que el muchacho que cae entre los hampones (digamos por

un primer robo) y escucha su historia, se siente atraído y fascinado por el comportamiento heroico del hampón. Este relato es, de arriba abajo, puro fruto de la fantasía, de la invención («¿No te lo crees?, pues tómalo por un cuento»).

Todos estos «ansiados paquetes alineados de billetes», los brillantes, las bacanales y sobre todo las mujeres, todo esto constituye un acto de autoafirmación, y la mentira aquí no se considera un pecado.

Y aunque, en lugar de la grandiosa bacanal en la taberna, lo que había era una simple jarra de cerveza en el Jardín de Verano que has mendigado y conseguido a cuenta, mentir resulta algo irresistible.

Una vez «probado» el narrador, ya puede mentir todo lo que le quepa.

Las hazañas ajenas escuchadas en una de las cárceles de tránsito, el inspirado mentiroso se las atribuye a sí mismo, y los oyentes, a su vez, multiplicando por diez las tintas, harán pasar por suyas las aventuras ajenas.

Así se construye el romanticismo del crimen.

Y al joven, a veces un crío, le empieza a dar vueltas la cabeza. Se siente entusiasmado, quiere imitar a sus héroes vivos. Les sirve de mensajero, bebe las palabras de sus bocas, acecha sus sonrisas y atrapa cada una de sus palabras. A decir verdad, en la cárcel este muchacho no puede meterse en otro lugar que no sea con los ladrones, pues los funcionarios corruptos y los transgresores de las leyes de los koljoses huyen de estos jóvenes ladronzuelos que van camino de convertirse en reincidentes.

En este engrandecimiento fanfarrón de su propia persona se oculta, sin duda, cierto sentido estético, similar al de la literatura. Si la prosa de ficción del hampón es el «novelo», una obra contada en voz alta, semejantes charlas son una especie de memorias orales. Aquí no se discuten cuestiones técnicas de las operaciones criminales, sino que se narra con verbo inspirado como «Kolka el Risas le dio el pasaporte a un fideo», o como «Katka la Ciudades se cameló al mismísimo fiscal»; en una palabra, se trata de unos recuerdos contados en época de vacaciones.

Y su efecto corruptor es enorme.

1959

Son todos asesinos o ladrones,
como el destino decidió.
Me he prendado de sus tristes ojos
y sus mejillas demacradas.
Mucha maldad hay cuando ríe un asesino,
sus corazones son sencillos,
mas tuercen las azules bocas
en sus renegridos rostros.

La etapa que se dirigía hacia el norte a través de las aldeas de los Urales era una expedición de manual, tanto se parecía a lo leído en Korolenko, en Tolstói, en Figner o en Morózov...[27] Corría la primavera del año veintinueve.

Escoltas borrachos con ojos de loco, repartiendo golpes y culatazos y a cada instante el chasquido del cierre de un fusil. Un preso de la secta de Fiódorov,[28] que mal-

27. Vera Figner (1852-1942), Nikolái Morózov (1854-1946), revolucionarios populistas.
28. Secta religiosa perseguida por el poder soviético.

decía a los «dragones»; paja fresca sobre el suelo de tierra de los cobertizos en las isbas del trayecto; gente enigmática tatuada, con gorros de ingeniero,[29] interminables controles, pases de lista, recuentos, recuentos, recuentos...

La última noche antes de la etapa a pie, una noche salvadora. Y mirando las caras de los compañeros, los que conocían los versos de Yesenin —que en 1929 no eran pocos— se asombraban de las palabras en extremo precisas del poeta:

> [...] mas tuercen las azules bocas
> en sus renegridos rostros.

Todos tenían las bocas justamente azules, y las caras, negras. A todos se les torcían las bocas, a causa del dolor, por las numerosas grietas sangrantes de los labios.

En cierta ocasión, cuando por alguna razón resultaba más llevadero caminar, o bien el tramo era más corto que otros —hasta el punto de que todos se dispusieron a pasar la noche cuando aún era de día y descansaban—, en el rincón donde se reunían los ladrones se oyó un canto en voz baja, más bien un recitativo acompañado de una melodía inventada:

> No me quieres, ni de mí te apiadas...

29. Gorros de modelo y aspecto militar que llevaban los ingenieros ferroviarios.

El ladrón acabó de cantar la romanza ante muchos oyentes que se reunieron a su alrededor y añadió con aire importante:

—Prohibida.

—Es Yesenin —dijo alguien.

—Pues que sea Yesenin —comentó el cantor.

Ya entonces, solo tres años después de la muerte del poeta, su popularidad en los ambientes del hampa era muy grande.

Era el único poeta «aceptado» y «santificado» por los hampones, gente que no sentía gran aprecio por la poesía.

Más tarde los hampones hicieron de él un «clásico»; entre ellos, tratarlo con respeto se convirtió en algo de buen tono.

Poesías como «Llora, acordeón», «De nuevo aquí beben, se pelean, lloran», las conoce todo hampón instruido. Es bien conocida la «Carta a la madre». Pero los «Motivos persas», los poemas y los primeros versos son completamente desconocidos.

¿Qué es lo que hace de Yesenin un poeta que llega al alma del hampón?

En primer lugar, una sincera simpatía hacia el mundo del hampa recorre toda la poesía de Yesenin. Una simpatía expresada repetidamente, de manera directa y clara. Recordamos bien sus versos:

Todo lo vivo cual señal marcada
asoma desde la primera edad.

Si no hubiera sido yo poeta,
quizá sería hoy un pillo y un ladrón.

Los hampones también recuerdan estos versos. Al igual que los más tempranos (1915) «En la tierra donde crece la ortiga amarilla» y otros muchos, muchos más.

No se trata solo de las referencias directas. No es solo «El hombre negro», poema en el que Yesenin se considera a sí mismo un verdadero hampón:

Era un hombre aquel aventurero,
pero de la más alta
y mejor factura.

La atmósfera y la actitud y el tono de toda una serie de versos de Yesenin sintonizan con el mundo del hampa.

¿Qué notas familiares oyen los hampones en la poesía de Yesenin?

Ante todo son las notas de añoranza, de todo aquello que suscita la compasión, todo lo que resulta cercano al «sentimentalismo carcelario».

No he llegado a hacer daño
a alimaña alguna, nuestros hermanos más pequeños.

Los hampones interpretan los versos sobre un perro, o un zorro, sobre las vacas y los caballos, como la expresión de un hombre cruel con los hombres y tierno con los animales.

Los hampones pueden acariciar a un perro y al instante despedazarlo vivo; son gente sin barreras morales, y en cambio su curiosidad es grande, en especial si se trata de saber si «¿saldrá o no con vida?». Habiendo empezado ya desde la infancia a observar una mariposa con las alas arrancadas o un pajarillo con los ojos reventados, al hacerse mayor saca los ojos a un hombre con la misma curiosidad que sentía de niño.

Y tras los versos de Yesenin sobre los animales creen ver en él a un alma gemela. No perciben estos versos con trágica seriedad. Los versos les parecen una declaración rimada con habilidad.

Son muy sensibles a las notas de desafío, de protesta y de desesperación, elementos propios de la poesía de Yesenin. No les hacen falta todos esos «Barcos-yeguas» o los «Pantocrátor» del poeta. Los hampones son realistas. Es mucho lo que no entienden en sus versos, y lo que no comprenden lo rechazan. Perciben los versos más sencillos de «Moscú de las tabernas» como una impresión que sintoniza con su alma, con su mundo cotidiano del subsuelo, con sus prostitutas y sus jaranas clandestinas.

Las borracheras, las bacanales, la exaltación del libertinaje, todo halla su eco en el alma del ladrón.

Dejan de lado la lírica paisajística del poeta, ignoran los versos sobre Rusia, nada de todo esto les interesa lo más mínimo a los hampones.

Porque en los versos que conocen y que les son queridos a su manera, hacen los cortes que se les antoja; así, en

la poesía «Llora, acordeón», las tijeras del hampa han cortado los últimos versos a causa de estas palabras:

Querida, lloro.
Perdóname..., perdón.

Las blasfemias que Yesenin incorpora a los versos suscitan siempre admiración. ¡Cómo no! Y es que el habla de cualquier hampón está empapada de los juramentos más enrevesados, más versátiles, más perfectamente insultantes; es su léxico, su manera de ser.

Y he aquí que ante nosotros tenemos a un poeta que no olvida este aspecto tan importante de su tarea.

La poetización del mundo criminal también contribuye a popularizar a Yesenin entre los ladrones, aunque se diría que, en este aspecto, el poeta no tendría que sintonizar con el entorno criminal. Porque los ladrones, a los ojos de los «fraiers», tienden a distinguirse radicalmente de los simples gamberros, pues son en realidad un fenómeno del todo distinto a estos, son incomparablemente más peligrosos. Sin embargo, desde la perspectiva del «hombre sencillo» el gamberro es mucho más peligroso que el ladrón.

Los ladrones interpretan el gamberrismo de Yesenin, glorificado en sus poesías, como un suceso ocurrido en un tugurio, como una de sus parrandas clandestinas, una de sus borracheras descontroladas y siniestras.

Soy igual que vosotros, un perdido.
Y ya no puedo dar marcha atrás.

Cada una de las poesías de *Moscú de las tabernas* contiene notas que resuenan en el alma del hampón; qué les importa la profunda humanidad, la luminosa lírica presente en los versos de Yesenin.

Los hampones quieren conseguir de todo esto los versos que sintonizan con su modo de ser. Y esos versos están ahí; ese tono del hombre enfadado con el mundo, humillado por los hombres, está presente en Yesenin.

Hay también otro aspecto de su poesía que lo acerca a las ideas que dominan el mundo del hampa, al código de este mundo.

Se trata de la relación con la mujer. El hampón trata a las mujeres con desprecio, considerándolas seres inferiores. La mujer no merece nada mejor que escarnio, bromas groseras y golpes.

El hampón no piensa en absoluto en los hijos; en su moral no existen obligaciones hacia ellos; no hay conceptos que lo liguen a los «descendientes».

¿Quién será su hija? ¿Una prostituta? ¿Una ladrona? ¿Quién será su hijo? Es algo que al hampón le trae sin el menor cuidado. ¿O es que el hampón no está obligado «por ley» a ceder a su amiga a un compañero de más «autoridad»?

Y he esparcido
mis hijos por la tierra.

Y he entregado a mi mujer
a otro, sin pensarlo.

Y aquí los principios éticos del poeta se corresponden plenamente con las normas y gustos iluminados por las tradiciones y la vida cotidiana del hampa.

¡Bebe, culebra, bebe!

Los versos de Yesenin sobre las prostitutas borrachas los conocen los hampones al dedillo y hace tiempo que los han hecho suyos. Al igual que «Canta una buena canción el ruiseñor», «Tú no me quieres, no me cuidas», con una melodía artesanal, forman parte del tesoro del «folclore» del hampa.

No relinches, mi troika tardía,
nuestra vida ha sido fugaz.
Y tal vez la litera mañana
me dará el reposo final.

Los hampones sustituyen la litera del hospital por la del presidio.

El culto a la madre, a la par que la actitud grosera, cínica y llena de desprecio hacia la mujer-esposa, es un rasgo típico del día a día del hampa.

Y en este sentido, la poesía de Yesenin reproduce con extraordinaria sutileza los conceptos del mundo del crimen.

Para el hampón la madre es objeto de una gran ternura sentimental, es el *sancta sanctorum*. Ello también forma parte de las normas de buena conducta de un ladrón, de sus tradiciones «espirituales». Combinándose con la actitud grosera hacia la mujer en general, la actitud sentimentaloide y empalagosa hacia la madre se nos aparece como algo falso y engañoso. Sin embargo, el culto a la madre constituye la ideología oficial del hampa.

La primera «Carta a la madre» («Tú aún vives, mi viejita...») la conocen prácticamente todos los hampones. Estos versos son «El pajarito de Dios»[30] del hampa.

Pero es que todas las poesías de Yesenin dedicadas a la madre, aunque no pueden compararse con la «Carta», de todos modos son conocidas y bien vistas.

En cierta medida, los estados de ánimo que respiran las poesías de Yesenin coinciden de manera asombrosamente ajustada y fiel con los conceptos del mundo del hampa. Esto es lo que explica justamente la gran y especial fama de que goza el poeta entre los ladrones.

Con el deseo de subrayar de alguna manera su proximidad con Yesenin, de hacer patente a todo el mundo su relación con los versos del poeta, los hampones, con la teatralidad que los caracteriza, se tatúan versos de Yesenin en el cuerpo. Los versos más populares que encontramos, mezclados con variados dibujos eróticos, naipes y lápidas funerarias, en gran número de hampones jóvenes, son:

30. Conocida poesía de Pushkin.

Cuán pocos caminos recorrí,
cuántos errores cometidos.

O

Si hemos de arder, ardamos como el fuego,
no lograrás quemar a quien se haya consumido.

Aposté a la dama de picas,
mas con el as de diamantes jugué.

Se me antoja que no ha habido otro poeta en el mundo al que se le haya hecho semejante publicidad. Este honor peculiar le ha correspondido solo a Yesenin, «reconocido» poeta en el mundo del hampa.

Este reconocimiento es fruto de un proceso. Desde que aparece un somero interés, tras un primer contacto, hasta que los versos de Yesenin se incorporan a la obligatoria «biblioteca del joven hampón», con la aprobación de todos los capos del mundo subterráneo, han pasado dos o tres decenas de años. Se trata de los mismos años en que Yesenin no se publicaba o se publicaba poco (*Moscú de las tabernas* no se publica ni ahora). Por este motivo el poeta suscitaba tanta más confianza e interés entre el hampa.

Al mundo del crimen no le gustan los versos. La poesía no tiene nada que hacer en este mundo siniestro. Yesenin es una excepción. Cabe subrayar que aquí ni su biografía ni su suicidio han desempeñado en su éxito papel alguno.

Los delincuentes profesionales no conocen el suicidio; el porcentaje de suicidios en el hampa es igual a cero. Los ladrones más instruidos se explicaban la muerte trágica de Yesenin por el hecho de que, de todos modos, el poeta no era del todo un ladrón, sino algo parecido a un «gusano», un «fraier echado a perder», del cual, según ellos, poco se puede esperar.

Pero, claro está —y esto lo dirá cualquier hampón, instruido o no—, en Yesenin había una «gota de sangre de ladrón».

Cómo «se montan los novelos»

El tiempo en la cárcel es un tiempo largo. Las horas en la cárcel son interminables, porque son monótonas, carentes de argumento. La vida, relegada al intervalo de tiempo que transcurre entre la diana y la retreta, se rige por un reglamento, y en este reglamento se oculta cierto principio musical, cierto ritmo regular de la vida carcelaria, ritmo que introduce una corriente organizadora en el torrente de las conmociones anímicas individuales, dramas personales traídos del exterior, del mundo variopinto que retumba tras los muros de la cárcel. Entran también a formar parte de esta sinfonía presidiaria el cielo estrellado dividido en cuadrículas, el reflejo del sol en el cañón del fusil del centinela en la torre de vigilancia, parecida en su arquitectura a un rascacielos. Forman parte de esta sinfonía el inolvidable chasquido del cerrojo carcelario, su sonido musical, parecido al chasquido que producían los antiguos baúles en los mercados. Y muchas, muchas cosas más.

En el tiempo de la cárcel se dan pocas impresiones externas; por eso el tiempo de reclusión parece después una

sima negra, un lugar vacío, un hoyo sin fondo, desde donde la memoria alcanza a recordar con gran esfuerzo y desgana algún suceso. Al hombre no le gusta recordar lo malo, claro está, y la memoria, que cumple obediente la voluntad oculta de su amo, arrincona en sus escondrijos más oscuros los acontecimientos desagradables. Si es que a esos se les puede llamar acontecimientos. La escala de los conceptos está alterada, y las causas de una pelea sangrienta en la prisión resultan del todo incomprensibles para un observador «ajeno». Luego este tiempo parecerá como carente de argumento, vacío, y se diría que ha transcurrido velozmente; cuanto más rápido se cree que ha sucedido, tanto más despacio se ha prolongado.

Sin embargo, el mecanismo horario no tiene nada de convencional. Es justamente esto lo que pone orden en el caos. Es la red geográfica de los meridianos y paralelos sobre los cuales se trazan las islas y los continentes de nuestras vidas.

Esta regla es válida también para la vida cotidiana, aunque en la prisión su esencia se muestra de manera más descarnada, más incontestable.

Es durante estas larguísimas horas en la celda cuando los ladrones consumen el tiempo no solo con sus «recuerdos», no solo entre alabanzas mutuas, con sus historias monstruosamente jactanciosas, ilustrando sus atracos y demás andanzas. Estos relatos son pura invención, la simulación literaria de unos hechos. En medicina existe el término de «simulación», es decir, una exageración,

cuando una enfermedad sin importancia se exagera, se hace pasar por una dolencia grave. Los relatos de los ladrones se parecen a esta simulación. La moneda de cobre de la verdad se convierte en un rublo de plata que se cambia en público.

El hampón cuenta con quién ha «faenado», dónde ha robado con anterioridad, se presenta ante sus desconocidos compañeros, habla sobre las inaccesibles cajas fuertes Miller que ha reventado, cuando en realidad su «faena» se ha limitado a arrancar unas sábanas blancas de las cuerdas de tender junto a una «dacha» de las afueras.

Las mujeres con las que ha vivido son de una belleza inenarrable y tienen fortunas casi millonarias.

En todas estas mentiras, en las mentiras «memorialísticas», al margen de cierto placer estético narrativo, satisfacción que se extiende tanto al narrador como a sus oyentes, hay además algo más sustancial y considerablemente más peligroso.

La cuestión es que todas estas hipérboles carcelarias constituyen un material de propaganda y agitación del mundo criminal, un material de no poca importancia. Estos relatos son la universidad del hampa, la cátedra de su pavorosa ciencia. Los hampones jóvenes escuchan a los «viejos» y se afirman en su fe. Se llenan de veneración hacia estos héroes de hazañas nunca vistas y sueñan con realizar gestas semejantes. Se produce la iniciación del neófito. Y el joven ladrón recuerda estos preceptos para el resto de su vida.

Quizá el propio narrador-hampón quiere creer, como Jlestakov,[31] en su inspirada mentira. Él mismo tiene la impresión de ser más fuerte y mejor.

Y he aquí que, cuando ya se ha producido el contacto definitivo entre los hampones y sus nuevos amigos, cuando ya se han rellenado los currículums orales de los recién llegados, cuando se han calmado las olas de fanfarronadas y algunos episodios de sus recuerdos, los más picantes, repetidos más de una vez, se rememoran de tal manera que cualquiera de los oyentes, en otras circunstancias, hace pasar por suyas las andanzas ajenas, y a pesar de todo ello el día en la cárcel sigue pareciendo interminable, entonces a alguien se le ocurre una feliz idea...

—¿Y si nos «montamos un novelo»?

Y cierto individuo cubierto de tatuajes se asoma a la luz amarilla de la bombilla de una intensidad tan baja que cuesta leer con ella, se instala más cómodamente y empieza con una letanía inicial, parecida a las acostumbradas primeras jugadas de una partida de ajedrez:

«En la ciudad de Odesa, antes de que estallara la revolución, vivía un conocido príncipe con su bellísima mujer.»

En el argot del hampa, «tísnut»[32] significa «contar», y el origen de este pintoresco «argotismo» no es difícil de

31. Personaje central de la comedia *El inspector* de Nikolái Gógol.

32. En el lenguaje común significa apretar, arrugar, abrazar, pero también teñir, tintar, imprimir.

adivinar. El «novelo» narrado es algo parecido al esbozo (*ótisk*) de una narración.

En cuanto al «novelo», como forma literaria, no es ni mucho menos necesariamente una novela, un relato o un cuento. Puede también ser cualquier tipo de memorias, un filme o un ensayo histórico. El «novelo» es siempre una obra ajena y anónima expuesta de manera oral. En estos casos nadie nombra ni conoce nunca al autor.

La narración ha de ser larga, pues uno de sus objetivos es hacer pasar el tiempo.

El «novelo» es siempre medio fruto de la improvisación, pues, después de haberlo oído antes en alguna parte, parcialmente se olvida y parcialmente adquiere nuevos detalles, cuyo colorido depende del narrador.

Hay varios «novelos» especialmente extendidos y preferidos, varios esquemas escénicos que habría envidiado el teatro de improvisación Semperanté.[33]

Se trata, claro está, de los policíacos.

Es especialmente curioso que los ladrones no rechacen ni mucho menos las novelas policíacas soviéticas actuales. Y no por su falta de ingenio o porque sean sencillamente mediocres: los relatos que ellos escuchan con enorme satisfacción son todavía más vulgares y mediocres.

33. Semperanté (del latín *semper ante*, siempre adelante) es el nombre de un teatro ruso de improvisación que existió en Moscú entre los años 1917 y 1938.

Por otro lado, el narrador es libre de corregir los fallos de las novelas de los Adámov y los Sheinin.

No, a los ladrones simplemente no les interesa la actualidad.

—Nuestra vida la conocemos de sobra —dicen con pleno fundamento.

Los «novelos» más populares son *El príncipe Viázemski*, *La banda del valet de corazones*, el inmortal *Rocambole*, los restos de la literatura barata rusa y la traducida que leían los rusos durante el siglo XIX, cuando no solo era clásico Ponson du Terrail, sino también Xavier de Montépin, con sus «novelas-río» *El detective asesino*, *El inocente castigado*, etc.

De los argumentos tomados de obras literarias consistentes, ocupa un lugar preeminente *El conde de Montecristo*. *Los tres mosqueteros*, por el contrario, no tiene éxito alguno y se considera una novela de humor; se diría que al director francés que filmó *Los tres mosqueteros* como una alegre opereta no le faltaba razón.

Ningún tema místico o fantástico, nada de psicología. Una buena trama y naturalismo con deriva sexual: he aquí la consigna de la literatura oral del hampa.

En uno de los «novelos» se podía reconocer con gran dificultad el *Bel-Ami* de Maupassant. Está claro que tanto el título como los nombres de los personajes son completamente distintos, e incluso el argumento se ha visto sometido a cambios profundos. Pero el esqueleto de la obra —la carrera de un proxeneta— se ha mantenido.

Los «novelistas» hampones han remodelado *Anna Karénina* exactamente igual que lo hiciera en su puesta en escena el Teatro Artístico. Se ha dejado a un lado toda la línea de Levin y Kitty. Tras quedarse sin decorados y con los apellidos de los personajes cambiados, la obra producía una impresión extraña. Un apasionado amor que surge de improviso. Un conde que coquetea con la heroína en la plataforma de un vagón. La visita de la madre descarriada a su hijo. El viaje del conde con su amante al extranjero. Los celos del conde y el suicidio de la heroína. Solo por las ruedas del tren, por las referencias de Tolstói al vagón tomadas de la novela, se puede entender de qué se trata.

Se cuenta y se escucha de buena gana *Los miserables*. Los hampones rusos se encargan de corregir los errores y las ingenuidades del autor al representar a los criminales franceses.

Incluso a partir de la biografía de Nekrásov (al parecer sacada de un libro de Chukovski) se cocina una impactante novela policíaca, donde el héroe central es Pánov (!).[34]

Los narradores aficionados cuentan estos «novelos» con voz monótona y aburrida; entre los narradores hampones es raro encontrar verdaderos artistas: poetas y actores

34. Nikolái Nekrásov (1821-1877), poeta, publicista y editor ruso de orientación social, enamorado de Avdotia Panáyeva, vivió con esta interesante mujer y su marido, el escritor Iván Panáyev, lo que dio lugar en su tiempo a los comentarios de rigor. En el «novelo» el marido, Panáyev, se transforma en Pánov.

innatos, capaces de colorear cualquier argumento con mil sorpresas; entonces se reúnen a escuchar a estos maestros todos los hampones que se hallan en aquel momento en la celda. Nadie se irá a dormir hasta el amanecer y la fama clandestina de este maestro viajará muy lejos. La celebridad de uno de estos «novelistas» no solo hará palidecer sino que superará incluso la fama de cualquier Kaminka o Andrónikov.[35]

Sí, así se llama a estos narradores: «novelistas». Es un concepto perfectamente establecido, un término del vocabulario del hampa.

«Novelo» y «novelista».

El «novelista», es decir, el narrador, no ha de ser por supuesto necesariamente del hampa. Al contrario, un «novelista» no hampón se valora no menos sino más, porque lo que cuentan los hampones se limita a unas cuantas tramas populares y se acabó. Siempre puede suceder que algún novato llegado de fuera guarde en la memoria alguna historia interesante. Y si sabe contar esta historia será premiado con el interés condescendiente de los ladrones, aunque en estos casos el Arte no puede salvar ni los objetos, ni un paquete o un envío. La leyenda de Orfeo no es más que eso, una leyenda. Pero si no se da un conflicto vital

35. Emmanuil Kaminka (1902-1972), artista, conocido por sus lecturas de relatos, folletines y escenas cómicas. Irakli Andrónikov (1908-1990), escritor ruso, crítico literario, actor, también conocido por sus lecturas de relatos.

parecido, entonces el «novelista» recibirá un lugar en las literas junto a los hampones y un plato más de sopa durante la comida.

De todos modos, no conviene creer que los «novelos» existan solo para acortar las horas en la cárcel. No, su significado es mayor, más profundo, más serio, más importante.

El «novelo» representa casi el único contacto del hampón con el arte. El «novelo» responde a la necesidad estética, deformada pero poderosa, del hampón, que no lee ni libros, ni revistas ni diarios, «se zampa la cultura» (expresión específica de su argot) en la forma de esta variedad oral.

El escuchar los «novelos» constituye una suerte de tradición cultural que los hampones respetan sobremanera. Los «novelos» se han contado desde tiempos inmemoriales y están bendecidos por toda la historia del mundo criminal. Por eso se considera de buen tono escuchar los «novelos», apreciar y proteger este género de arte. Los hampones son los mecenas tradicionales de los «novelistas», están educados en estos gustos y nadie se negará a escuchar a un «novelista», aunque uno tenga ganas de bostezar hasta crujirle los huesos. Por supuesto, está claro que los asuntos relacionados con los atracos, las discusiones sobre temas de sus robos, así como el obligado y apasionado interés por los juegos de cartas en todo su desafuero e ímpetu, todo eso es más importante que los «novelos».

Uno se entrega a los «novelos» en los momentos de ocio. En la cárcel está prohibido jugar a las cartas, y aunque una baraja se fabrica con la ayuda de un pedazo de hoja de

diario, una punta de lápiz de tinta y un trozo de pan masticado a una velocidad inusitada, tras la cual se percibe la experiencia milenaria de generaciones de ladrones, de todos modos en la cárcel no siempre, ni mucho menos, se puede jugar a las cartas.

Ningún hampón admite que no le gustan los «novelos». Estos parecen bendecidos por las confesiones de fe del hampa, están incorporados a su código de conducta y responden a sus necesidades espirituales.

A los hampones no les gustan los libros, no les gusta leer. Es muy raro encontrar entre ellos a personas educadas desde niños a amar los libros. Estos «monstruos» leen casi a escondidas, casi ocultándose de sus compañeros; temen las bromas venenosas y groseras, como si hicieran algo indigno de un hampón, algo más propio del maligno. A pesar de envidiar a los intelectuales, los odian y en toda muestra de un exceso de «educación» ven algo que les es ajeno y extraño. Y al mismo tiempo este mismo *Bel-Ami* o *El conde de Montecristo*, cuando se les aparecen en la forma de un «novelo» suscitan el interés de todos.

Es cierto que el hampón-lector podría explicarle al hampón-oyente de qué trata la obra, pero… es grande el poder de la tradición.

Ningún investigador de la literatura, ningún memorialista toca ni de lejos este tipo de narración oral, presente desde la oscuridad de los tiempos hasta nuestros días.

El «novelo», en la terminología de los «urkas», no es solo una novela, y la cuestión no se limita al cambio de

acento.[36] También movían el acento las doncellas instruidas, atraídas por Antón Kréchetov, así como la Nastia de Gorki mientras hojeaba *Un amor fatal*.

El «montar novelos» es una antiquísima costumbre de los hampones, con toda la obligatoriedad religiosa, incrustada en el credo del hampón al igual que jugar a las cartas, las borracheras, la depravación, los atracos, las fugas y los «juicios de honor». Es un elemento imprescindible de la vida cotidiana del hampa, es su literatura.

El concepto de «novelo» es bastante amplio. Incluye en sí diversos géneros de prosa. Es una gran novela o una narración, cualquier cuento, un documento etnográfico basado en la realidad, como también un estudio histórico o una pieza teatral, un montaje radiofónico, el relato de una película vista que de la pantalla retorna al guión. La carcasa argumental se entrelaza con la propia improvisación del narrador, y en sentido estricto un «novelo» es una creación del momento, como un espectáculo teatral. Surge una única vez, convirtiéndose en algo aún más efímero y frágil que el arte del actor sobre un escenario, pues el actor se atiene, en cualquier caso, al sólido texto que le impone el dramaturgo. En el conocido «teatro de la improvisación» hay mucha menos improvisación que la que se permite el «novelista» de la cárcel o del campo.

36. En el original ruso la novela (*román*) se distingue del «novelo» por el cambio de acento (*roman*).

Los «novelos» antiguos, del tipo de *La banda del valet de corazones* o *El príncipe Viázemski*, hace ya más de cincuenta años que han desaparecido del mercado del lector. Los historiadores de la literatura se rebajan a citar tan solo *Rocambole* o *Sherlock Holmes*.

Las narraciones populares rusas del siglo XIX se han conservado hasta hoy en la clandestinidad del hampa. Los hampones «novelistas» cuentan, «montan», justamente estos viejos «novelos». Son algo parecido a los clásicos del hampa.

En la mayoría de los casos, el narrador común puede relatar la obra que había leído en libertad. Y para su gran asombro no descubrirá *El príncipe Viázemski* hasta que vaya a parar a la cárcel, tras oírlo de boca de un «novelista» hampón.

«Aquellos hechos ocurrían en Moscú, en el barrio de Razguliái; allí visitaba un local de la alta sociedad el conde Potocki. Era un muchacho joven, corpulento...»

—Sin prisas, sin prisas —le piden los oyentes.

El «novelista» ralentiza el ritmo del relato. Y el hombre cuenta la historia hasta el agotamiento total, puesto que hasta que no se duerma aunque sea uno de los oyentes, se considera de mal gusto interrumpir el relato. Las cabezas cortadas, los fajos de dólares, las piedras preciosas halladas en el estómago o en los intestinos de cierta excelentísima «mariana» se suceden uno tras otro en esta historia.

Por fin el «novelo» acaba; el «novelista» se arrastra agotado a su sitio y los oyentes satisfechos extienden sus multicolores mantas de guata, pieza de uso cotidiano e imprescindible para todo hampón que se precie.

Así ocurre con los «novelos» en la cárcel. Pero no en el campo.

La cárcel y el campo de trabajo son dos cosas distintas, a pesar de su aparente similitud, muy alejadas la una de la otra por su contenido psicológico. La cárcel está más cerca de la vida normal que el campo.

El casi siempre inocente tono que tiene para el «fraier» el dedicarse a la tarea de «novelista» aficionado en la cárcel, adquiere de pronto un reflejo trágico y siniestro en el campo.

Todo parece seguir igual. Los mismos hampones que solicitan el servicio, las mismas horas vespertinas para la narración, igual temática de los «novelos». Pero aquí los «novelos» se cuentan a cambio de una corteza de pan, por un «platillo» de sopa vertida en la escudilla de una lata de conservas.

Aquí hay tantos «novelistas» como quieras. Los pretendientes a esta corteza de pan o al plato de sopa son decenas de seres hambrientos, y ha sucedido que un «novelista» medio muerto se desmayara de hambre durante el relato. En previsión de tales casos, se introdujo la costumbre de ofrecerle al «novelista» de turno unas cucharadas de sopa antes de «montarse» el «novelo». Y esta sabia costumbre echó raíces.

En las superpobladas celdas de aislamiento de los campos —algo parecido a una cárcel dentro de una cárcel—, los que por lo general distribuyen la comida son los comunes. La administración se ve impotente para luchar

contra este orden de cosas. Después de que los hampones sacien su hambre, acceden a la comida el resto de los habitantes del barracón.

Ilumina el enorme barracón con el suelo de tierra una «fumarola», una lámpara de queroseno.

Todos, salvo los ladrones, han estado trabajando todo el día, han pasado largas horas en medio de un frío helado. El «novelista» quiere entrar en calor, quiere dormir, acostarse, sentarse, pero mucho más que dormir, entrar en calor y recuperar la calma, quiere comer, comer lo que sea. Y tras un increíble y titánico esfuerzo de voluntad pone en marcha su cerebro y se lanza a contar un «novelo» de dos horas para contento de los hampones. Y justo cuando acaba de contar la aventura policíaca, el «novelista» se traga la «sopita», un plato ya frío y cubierto por una capa de hielo, y lame hasta la última gota, hasta dejarlo seco, el platillo casero de hojalata. No necesita la cuchara, los dedos y la lengua le servirán mucho mejor que cualquier cubierto.

Extenuado, intentando constantemente llenar en vano, siquiera por un minuto, el escuálido estómago, un estómago que se devora a sí mismo, el exprofesor se ofrece como «novelista». El profesor sabe que en caso de tener éxito, de recibir el plácet de sus clientes, le darán de comer y lo librarán de las palizas. Los hampones confían en sus dotes de narrador, por muy extenuado y baldado que esté. En el campo, a la gente no se la mide por sus ropas, y cualquier «fuego» (nombre pintoresco que se da a un desarrapado cubierto de harapos, con la guata asomando por

muchas partes del chaquetón) puede resultar ser un gran «novelista».

Tras ganarse su sopa y, con un poco de suerte, una corteza de pan, el «novelista» mastica tímido en un oscuro rincón del barracón, despertando la envidia de sus compañeros que no saben «montar novelos».

En el caso de un golpe de suerte aún mayor, al novelista lo invitarán incluso a un pitillo de *majorka*. ¡Y esto ya es el colmo de la felicidad! Decenas de ojos seguirán el movimiento de sus dedos temblorosos, que lían un pitillo con el tabaco. Y si el «novelista» deja caer en un movimiento torpe varias preciosas hebras de *majorka* al suelo, puede echarse a llorar con lágrimas de verdad. ¡Cuántas manos se alargarán hacia él en la oscuridad, para encender su cigarrillo en la estufa y, al echar una calada, inspirar siquiera una sola vez el humo del tabaco! Y más de una voz servil dirá a sus espaldas la fórmula mágica «fumamos», o empleará el misterioso sinónimo de esta fórmula, «cuarenta...»[37]

Esto es un «novelo» y un «novelista» en el campo.

Desde el día de su triunfo, al novelista no dejarán que lo ofendan, no permitirán que le peguen e incluso le darán mejor de comer. El hombre ya pide sin miedo a los hampones que lo inviten a fumar y los hampones le darán

37. «"Déjame acabar el 40% de tu pitillo", dicen los presos al comprobar que algún afortunado se dispone a fumar. Pedir medio pitillo es inútil, pero pretender el 40% [...] ya es más factible.» Del *Manual del gulag* de Jacques Rossi (edición rusa). .

sus colillas. El «novelista» ya ha recibido un título nobiliario y ya se ha puesto la librea de ayuda de cámara de la corte. Cada día debe estar preparado para un nuevo «novelo» —¡pues la competencia es grande!—, y será un alivio para él la noche en que sus amos no estén de humor para saborear sus alimentos culturales, para «tragar cultura», y el hombre pueda irse a descansar, a dormir como un tronco. Pero incluso en estos casos su sueño puede verse brutalmente interrumpido si a los hampones de pronto se les ocurre suspender una partida de cartas (cosa que, por supuesto, ocurre muy raramente, pues cualquier *terts* o un *stos* valen más que cualquier «novelo»).

Entre estos hambrientos «novelistas» se pueden encontrar también «ideólogos», sobre todo tras varios días de relativa saciedad. Y estos intentarán contar a sus oyentes algo más serio que *La banda del valet de corazones*. Un «novelista» de estos se siente como un trabajador de la cultura junto al trono del hampa. Entre ellos hay antiguos escritores, orgullosos de mantenerse fieles a su primera profesión, a un arte que se muestra en tan sorprendentes circunstancias. Los hay que se sienten encantadores de serpientes, flautistas que tocan ante el enroscado ovillo de unas serpientes venenosas…

* * *

¡Cartago debe ser destruida!
¡Hay que exterminar el mundo del hampa!

Posfacio

El milagro de Shalámov y su obra

¿Cómo enfocar un comentario sobre los *Relatos de Kolimá*? ¿Hay algo nuevo que añadir al propio texto, algo que aclarar sobre esta gran obra, seis ciclos contundentes, arrebatadores, verídicos, pavorosos y al mismo tiempo bellos? ¿Algo nuevo que decir, cuando incluso el propio autor lo hace en este último libro, en estos *Ensayos*, en este nuevo intento para llegar a entender y hacerse entender? ¿Algo que aportar a este ignominioso capítulo de la violencia política, de la inhumanidad humana, cuando, a mi entender, la mayoría de los lectores de Shalámov ya se han creado un cuadro de la realidad que el autor convierte en documento? Más aún, cuando el lector tiene suficientes elementos para conocer, si no los conoce ya, el mundo de los campos de trabajo soviéticos, uno de los mayores crímenes del siglo XX. Finalmente, ¿es lícito hacerlo, entrometerse en estas últimas palabras de Shalámov?

Y sin embargo, creo que es bueno recordar el milagro que representa la supervivencia del autor y la permanencia de su obra. Que el autor sobreviviera a la vorágine de los campos, al proceso de explotación, deshumanización y

exterminio engendrado por el régimen soviético, y que además lograra escribir sus cuadernos, que estos no desaparecieran en los desvanes del tiempo soviético o en los archivos del KGB y, finalmente, que se publicaran y que hayan llegado hasta nosotros, todo esto no puede llamarse de otro modo que milagro.

La vida de Varlam Tíjonovich Shalámov, el hecho de que superara los setenta años, también es un milagro, y más tratándose de un hombre de principios firmes, irrenunciables. La dilatada vida de un hombre que se niega a doblegarse, en un mundo donde hasta los árboles se inclinan para sobrevivir a los ataques del clima, no deja de ser un hecho tan asombroso como difícil de explicar.

Pero que este superviviente de los campos, tras inacabables años de condena, de privaciones y agonías, lograra, además de sobrevivir, escribir estos relatos, es algo que supera lo imaginable. Y finalmente, que los relatos que, con la fuerza de un puñetazo dirigido a la cara de sus verdugos, construyan tal vez el mayor alegato, el más contundente, claro y hermoso contra el terror de los campos de trabajo es aún más inaudito.

La mayoría de los supervivientes del terror en el siglo XX, sean las víctimas del exterminio nazi, las de los campos de trabajo soviéticos o incluso las de las diferentes guerras que asolan el siglo, sea del terror que sea, la gran mayoría calla, no quiere recordar. Pero no es el caso de Shalámov. A pesar de la convicción de lo imposible, inútil

y estéril que es transmitir recuerdos, sensaciones, sentimientos, experiencias; a pesar de las repetidas aseveraciones dirigidas al lector de que sobre esto no hay que hablar, ni escribir, ni leer, no obstante, el autor, en su habitación del extrarradio de Moscú y, años más tarde, cuando es rehabilitado, en su cuarto del piso comunal de la capital, escribe entre los años cincuenta y setenta, en unos cuadernos escolares, uno tras otro, sus breves, hermosos y demoledores relatos.

Al margen del aspecto más notable de estos, su calidad literaria —claridad, concisión y sencillez—, sorprende el hecho de que no hayan desaparecido, de que no hayan compartido la suerte de incontables textos —cuadernos de notas, memorias y diarios, versos y poemas, relatos, novelas y dramas—, destruidos la mayoría por el poder soviético y por el tiempo.

Detengámonos pues en dilucidar brevemente —a través de un recorrido por la vida del autor— las circunstancias que hicieron posible el milagro.

La firmeza moral, la personalidad indoblegable de Varlam Shalámov se forman enfrentadas a otro carácter fuerte, el de su padre Tijon, pope y hombre profundamente religioso, parecido a su hijo en rigor pero muy distinto en sus creencias. Nadezhda, la esposa de Tijon Shalámov, engendra un hijo fanáticamente ateo. El padre, un hombre en otro tiempo misionero en Alaska, amante

de la caza que, por costumbre y necesidad, cría y sacrifica, claro está, animales domésticos, educa a un hijo que, en cambio, como confiesa Varlam en sus memorias, es incapaz de matar a un ser vivo ni por lo mismo alimentarse de su carne. Pero la fidelidad extrema y obstinada a sus respectivos idearios, su firmeza moral, será muy semejante en padre e hijo.

El pequeño de cinco hermanos, será el hijo más querido de su madre, una maestra que abandona su profesión para entregarse a la familia. Ella enseñará a Varlam a leer a los tres años y de ella, escribe el hijo, recibirá su amor a las letras y a la poesía.

Nacido en Vologda en 1907, vive la revolución a través de los ojos de su padre, que en la de febrero ve el principio de las libertades y en la de octubre intuye espantado el final de las esperanzas. Varlam, a pesar de ser testimonio de los excesos del poder bolchevique con los que se instala el nuevo régimen en su ciudad, es un firme partidario del poder soviético. (De hecho, a su manera, no dejará de serlo hasta el final de sus días.)

Viaja a Moscú para iniciar su carrera universitaria, pero, como hijo de pope, trabaja en una fábrica de curtidos. Según algunos biógrafos, trata de borrar el estigma de ser un «elemento de las clases explotadoras»; según otros, el objetivo es forjarse en el trabajo proletario y adquirir así el derecho de ingresar en los estudios superiores, acceso solo permitido a los hijos de proletarios y campesinos pobres.

A los dos años de estudiar en la Facultad de Derecho Soviético, será expulsado tras una denuncia en la que un compañero lo desenmascara, acusándolo de ocultar su origen.

En la universidad se suma a la oposición leninista de izquierdas, enfrentada a la política de Stalin. La difusión del llamado «Testamento de Lenin» será el motivo de su primera detención.

Nos encontramos todavía en los años en que la persecución de la oposición leninista, ya entonces estigmatizada como trotskista, es relativamente benévola. Y en 1929 Shalámov es condenado, como «elemento socialmente peligroso» —por difundir la «Carta al Congreso» del partido en la que Lenin, ya muy enfermo, reclamaba retirar a Stalin del cargo de secretario general—, a la leve pena de tres años de trabajos forzados en Víshera, en la región de los Urales. Allí trabaja en la construcción de un gran complejo industrial químico-papelero. (A este período dedicará, además de sus páginas autobiográficas, una de sus obras, la «antinovela» *Víshera*.)

De los Urales regresará a Moscú en 1932 con la intención de reintegrarse en la vida cultural. Se casa, colabora en diversas revistas y en 1936 aparece su primera publicación, «Las tres muertes del doctor Austino», incluida en el nº 1 de la revista literaria *Oktiabr*.

La vida común y ordinaria de un joven intelectual soviético, de un marido y padre, con sus ascensos y caídas, sus éxitos (pocos) y fracasos, se ve truncada por la ola de

arrestos de los incontables opositores a Stalin (aunque también de millones de ciudadanos fieles) que se inicia a mediados de los años treinta.

Detenido en enero de 1937, es encerrado en la cárcel de instrucción Butirka; el 2 de junio será condenado por «actividades contrarrevolucionarias trotskistas» (el célebre acrónimo ruso KRTD del artículo 58, el de los «enemigos del pueblo») a cinco años de trabajos forzados en un campo de trabajo correccional. Una condena suave para la época, pues muchos encausados recibirán la condena a «diez años sin derecho a correspondencia», que casi veinte años más tarde los familiares de los condenados descubrirán que significaba la pena de muerte.

Como se puede leer repetidamente en los *Relatos de Kolimá*, en el expediente de los condenados por estas «actividades» aparece el estigma, la indicación expresa de que estos presos solo se podían emplear en los trabajos físicos duros.

Ya a mediados de agosto de 1937 —en la etapa más sangrienta y mortífera de la represión política estalinista— Shalámov llega con una gran partida de presos a Magadán, de donde lo mandan en una de las «etapas» que salían hacia la región de Kolimá, al yacimiento aurífero Partizán. En la región de Kolimá, el extenso territorio de explotación, sobre todo minera, permanecerá en diferentes condiciones y estados hasta finales de 1953.

En diciembre de 1938 es arrestado de nuevo y juzgado por el «caso de los juristas», episodio que, como otros,

recoge en sus relatos. Posteriormente es enviado a la prisión de tránsito para una «cuarentena de tifus».

En abril de 1939, convertido en un «terminal» (es decir, un despojo humano que se precipita por el camino, casi siempre sin retorno, de los que padecen distrofia alimentaria), se salva gracias a que lo mandan con una partida de exploración geológica a la zona de Chornoye ózero (Lago Negro), dedicándose a trabajos de excavación y de ayudante de topógrafo. Circunstancia que narrará, entre otros, en el relato «Sentencia».

Son años de trabajos forzados en los que realiza las más diversas tareas: ayudante de topógrafo, calderero, explorador, pero fundamentalmente el de minero, que son los «trabajos comunes» de un enemigo del pueblo. Como en los años 1940-1942, período en el que trabaja en las minas de carbón de los campos Kadikchán y Arkagalá.

En 1942 da con sus huesos en Dzhelgalá, una mina de castigo donde seguirá destinado a realizar «trabajos comunes», siempre alejado de toda prebenda o de cualquier alivio que pudiera representar no llevar a cabo un trabajo físico a la intemperie o en una mina.

Arrestado en mayo de 1943 por una denuncia, en junio será acusado de «propaganda antisoviética» y condenado por un tribunal militar a diez años más de trabajos forzados. Entre otros delitos, se le castiga por declarar que Iván Bunin —escritor emigrado, premio Nobel de literatura en 1933— es un «clásico ruso». Cualquier pretexto —este, claramente inventado— es bueno para el poder para

alcanzar el principal objetivo: prolongar la condena del preso. Son tiempos de guerra y hay que aprovechar hasta la última gota de sangre de los «enemigos del pueblo». Se trata de la época más dura de los campos —a excepción del período de los fusilamientos en masa—, por la disminución drástica de la ración alimenticia y las duras condiciones de trabajo y de vida.

En otoño es enviado a realizar trabajos auxiliares cerca del poblado Yágodnoye, donde, dada la extrema escasez de alimentos, retorna a la condición de «terminal», a causa de la extenuación, la avitaminosis y de la desnutrición más completa.

En enero de 1944 tiene la inesperada suerte de ingresar en el hospital penitenciario Bélicha. Uno de los milagros a que nos hemos referido, que lo salva de una muerte inminente.

En marzo le dan de alta y es destinado al mismo lugar de condena, a los mismos trabajos que lo condujeron al estado de «terminal».

En verano, gracias a la médica Nina Savóyeva, logra volver a Bélicha, donde trabaja en el hospital como animador cultural y asistente sanitario. No obstante, en 1945 regresa a los trabajos comunes en la mina Spokoini (de la Calma).

En otoño trabaja de talador de árboles en la zona Kliuch Almazni (Manantial de Diamantes). Sin poder soportar el trabajo y el hambre, decide fugarse. Es detenido y condenado de nuevo a trabajar en la mina de castigo de Dzhelgalá.

Cada uno de estos episodios biográficos se verá reflejado en uno o varios relatos.

En 1946, tras llegar de nuevo a un estado de extenuación extrema, va a parar al centro sanitario donde se produce el providencial encuentro con el médico Andréi Pantiujov, un antiguo conocido de otras «resurrecciones», quien, tras sacarlo del pozo de los «terminales», logra mandarlo a unos cursos de formación para practicantes, en los que, dada su condena (KRTD) —actividades contrarrevolucionarias trotskistas—, no podía ni soñar.

Tras acabar en diciembre los cursos de practicante, es enviado en calidad de sanitario a la sección de cirugía del Hospital Central para Presos La Orilla Izquierda, centro médico que da nombre a uno de los ciclos de los *Relatos de Kolimá.*

Gracias a esta profesión conseguirá salvar la vida hasta el final de la condena, en 1951; la liberación definitiva de hecho no se produce hasta septiembre de 1953 (Stalin moría en marzo del mismo año).

De la primavera de 1949 al verano de 1950 trabaja de practicante en el poblado de leñadores Kliuch Duskania (Manantial Duskania). Allí empieza escribir versos, que más tarde entrarán a formar parte de los *Cuadernos de Kolimá.*

A principios de los 50 trabaja de practicante en la sala de ingresos del hospital La Orilla Izquierda.

El 13 de octubre de 1951 concluye su condena. Se emplea en el Dalstrói —organismo que gestiona los campos del Extremo Norte—. Para ahorrar el dinero suficiente que

le permita abandonar Kolimá, trabaja de practicante en los poblados Baragón, Kiubiuma (distrito de Oimiakon, Yakutia). Escribe versos y los envía, mediante la médica Yelena Mamuchashvili, a Moscú, a Borís Pasternak, iniciándose así la correspondencia entre ambos poetas. «El sendero» y «La carta» recogen estos episodios decisivos de su vida.

El 13 de septiembre de 1953 se da de baja del Dalstrói y el 12 de noviembre regresa a Moscú, donde no se le permite residir por no estar aún rehabilitado. Con el relato del viaje del retorno y la llegada a la capital —«Riva-Rocci»— se cierra el ciclo de los *Relatos de Kolimá.*

El mismo día de su llegada consigue pelearse con todos los que pretenden festejar su libertad. Descubre el abismo que se abre entre los «civiles», como su familia, y aquellos que han pasado por una experiencia como la suya. La esposa, formalmente separada de él, recibe, tras diecisiete años de ausencia, a su marido. Durante el encuentro en honor del «resucitado», uno de los invitados expresa en un brindis la confianza en que Shalámov «demostrará al Estado su lealtad revolucionaria», palabras que provocan la ira del homenajeado, que decide abandonar el lugar, «pues no podía dormir bajo el mismo techo que aquella gente».

Tal vez el único acontecimiento memorable que se produce antes de partir al kilómetro 101 —frontera radial dentro de la cual no podían residir los antiguos presos «enemigos del pueblo» hasta su rehabilitación— es la visita que le hace a Borís Pasternak al día siguiente de su llegada. Ya entonces Pasternak le ofrece leer la primera parte de *Doctor*

Zhivago. En el encuentro, Pasternak escucha las poesías que le recita Shalámov y le recita las poesías de *Doctor Zhivago*. Al día siguiente Shalámov parte hacia su temporal exilio.

Al final encontrará un empleo de administrativo en una empresa de extracción de turba de un pueblo llamado Turkmén, en la región de Kalinin. Aunque ya en los campos de trabajo se dedica a la literatura —sobre todo a la poesía—, es en 1954, en las horas que le deja libre su trabajo, cuando empieza a escribir en pequeñas libretas escolares sus *Relatos de Kolimá*.

En 1956 le llega la rehabilitación por «ausencia de delito». Y es solo entonces cuando regresa, tras casi veinte años, a Moscú.

Dejará atrás dos años de trabajo estéril y agotador —una explotación de turba, empresa con la que nada tiene que ver—, pero también el primer período de su proceso creador. Entonces escribe la mitad de los versos que formarán parte de los *Cuadernos de Kolimá* y, como indican las fechas con las que data sus relatos, obras como «El encantador de serpientes», «Sherry-brandy», «De palabra» y «El pan», entre otras narraciones de *Relatos de Kolimá*.

El autor ya tiene claro que los primeros experimentos literarios de los años treinta han quedado atrás y dibuja los trazos generales de su nuevo estilo. Nada de novelas ni de ficción. El mejor género es el relato, cuyo rasgo primero es la veracidad extrema, o más allá de lo que se puede considerar el mayor grado de verdad. «Nada de desenlaces inesperados ni de fuegos artificiales. Frases escuetas, comprimi-

das, sin metáforas. Una exposición sencilla, correcta, breve de la acción, sin ninguna floritura... Uno o dos detalles incrustados en el relato, detalles mostrados en un primer plano. Detalles nuevos, que nadie ha mostrado antes.»

Toda esta aproximación a un estilo ya formado pero aún no formulado del todo, aparecerá con posterioridad en sus ensayos y cartas dedicados a la «nueva prosa».

Trabaja de corresponsal externo (es decir, eventual) para la revista literaria *Moskvá*. Y se publican en el número 5 de la revista *Znamia* los primeros versos de los *Cuadernos de Kolimá*. Se separa definitivamente de su primera esposa y se casa con la poetisa O. Nekliúdova, con la que tampoco mantendrá una relación satisfactoria. Nadie parece poder convivir con este hombre regresado del más allá, con la visión ética radical que ante la vida adopta el expresidiario.

En 1957 le diagnostican la enfermedad de Ménière y es declarado inválido. De 1959 a 1964 trabaja como corresponsal externo y crítico literario en la revista *Novi mir*. Es entonces cuando los manuscritos del autor «conviven» en la redacción de la revista con la breve novela de Solzhenitsin *Un día de Iván Denísovich*. Esta novela, publicada a finales de 1962, es la primera que traslada a la prosa la experiencia concentracionaria. Ese mismo año Shalámov escribe una larga carta a Solzhenitsin con un detallado análisis de la obra y sobre su enfoque ideológico y estético. Algo parecido hizo años antes en otra extensa carta dirigida a Pasternak en la que analiza en profundidad su novela *El doctor Zhivago*.

Después de felicitar a Solzhenitsin y ofrecerle algún comentario laudatorio, los somete a él y a su obra a un examen riguroso, llegándole a escribir (como aparece en las copias del archivo de Shalámov, pues Solzhenitsin no dio permiso para que se publicara su correspondencia con el autor) comentarios como estos:

«Junto a la enfermería se pasea un gato; algo inaudito en nuestros campos, donde hace tiempo que se lo habrían comido.» «¡En su campo no hay "hampones"! ¡Es un campo sin piojos!...» «Los presos dejan el pan en casa. Comen con cucharas. ¿Dónde está este fantástico campo? O quién hubiera podido pasarse en su día un añito en un campo así.»

Como cabe imaginar, la carta no fue muy bien recibida por su destinatario. Desde entonces ambos escritores mantuvieron una relación conflictiva. Y la razón principal radica en la mirada opuesta tanto hacia el fenómeno de los campos de trabajo como hacia la manera de narrarlo. Solzhenitsin partía de una actitud pragmática y posibilista: lo importante era que la obra llegase al lector. Shalámov, en cambio, perseguía el grado máximo de verdad en sus relatos-documentos, independientemente de que esta verdad fuera tolerada o no por el régimen. Por tanto, no es de extrañar que la obra de Solzhenitsin adquiriera una gran popularidad en la URSS y en el extranjero, y que la de Shalámov se quedara en los cajones de la revista *Novi mir* y únicamente corriera de mano en mano entre la naciente disidencia y al fin apareciera fragmentada (mutilada, según

su autor) en Occidente. El pesimismo y el documentalismo afilado de Shalámov, expresados de forma inapelable, contrasta con la visión moral de Solzhenitsin, tan próxima a Dostoyevski y el estilo de un realismo clásico. Cuando Solzhenitsin decide recopilar los testimonios que constituirán el futuro *Archipiélago Gulag*, invita a Shalámov a que colabore en el proyecto. Shalámov se niega a trabajar con Solzhenitsin, echándole en cara que especule con la experiencia de otros presos, que se aproveche del dolor ajeno en beneficio propio.

En los sesenta en la URSS solo se publican algunos ciclos de sus poesías, como *Shelest lístiev* (*El susurrar de las hojas*). En 1961 aparece en la editorial Sovetski pisátel el libro de poesías *Ógnivo* (*Pedernal*). Pero su actividad principal gira en torno a la epopeya de Kolimá: relatos, crónicas y lo que denominará *Ensayos sobre el mundo del hampa*, que sigue escribiendo a pesar de las escasas esperanzas de verlos publicados.

En 1964 aparece el relato «Stlánik», el único de los relatos de Kolimá publicados en la URSS en vida del autor. (Shalámov narra aquí la curiosa manera de tumbarse, inclinándose sobre el suelo, de este pino enano de Siberia cuando llegan los fríos, narración que, a pesar de su carga simbólica, la censura consideró, al parecer, inocua.)

En febrero de 1966, a propósito del proceso contra los escritores Andréi Siniavski y Yuli Daniel, juzgados y condenados por escribir, enviar y publicar en el extranjero sus relatos, redacta la anónima «Carta a un viejo amigo»,

que se difunde por medio del *samizdat* —así se denominan las copias clandestinas de obras prohibidas mecanografiadas—. La carta, que constituye una de las escasas intervenciones del autor en el movimiento disidente, incrementa el interés del KGB por Shalámov.

Es entonces cuando se divorcia de la escritora O. Nekliúdova y conoce a Irina Sirotínskaya, quien se convierte, gracias a su estrecha amistad con Shalámov y a su condición de trabajadora del Archivo Central de Literatura y Arte de la URSS, en la depositaria de la herencia literaria del escritor y en su albacea testamentaria.

En los años 1966-1967 crea un nuevo ciclo de los *Relatos de Kolimá, La resurrección del alerce*, dedicado a Irina Sirotínskaya. Y en 1967 aparece el tercer libro de poesía, *Doroga i sudbá* (*Camino y destino*).

En 1968-1971 trabaja en la novela autobiográfica *La cuarta Vólogda*, y en 1970-1971 en la «antinovela» *Víshera* y en sus memorias.

Con la salud cada vez más deteriorada, en 1972 se entera de que en Occidente la revista *Posev* —órgano de la emigración, de tendencia ultraconservadora— publica algunos de sus *Relatos de Kolimá.* El autor reacciona con una carta que se publica en la revista literaria *Literatúrnaya gazeta*, en la que muestra rotundamente su enérgica protesta contra la publicación ilegal, hecho que, en sus palabras, no se ajusta ni a la voluntad del autor ni a derecho. Muchos de sus colegas interpretan la carta —en la que el autor declara que los hechos narrados en los *Relatos*

de Kolimá «se han visto superados por la historia»— como una renuncia a su obra, y algunos de ellos rompen relaciones con el escritor. Solzhenitsin llegará a decir que para él «Shalámov ha muerto».

Lo que a Shalámov le irrita en particular —al margen del hecho de que con estas publicaciones se le cierra prácticamente el acceso al lector soviético— es la reproducción fragmentaria de sus obras, que se publiquen aquí y allá algunos relatos, casi siempre, en opinión del autor, con la intención de instrumentalizar sus textos en la Guerra Fría entre ambos bloques; en suma, la extrapolación política de su obra con fines propagandísticos, justamente aquello que tanto critica a Solzhenitsin, quien, a su entender, emplea y dirige su obra más a fines personales y políticos que a hacer literatura. En una carta a Solzhenitsin posterior a 1972, que finalmente no enviará, Shalámov llega a decir lo siguiente a este respecto: «Sé con exactitud que Pasternak fue víctima de la Guerra Fría. Usted es su arma.»

En 1973 aparece su libro de poesías *Moskovskie oblaká* (*Las nubes de Moscú*) e ingresa en la Unión de Escritores de la URSS. Al mismo tiempo trabaja en el ciclo de relatos *El guante o RK-2*, con el que pretende cerrar los *Relatos de Kolimá.*

En 1977 se publica el libro de poesías *Tochka kipenia* (*Punto de ebullición*). Y con motivo de su setenta aniversario es propuesto como candidato a la Insignia de Honor, que finalmente no se le concede. Empeora su estado de salud. Empieza a perder el oído y la vista, se agravan los

ataques de su enfermedad, que le produce una pérdida de coordinación de los movimientos.

En 1978 aparece en Londres, en la editorial Overseas Publications, la primera edición en ruso de *Relatos de Kolimá*. Tampoco en esta ocasión se solicita el permiso del autor.

En 1979 su delicado estado de salud se agrava y después de una estancia en una clínica, con la ayuda de los amigos de la Unión de Escritores, es internado en un asilo para inválidos y ancianos.

En 1980 llega a enterarse de que se le ha concedido el premio del Pen Club de Francia, que tampoco logra recibir. En Estados Unidos aparece en inglés la primera traducción de los *Relatos de Kolimá*, que es acogida con entusiasmo.

En 1981 sufre un infarto. Una selección de sus poesías aparecen en la revista parisina *Vestnik russkogo jristianskogo dvizhenia* (*Noticiario del movimiento cristiano ruso*), hecho que de nuevo desata en la URSS el escándalo en torno al escritor.

En 1981-1982 aparecen en Nueva York dos ediciones en inglés de los *Relatos de Kolimá*. Su estado físico y mental se deteriora. De su percepción de la realidad emergen los hábitos heredados del campo de trabajo, sobre todo el pavor a quedarse sin comida y los viejos usos del preso. Todo ello hace difícil la convivencia con sus vecinos y sobre todo con el personal del centro.

Hasta hoy no tenemos datos suficientes para saber hasta qué punto Varlam Shalámov estaba bajo el control de

las autoridades; aunque, dada la época, es más que probable que estuviera rodeado de informadores. En cualquier caso, aquel anciano que balbuceaba hasta sus últimos días las ya incomprensibles poesías que brotaban de su alma dolorida, que guardaba pedazos de pan bajo la almohada por lo que pudiera suceder, el 15 de enero de 1982, tras el dictamen de una comisión médica, es trasladado de urgencia y sin más atención que la que merece un viejo trozo de carne a un centro de enfermos psíquicos crónicos. A los dos días, el 17 de enero de 1982, morirá.

Es enterrado según el rito cristiano en el cementerio de Kúntsevo de Moscú.

El mismo 1982 aparece en París, con un prólogo de Andréi Siniavski, la edición francesa de sus *Relatos de Kolimá*. Así, tras su ignominiosa muerte, empezará la gloria de Varlam Shalámov.

* * *

Una de sus reflexiones sobre la literatura, escrita en los años sesenta y que lleva el título de «Todo o nada», empieza así:

«En el arte existe la ley de "todo o nada", ahora tan popular entre los cibernéticos. En otras palabras, no hay versos más o menos cualificados. Hay versos y no versos. Esta división es más correcta que la división entre poetas y no poetas. Todo lo no artístico en el arte es antiartístico, enfrentado al arte verdadero.»

El artículo —que se refiere a la distancia, casi imperceptible en lo formal, que a veces separa una obra anodina de una genial, la nada y el todo, y que puede convivir en el mismo creador— sintoniza acertadamente con la actitud de Shalámov ante la vida y la literatura. Su maximalismo ético se extiende a su idea de la vida. No hay medias tintas en la medida del bien hacer: no mentir, no desempeñar cargo alguno que pueda ser causa de dolor ajeno o, sencillamente, nunca ser la causa de la desgracia de los demás. Ser uno mismo, en suma, ser fiel a tus principios, por duras que sean las circunstancias. Credo de corte tolstoyano —tan radical como el del profeta de Yásnaya Poliana, pero más consecuente en Shalámov— que logra mantener en las condiciones más inhumanas durante toda su vida consciente. Como también, durante toda esta, para la época, larga vida, es fiel a la idea de que lo bello nada tiene que ver con lo moral. De ahí que insista paradójicamente en su condición de heredero de los exquisitos y formalistas creadores de la Edad de Plata de la literatura rusa.

Si sobre su integridad moral hablan sus relatos, en los que tras diversas figuras asoma casi siempre el testimonio del autor y protagonista, en cuanto a sus criterios estéticos vale la pena detenerse en ellos aunque sea el tiempo en que se derriten unos copos de nieve.

Su obra es realmente un estudiado golpe contra la violencia, uno de esos golpes que Brodsky, en uno de sus ensayos, considera que habría que dar tras la lectura de Platónov. Dice el poeta que tras la lectura del maestro lo pri-

mero que se le ocurre a uno es cambiar el orden (soviético) existente. Es en este sentido la de Shalámov una obra revolucionaria, de un creador que siempre busca dar respuesta a la pregunta de «cómo contar esto», una respuesta formal diferente en la medida que es distinto lo que pretende narrar. Pues si observamos los procedimientos de expresividad empleados por el narrador, cada uno de los relatos es un ejemplo de esta búsqueda, prácticamente no hay dos que estén construidos de la misma manera. El conjunto de estos relatos es un ejercicio de medido virtuosismo narrativo. Cada historia merece un tratamiento peculiar. Incluso algunas de ellas merecen varias aproximaciones.

Por otro lado, es una obra documental. Ni una gota de falsedad asoma en sus muchas páginas, lo que hace de esta obra —en palabras del propio autor—, más que un testimonio, un documento, una prueba ante el juicio de lo que es capaz de hacer un hombre, de aquello a lo que puede llegar en las condiciones narradas por Shalámov.

En suma, Shalámov, como algunos escritores actuales, recogerá de la realidad hecha añicos, que él ha vivido en primera persona, un mosaico de relatos que, fragmentariamente, parecen perfilar el museo de la violencia en la forma de los más diversos documentos: estadillos etnológicos, estampas, bocetos breves que tratan de botánica, psicología, poética o geografía, que a su vez se pueden considerar poemas en prosa, micronovelas, relatos de aventuras, narraciones cargadas de simbología y, lo que más importante, de arte, de una limpieza formal como la nieve de Kolimá en invierno...

Para acabar, tal vez como prueba de lo dicho, valga la pena aportar un documento escrito por Shalámov, adquirido por el museo de Shalámov de Vólogda en 1996 a un exoficial del KGB. Este renovado, fragmentario e inacabado intento del autor de sintetizar su inenarrable experiencia —que el escritor considera siempre imposible y tal vez inútil intentar trasladarla al lector— sería a mi entender la mejor manera de concluir esta breve presentación de la vida y la obra de Varlam Tíjonovich Shalámov.

QUÉ HE VISTO Y COMPRENDIDO EN LOS CAMPOS

1. [He comprendido] la extraordinaria fragilidad de la cultura humana, de su civilización. El hombre se convierte en una alimaña en tres semanas: si soporta un trabajo duro, el frío, el hambre y las palizas.

2. El medio principal para que se descomponga el alma es el frío; en los campos de Asia Central, seguramente la gente aguantaba más tiempo: allí hace más calor.

3. He comprendido que la amistad, el compañerismo, nunca nacen en circunstancias duras, duras de verdad, con riesgo de tu vida. La amistad nace en condiciones difíciles, pero soportables (en un hospital, pero no en una mina).

4. He comprendido que el sentimiento que el hombre conserva por más tiempo es el de la ira. En un hombre hambriento la carne que le queda solo alimenta la ira; se muestra indiferente hacia todo lo demás.

5. He comprendido la diferencia que hay entre la cárcel, que fortalece el carácter, y el campo, que descompone el alma humana.

6. He comprendido que las «victorias» de Stalin se debían a que este mataba a gente inocente; una organización diez veces menor en número, pero una organización, hubiera barrido a Stalin en dos días.

7. He comprendido que el hombre se ha convertido en hombre porque es físicamente más fuerte, más resistente que cualquier otro animal; en el Extremo Norte ningún caballo resistía el trabajo.

8. He visto que el único grupo de personas que se comportaban de manera algo humana entre el hambre y las humillaciones eran la gente religiosa, los adeptos de las sectas, casi todos, y la mayoría de los popes.

9. Los primeros en corromperse son la gente del partido y los militares.

10. He visto qué convincente argumento era para los intelectuales un simple tortazo.

11. Que el pueblo distingue a los jefes por la fuerza de sus golpes, por su afición a pegar.

12. Las palizas como argumento son casi irrebatibles (el método nº 3).

13. He conocido la verdad sobre la preparación de los misteriosos procesos por boca de los maestros en tales menesteres.

14. He comprendido por qué en la cárcel se enteran de las noticias políticas (el arresto y demás) antes que en la calle.

15. He sabido que las «bolas» en la cárcel (y en el campo) nunca son «bolas».

16. He comprendido que se puede vivir gracias a la ira.

17. He comprendido que se puede vivir gracias a la indiferencia.

18. He comprendido por qué el hombre vive no de esperanzas —no hay esperanza alguna—, ni por la fuerza de su voluntad —¡qué bobada!—, sino gracias al instinto, al sentido de autoprotección, gracias al mismo principio por el que se rigen el árbol, la piedra o el animal.

19. Me enorgullezco de haber tomado la decisión, ya en 1937, de no ser nunca un jefe de brigada, de negarme a que mis decisiones pudieran provocar la muerte de otro hombre, a que mi voluntad estuviera al servicio de los superiores, oprimiendo a otros hombres, presos como yo.

20. Mis fuerzas espirituales y físicas resultaron ser más fuertes de lo que yo suponía en esta gran prueba y me siento orgulloso de no haber vendido a nadie, de no haber mandado a nadie a la muerte, a cumplir una nueva pena, y de no haber escrito ni una denuncia contra nadie.

21. Me siento orgulloso de no haber escrito ninguna instancia hasta el año 1955.[38]

22. He visto sobre el terreno la llamada «amnistía de Beria»: y digo que había que ver.

38. En 1955 Shalámov escribió una instancia para su rehabilitación.

23. He visto que las mujeres son más correctas, más entregadas que los hombres; en Kolimá no se ha conocido ningún caso de un varón que acompañara a su mujer. En cambio, las esposas los acompañaban y además en repetidas ocasiones (Faína Rabinóvich, la esposa de Krivoshéi, por ejemplo).[39]

24. He visto sorprendentes familias del Norte (entre personas libres y reclusas) con cartas a los «maridos y esposas legales», etc.

25. He visto a los «primeros Rockefeller», millonarios clandestinos, he escuchado sus confesiones.

26. He visto a hombres condenados a trabajos forzados, así como numerosos contingentes «D», «B», etc. «Berlag».

27. He comprendido que se pueden conseguir muchas cosas —ir a parar a un hospital, que te trasladen de campo—, pero al riesgo de tu vida: palizas, el hielo de las celdas de castigo.

28. He visto una celda de castigo helada, excavada en la roca, e incluso he pasado en ella una noche.

29. La pasión por el poder, por matar impunemente, es grande, desde los altos mandos hasta los servidores más bajos, con un fusil (Seropashkla[40] y semejantes).

30. La insuperable inclinación de los rusos a la denuncia, a la queja.

39. Véase «El fiscal verde», *Relatos de Kolimá*, vol. 3, *La resurrección del alerce*, p. 323-395.

40. Véase el relato «Las bayas», *Relatos de Kolimá*, vol. 1, p. 101-105.

31. He sabido que el mundo no se ha de dividir entre buenos y malos, sino entre los cobardes y los que no lo son. El 95% de los cobardes son capaces de cualquier villanía, de vilezas mortales, ante una débil amenaza.

32. Estoy convencido de que el campo, todo él, es una escuela negativa; no se puede pasar en él ni una sola hora, pues será una hora de corrupción. El campo no le ha dado a nadie nunca nada positivo, ni se lo ha podido dar. El campo actúa sobre todos, sean reclusos u hombres libres, de modo corruptor.

33. En cada región había sus campos, en cada construcción. Con millones, decenas de millones de presos.

34. La represión afectaba no solo a las capas superiores, sino a cualquier estamento de la sociedad; en cualquier aldea, en cualquier fábrica, en cualquier familia había o familiares o conocidos represaliados.

35. Considero la mejor época de mi vida los meses pasados en la celda de la prisión de Butirka, donde conseguía fortalecer el espíritu de los débiles y donde todos hablábamos con libertad.

36. He aprendido a «planificar» mi vida para el día siguiente, no más.

37. He comprendido que los ladrones no son personas.

38. Que en los campos no hay delincuentes, que allí están encerrados unos hombres que antes se encontraban a tu lado (o que lo estarán mañana) y que han sido captura-

dos al otro lado de línea, y no aquellos que han atravesado la línea de la ley.

39. He comprendido qué cosa más extraña es el orgullo de un niño, de un joven: antes robar que pedir. Las alabanzas y este sentimiento arrojan a los muchachos al abismo.

40. Las mujeres no han desempeñado un gran papel en mi vida: el campo ha sido la causa.

41. Que conocer a la gente es inútil, pues yo no puedo cambiar mi conducta en función de lo que haga un sinvergüenza.

42. Los últimos de la fila son aquellos a los que todos odian, tanto los guardias de escolta como los compañeros: los que se quedan atrás, los enfermos, los débiles, aquellos que no pueden correr cuando hiela.

43. He comprendido qué es el poder y qué es un hombre con un fusil.

44. Que las escalas de valores están alteradas y esto es lo más característico del campo.

45. Que pasar del estado de recluso a la condición de hombre en libertad es muy difícil, casi imposible sin una prolongada adaptación.

46. Que el escritor ha de ser un extranjero en los temas que describe, y que si conoce bien el material, escribirá de un modo que nadie lo entenderá.

47. ...

[1961]

En este punto el manuscrito se interrumpe. Se trata de una libreta escolar corriente de papel rayado del tercer trimestre de 1961.

Ricardo San Vicente
Barcelona, febrero de 2017

Índice

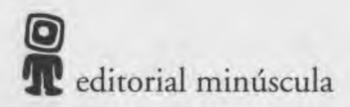
Ensayos sobre el mundo del hampa

Posfacio

PAISAJES NARRADOS, 60

«¿Cómo enfocar un comentario sobre los *Relatos de Kolimá*? ¿Hay algo nuevo que añadir al propio texto, algo que aclarar sobre esta gran obra, seis ciclos contundentes, arrebatadores, verídicos, pavorosos y al mismo tiempo bellos? ¿Algo nuevo que decir, cuando incluso el propio autor lo hace en este último libro, en estos *Ensayos*, en este nuevo intento para llegar a entender y hacerse entender?», se pregunta Ricardo San Vicente en el posfacio a este volumen. Y prosigue: «La de Shalámov es una obra revolucionaria, la obra de un creador que siempre busca dar respuesta a la pregunta de "cómo contar esto". [...] Una obra documental. Ni una gota de falsedad asoma en sus muchas páginas, lo que hace de ella —en palabras del propio autor—, más que un testimonio, un documento, una prueba ante el juicio de lo que es capaz de hacer un hombre, de aquello a lo que puede llegar en las condiciones narradas por Shalámov.» *Ensayos sobre el mundo del hampa* es el sexto y último volumen de *Relatos de Kolimá*, una obra capital del siglo XX que ahora se publica íntegra por primera vez en castellano y de acuerdo con la estructura que le dio Shalámov.

ISBN 978-84-946754-4-7



9 788494 675447